

La Máquina Perfecta

miguel rix

Prólogo, por Carlos Salem

100% 100 Rix

Aviso al lector:

Si ya está familiarizado con los escritos y/o las canciones de Miguel Rix, tal vez debería saltarse este prólogo y pasar directamente a la novela.

O tal vez no.

Tal vez, como hace Rix desde hace años, toque señalar lo importante, para que no pierda importancia; recordar lo inolvidable, lo que con tanta facilidad olvidamos.

Tal vez merezca la pena leer este prólogo, si eso sirve para comprender que novelas como “La Máquina Perfecta” tienen la función de hacernos pensar, pero no en dónde coño habrá dejado Da Vinci un secreto que puede cambiar el mundo, o chorradas por el estilo; sino en cómo puede cambiarnos el mundo a nosotros y los que vengan detrás.

El nuevo Siglo ya parece viejo y eso que sólo nos hemos gastado el 8%, y en parte esa sensación de decrepitud viene dada por el conocimiento y el exceso de datos:

El planeta está jodido, el ser humano se va por la letrina, los grandes sueños de nuestra especie no alcanzan en la actualidad ni para hacer una súper producción de Hollywood o un musical de Bollywood y, digámoslo de una vez, la profecía tanguera de Enrique Santos Discépolo en

Cambalache ("Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el 510 y en el 2000 también..."), ha sido superada por los telediarios de cualquier telediario de un día cualquiera.

Incluso si ha ganado tu equipo de fútbol favorito o han reventado en plena calle a un conocido periodista del corazón (perdón, Miguel: había prometido que nada violencia, pero es que me pudo la tentación).

¿Qué hacemos frente a esa catastrófica perspectiva?

Por lo general, salimos por las noches y nos ponemos hasta las manos de todo lo que llegue hasta nuestras manos. Por lo general viajamos fuera del país al menos dos veces por año ("¿No has estado TODAVÍA en Egipto, no conoces Londres.? No me lo creo...") y otras tantas dentro de las fronteras, por aquello de hacer patria y sin tener en cuenta lo que la patria nos hace.

Por lo general, nos indignan las noticias cuando hablan de mujeres asesinadas por sus maridos, y no interesa tanto el tema que subimos y subimos y subimos el volumen de la tele cuando en el piso de al lado se oyen gritos o alguna hostia.

Por lo general...

Alguien se preguntará qué coño tiene que ver esto que escribo con la novela de Rix. Mucho. Más de lo que parece. Y ahí radica gran parte del valor de sus mensajes. Vale que el mundo está fatal, lo sabemos, y lo sabemos tanto que no sólo no hacemos nada: además, nos la suda y no tenemos lo que hay que tener para admitirlo.

Además, los pocos que vienen a recordártelo, lo hacen como si ELLOS no tuvieran la culpa y TÚ sí.

Y lo hacen de un modo profesional automáticos, funcionarios de un intangible ministerio de la Conciencia, que no tiene sede ni presupuesto.

Coñazos en general bien pagados, ya sea por la organización de turno, o bien pagados de si mismos, que ya es bastante.

De allí la celebración necesaria cuando alguien, como Miguel Rix, mira de frente lo que se viene y te lo comenta, codo con codo, desde una canción o una novela. Porque no juega a Pepito Grillo ni a Mafalda cuando se ponía pesada y adoptaba una pinta repipi de niña de Rajoy.

Rix no esconde sus cartas ni busca que el tema a tratar sea el que tú quieres, para que te sientas inteligente y le compres más; lo más probable es que te cuente algo que no quieres y además lo haga de una forma que te joda el finde y te haga pensar.

No posa de voz clamando en el desierto, prefiere declamar en la esquina de tu casa, para que te enteres y opines, para que dejes de confundir la solidaridad con las rebajas de enero.

Rix toca las narices.

Pero lo hace desde dentro del problema, es decir, junto a nosotros.

Por eso es peligroso.

Pero si ya has escuchado sus discos anteriores o leído las novelas que antecedieron a La Máquina Perfecta, esto lo sabías.

Lo que quizás no sepas hasta que no acabe yo de dar la brasa en este prólogo y puedas empezar a leer la historia, es que ésta, marca un antes y un después en la forma de escribir de Miguel.

El salto con respecto a sus otros escritos, es cualitativo y lo celebro. Se aleja de cualquier tentación de panfleto, para mostrar antes que demostrar. Y la novela gana espacios, nos los abre para que podamos jugar en ellos con las ideas que ya no son las del autor, sino las de los personajes, mucho mejor contruidos y afligidos.

Los temas son los que siempre le atraen, pero tratados con una madurez paralela a la del autor (lo siento, hermano lobo), que además de ir cumpliendo años, cumple experiencias.

El problema del éxito y su precio, teñido del reconocimiento de que, en realidad, el dilema de Fausto no fue vender su alma, sino hacerse viejo.

La infección que el bicho-hombre extiende por el planeta.

La falta de comunicación en una era en la que hay wi-fi hasta en los baños de los garitos.

El empeño en creer que los que estuvieron antes que nosotros no supieron hacerlo.

Las máscaras prêt a porter para que no se nos vea el asco.

Todo eso está en La Máquina Perfecta, pero expresado de tal modo que no es un discurso de los que se lleva el viento o la resaca.

También expone un problema fundamental de estos tiempos (y de todos, pero de éstos más), que sin embargo no figura a la cabeza de ninguna encuesta que nos hagan por la calle para conocer las preocupaciones del español medio: la actitud del individuo ante la impunidad.

En esta novela, Rix se deja tentar por un tema que le fascina y que – lo sé de buena tinta- tendrá mayor protagonismo en otras que está pariendo. Me refiero a la Dictadura militar argentina del 76 al 83.

Sobrevuela toda una novela que ocurre mucho después, y a este lado del mundo, y lo hace como una propuesta de reflexión sobre el hijopotismo que siempre creemos reconocer a la primera en el rostro de los demás, hasta que nos demos cuenta de que, en realidad, estábamos mirando un espejo.

La relación entre el padre y el hijo, dos personajes centrales de la novela, tiene también la importancia de sugerir que no todo está perdido y que es la revolución bien entendida y no la caridad, la que empieza por casa.

No es esta una novela del desaliento, sino de la esperanza.

Pero no la Esperanza ñoña que se compra a oferta en el Carrefour, sino la que plantas en tu casa, la que riegas a diario y cuidas de la intemperie.

Y no estoy hablando de una planta maría, sino de ganas de vivir.

Que colocan mucho más.

Pasen y vean,

Carlos Salem.

Una semana antes del plenilunio. Otoño de 2.007. Asturias.

Acostado en la cama, antes de escribir el epílogo de aquel día que se disipaba suavemente y sin prisas, pensaba en su propia vida, en lo que había supuesto el camino recorrido. Y así pasó un buen rato hasta que al fin se durmió.

No había estadística en la que se le pudiera incluir; con la que fuera posible resumirle.

H., que así había elegido llamarse Horacio, llevaba una vida alejada en todo lo posible de sus congéneres humanos.

Tiempo atrás, emprendió un rumbo, que a poco (como él mismo diría), fue separándole más y más de toda esta sociedad, en la que por poner un ejemplo vives tú.

Un mundo del que se fue desprendiendo, como si de un traje se tratase, hasta quedar en cueros en un lugar, adónde las noticias, las catástrofes, las prisas y las modas y tendencias, llegaban siempre tarde y pasaban de largo hasta tal punto, que nadie las iba a recordar más adelante.

No, aquel lugar –elegido: no natal, pues H. nació en Argentina–, seguía preocupándose prácticamente por las mismas cosas que siglos atrás.

Un lugar obstinado, llamado Asturias, empeñado en aferrarse a sí mismo, a su pasado, a su esencia (que algunos “infractores” a esa ley no escrita que dice: “no desenterrarás la memoria, y dejarás quietecita a la historia”, llaman *tierra celta*).

Un lugar que jamás invitó al turismo, sino a la lucha por la vida, tierra verde y feroz, como los ropajes de aquellos guerreros, que sí

defendieron a los suyos con lo único que tenían: con la fuerza que siempre les dio su tierra.

H. había buscado esa tierra agreste, ese lugar cabezota y retrógrado, para apearse de una sociedad a la que no la dejó la posibilidad de que le volviera a pasar por encima.

Y así, huyendo de un mundo en el que vivió lo mejor y lo peor: la condena, la vejación, el presidio; el éxito en la música, la plenitud en el amor, la satisfacción del conocimiento...

Y así, un día lejano, H. llegó a su Asturias tantas veces soñada. Y ahí se quedó, hasta esa misma noche, que ahora nos ocupa.

Y así pasó el tiempo de *tránsito* entre realidad y sueño, escribiendo mentalmente una especie de balance en un etéreo libro de bitácora, que dentro de unas pocas lunas, H. pensaba llevarse a otra parte.

¿Qué sería un libro de bitácora, sin viajes para llenarlo?

Ese libro, que H. llevaba oculto en alguna zona de su cerebro (una más de esas que los neurólogos aún no pudieron descifrar), seguía escribiéndose, ahora con recuerdos lejanos: pensaba en Argentina, en su barrio Villa Lugano, por el que hacía más de veinte años que no caminaba, pensaba en un tango, y como no, pensaba en su hijo Guillermo...

Pero sobre todo, pensaba en su mujer.

Eternamente joven, como cuando se fue...

El sueño puso los tres puntos suspensivos, y las preguntas se disiparon entre visiones y voces que llegaban desde otra distancia...

Y en ese instante fronterizo entre dos mundos antagónicos (y ¿complementarios?), que son realidad y sueño, ni antes ni después, justo entonces:

Esa oscuridad luminosa, con ganas de brillar con un terrible anhelo de estallar en mil pedazos brillantes de luces distintas, tantas, como imágenes consiga atrapar la mente de quien está a punto de entrar en ese maravilloso espectáculo, en el que algunos, tan sólo consiguen ser meros espectadores de ¿una farsa?

Y los sonidos, que anteceden al momento, a ese mili segundo mágico, en el que H. sabía, estaba la unión entre esos dos conceptos tan dispares; conocía esa delgada línea, sabía que había que *dejar su propio ego* atrás, y mantener muy despierto, ese *sentido*, que él ya conocía desde hacía bastante tiempo.

A un ritmo de latido olvidado, de dolor pretérito, de silencio lleno y pesado, por el poso de tantas voces (ecos que quizá sólo puedan escucharse en ese momento...), a ese ritmo en espiral, que es sinónimo de la nada, que no es más que el eco del silencio hasta hacerse audible, acaparador, e incluso psicotrópico y ensordecedor al mismo tiempo...

A ese ritmo, y no a otro, llegó H. a contemplar una estancia, ajena a la suya, pero unida a ésta por la cercanía, pues la conocía de tal modo, que a poco, se fue haciendo más y más suya. Un viejo salón de antaño, vacío, de paredes difusas, de un difuso color granate y fantasmagórico.

En esa estancia se recordaba a sí mismo, cuando era un Horacio chiquito o adolescente quizá...

Y el ritmo cambió...

Un tango, daba igual quién lo cantara, porque lo importante era su letra:

“Tanto, tanto como fuiste mío, y hoy te busco y no te encuentro”

Y así una y mil veces, hasta que una sombra le reclamó con su voz:

“Tanto, tanto como fuiste mío, y hoy te busco y no te encuentro”

Y él, se perdió en aquella estancia pasada, para bailar ese tango con su amada, pues era allí, en ese único lugar donde podían hacerlo.

En el salón de su infancia, en el salón de sus sueños.

“Vení pibe”... “Ya queda poco para volver a estar juntos ”

H. no respondió, y ambos se fundieron como sólo pueda hacerse en los sueños, vistiéndose un mismo ser sin pesadas carnes y molestos huesos...

La noche siguió su curso, y los sueños... “sueños son”... porque cambian como las paredes difusas, que en ese mundo no pueden encerrar a nada ni a nadie, y el amor, se transformó en odio, sufrimiento e impotencia, que para algunos como H., es el peor de los infiernos.

Y pasadas esas eternidades indefinibles en tiempo exacto y formal, tenía ante sus ojos una avalancha de catástrofes, a las que asistía como el único espectador en una especie de cine en tres dimensiones... la película comenzó para su propio horror:

Una cárcel.

Militares “los milicos”.

Una bandera albiceleste.

Y fuego.

Y sangre, y víctimas inocentes, y pistolas que cierra la boca a ese que chillaba “libertad”, y primeros planos de caras bajo gorras con estrellas, riéndose en una especie de mueca, que los volvía repugnantes, sus bigotes militares, retorciéndose entre risas a medio labio, como sin ganas, como “por joder”, y vuelta a la sangre...

Y una voz:

“la patria no es más que un tango, ché”

“los hijos deputa mandan en todas”

Y una plaza circundada por muchas madres, todos los jueves, de todas las semanas, de todos los meses, de todos los años, y así hasta no perder la memoria.

Y cambio de película en ese extraño cine en tres D:

Maremotos en los que todo era barrido del mapa por olas llenas de rencor; riadas que se llevaban a su paso miles de cuerpos sin vida y que traspasaban la *esencia* de H., de forma dolorosamente real...

Y otra peli más: Granadas que estallaban sobre sus pies etéreos, y sobre otros más reales que saltan hechos añicos... añicos llenos, llenísimos de sangre, de sangre de un niño que justo antes, le había mirado asustado... “¿Por qué?”, preguntaban sus ojos, la respuesta, la de siempre:

Pedazos y muchísima sangre.

H. chilló, gritó con todas las fuerzas que pudo reunir tras dejar de ver los ojos del chaval, y como si fuera un proyectil, voló hacia arriba con una velocidad de furia, de odio y de desgarró, que al poco...

(Eternidades de los sueños, en los que los segundos son leyendas lejanas, de mundos de prisas y polvo gris...)

Llegó a la montaña, a una caverna, cercana y conocida, dónde un ser demoníaco le esperaba con una paciencia ambigua, llena al mismo tiempo de furia y de cansancio... tal vez, de derrota.

“Vosotros, seres humanos, habéis vivido en la ignorancia...”

Comenzó a decir aquel ser...

Y en ese instante, H. se perdió en la inconsciencia onírica y no pudo seguir esa pugna entre lo consciente y el sueño en sí mismo, con todos esos misterios que los científicos simplifican (por pura ignorancia que no están dispuestos a admitir) y resumen con nombres absurdos como fase R.E.M.

Otro tiempo, más pesado, rancio y medible que el anterior...

Ecos disipándose...

Primeras sensaciones corporales, labios, el sonido del aire al respirarlo, los dedos que comienzan a cobrar importancia y vida, y sobre todo la cabeza, un dolor horrible...

“Tanto, tanto como fuiste mío, y hoy te busco y no te encuentro”

“¿Sos vos, Gabriela?”

Ojos abiertos, y en su cabeza ese “no” rotundo que un día pronunció la muerte; no, no había sido ella, ¿cómo?...

Sólo son las voces del sueño... repitiéndose a sí mismo a modo de campanilla “despierta”...

Y por fin,

Este tiempo, el de siempre, que por cotidiano se hace llamar real.

H. acababa de despertar sin la ayuda de ningún reloj, sus pies desnudos sobre el suelo de madera, el resto de su cuerpo aún se apoyaba en la cama. La luz entraba tímida por la contraventana a medio cerrar envolviendo toda la estancia en una penumbra que resistía a la mañana.

Aturdido, palpó en su mesita de noche –a la izquierda de su cama– hasta dar con un frasco del que sacó un par de pastillas, que inmediatamente se echó a la boca, buscó agua y al beberla, cogió un cuaderno y su bolígrafo, los llevó hasta sus rodillas y apoyándose en ellas apuntó rápidamente –casi taquigrafiando– unos párrafos en los que intentaba plasmar aquello que aún recordaba del sueño/sueños que dejó al despertar.

Y al hacerlo, puso un punto y aparte, y se dedicó a desperezarse lentamente, volviendo a tomar contacto con el suelo, hasta que decidió levantar el culo de las sábanas y se incorporó –*mis huesos ya no están en garantía*, pensaba mientras sentía un crujido en la cadera–, a tientas estirando un pie, buscó sus zapatillas hasta que dio con ellas y se las calzó iniciando su camino al baño, hasta que llegó sin tener todos sus sentidos consigo, pensó:

Parada obligatoria si querés volver a ser persona...

Al entrar al baño, apoyó sus dos brazos a ambos lados del lavabo y lentamente, subió la cabeza hasta mirar a los ojos del personaje que imitaba sus movimientos al otro lado del espejo.

Estuvo así un buen rato, sin dejar de mirar su reflejo, que tenía una expresión distinta a la que él creyó haber adoptado...

Parpadeó y se frotó los ojos, hasta que al fin se decidió y bajando la cabeza, abrió el grifo para lavarse la cara con abundante agua, *...al menos en Asturias no falta...* –pensó intentando despejar todos los residuos del sueño-.

Cogió la toalla, con la que acabó con los restos de agua y de sueño, y entonces volvió a encontrarse con su propio reflejo, esta vez, su expresión era idéntica a la suya, no había duda: ya estaba pisando suelo real.

En la cocina, escuchaba a cientos de pájaros cuyos cantos entraban a través de un gran ventanal frente a la mesa dónde desayunaba, sus cánticos se mezclaban con esa voz del tango de sus sueños, que aún seguía dentro de su cabeza en forma de eco:

“Tanto, tanto como fuiste mío, y hoy te busco y no te encuentro”

Gabriela...

Se repetía una y otra vez, entre los cánticos reales de un bosque, que se extendía infinito a partir del cerco de su ventana, justo enfrente suyo.

Una vez terminó, no se preocupó de recoger nada, como siempre hacía. Lo dejó todo en la mesa y se levantó para mirar a través de la ventana, comenzando por el verde suelo, se fijó en varias briznas de hierba que se mecían ayudadas por la suave brisa que soplaba. Levantando un tanto la vista, siguió el vaivén intermitente de una telaraña perfecta que

brillaba según le apetecía al viento. Un gran abejorro se había posado en una rama cerca de la tela, entre las ortigas; junto a ellas, unas zarzas se enredaban con toda la vegetación que crecía en sus alrededores... Horacio fue guiando su vista a través de la maraña enramada que apresaba a un castaño, hasta que se perdió entre las miles de ramas, hojas, helechos, troncos, y un espeso musgo, que componían aquella foresta que a esas alturas del año ya empezaba a sonrojarse en tonalidades pardas, amarillas, incluso rojizas: el otoño ya había llegado como el amante paciente que tarda en desnudar a su amada (*porque las prisas no son buenas, porque en el amor, como en la vida, lo importante no es el destino si no el propio camino hasta llegar a él*) pensaba, a la vez que recordaba el color del otoño de su infancia.

Sus ojos, ya estaban exhaustos de tanto verdor y buscaron el cielo hasta perderse entre dos nubes, que iban deshilachándose a cada soplo de viento, *...Este azul no existe en otro lugar del mundo...* –pensó mientras entornaba los ojos sintiendo el fresco en la cara-. Un frescor otoñal que llevaba esperando desde hacía muchas jornadas. El verano se había resistido a durar tan sólo tres meses; cada año se hacía más seco, caluroso y sobre todo: más largo.

Alejándose de la ventana, cruzó la casa hasta llegar a una habitación que hacía las veces de estudio, despacho y biblioteca, y sentándose en la mesa, abrió uno de sus cajones para sacar un llavero del que extrajo una pequeña llave, para introducirla en un sobre acolchado en el que también metió un pequeño papel en el que previamente había anotado: “cuándo yo no esté, pregúntale a mi ñiery qué hacer con ella, vos sabés a quién me refiero”.

Al levantarse de nuevo, cerró el sobre y con una prisa repentina, fue de nuevo a su habitación, se vistió rápidamente (una camisa negra, unos pantalones como los del ejército con muchos bolsillos, pero negros al igual que casi todo lo que él llevaba, y se calzó unas sandalias de cuero... negras también).

Salió a toda prisa de la casa, como si quisiera quitarse de en medio y cuanto antes, algo que no admitía más demora. Se metió en el coche, dejó el sobre en el asiento del copiloto, arrancó el motor y se dirigió a la oficina postal más cercana.

- Certificada y urgente, por favor -le dijo de forma seca al funcionario de correos.
- ¿Usted es...? -el funcionario parecía perplejo
- Sí, soy yo... -contestó con desgana, sin abandonar su inicial tono seco y cortante-, pero por favor tengo prisa -y echándose mano a la cabeza con un gesto de dolor contenido, prosiguió-, tengo algo aquí, que me duele de una forma horrible.
- Sí, sí... ¡faltaría más! -el funcionario pareció querer agradecerle y franqueó, escribió, pesó y cobró al instante- Muchas gracias Don Horacio -le dijo tras cobrar el importe del envío.
- Sin el Don...-el funcionario sonrió.
- Gracias Horacio -concluyó el empleado de aquella oficina -, que no sea nada.
- ¿Qué? -preguntó H. como ido.
- Lo de la cabeza... a su dolor, me refiero.

- Es jodido, pero gracias de todos modos –respondió sin abandonar su tono inicial y frío, y salió de la oficina-

Pero no era hostilidad hacia aquel hombre, sino hacia toda la raza humana.

H. había elegido hacía ya mucho tiempo el camino de la soledad, y a excepción de unos pocos amigos y los músicos con los que colaboraba profesionalmente, no solía tener contacto con el resto de la gente con la que se comunicaba a través de la música, en la que era un verdadero maestro, no sólo reconocido, sino también admirado por público, crítica y colegas.

Por supuesto, aquello más que satisfacerle, le resultaba algo embarazoso y repugnante a la vez, él sólo rendía cuentas ante la música, el resto, eran *asuntos de humanos*.

En la intimidad, solía decir que de una forma objetiva y sin pararse en moralidades, que un mundo mejor sería uno con una centésima parte de la población actual. Y ante la eterna pregunta del interlocutor (o amigo) de turno: “¿Y tú serías de ese uno por ciento, verdad?”, él respondía sin dudar: “Dejá de decir pavadas, yo hablo de la tierra, por mí que reventáramos todos los seres humanos, yo incluido; cada día somos más... Más bacterias, o virus, si lo preferís, a devorar la misma célula: la Tierra”.

Al llegar a casa, preparó un mate y se sentó en una silla y volvió a recurrir al bosque para perder su mirada entre la vegetación, era allí adónde solía encontrar las preguntas, colgando de las ramas de los árboles, como flores tan sólo visibles para él.

Cebaba su mate, y aspiraba la infusión de hierba que casi hervía sintiendo su calor en el paladar, más como recordatorio, que como simple quemadura, *ventajas del callo*, pensaba, mientras alternaba la visión espesa, verde y enigmática del bosque, con la del pequeño porongo hecho de calabaza, dónde siempre cebó sus mates.

Colgando entre las ramas del bosque...

Allí tenían que estar...

Las respuestas.

Su hijo Guillermo...

Su eterna pregunta...

Seguía sin entender qué había hecho mal.

Yo no fallé... Vos elegiste... ¿Por qué?

Y así, estuvo un buen rato hasta que dejó su mente en blanco para poder escuchar mejor la voz que no había dejado de hablarle desde que tenía uso de razón, hacía más de cincuenta años...

Dejále una explicación.... está equivocado...perdido...y además, es posible que no le interese comprender... ¡pero no seas injusto carajo!, es un ser distinto a vos, tiene otro espíritu... no encuentra.... bastaría con que buscara, con que no siguiera más con esa vida del horto que está llevando... hay que despedirse, hay que dejarle una explicación... ¡andá viejo!

Horacio buscó entre el desorden y bajo unos papeles, encontró lo que buscaba: una grabadora de cassette, desenvolvió una cinta virgen y la

introdujo en la máquina, encendió un cigarro que previamente había liado con tabaco de liar y aspirando una calada, comenzó a hablar con el cacharro.

“Hola hijo... ¿cómo andás? (*andá viejo, al grano* -volvió a decirle la voz de su cabeza)... dentro de poco... bueno, ya sabrás que habré marchado... nunca nos entendimos (*callá viejo, claro que se entendieron... pero hace mucho de eso...*)... Aunque quizá sí, antes de ser un adolescente sí... Recordá cuando caminábamos por el bosque y pasábamos horas mirando los hormigueros, los abejorros...las madrigueras de los ratones, de los zorros... ¿Recordás?...

Vos me preguntabas el nombre de los árboles, y a la noche siempre querías que inventara un cuento para vos... No podrás decir que no te enseñé, que no te abrí los ojos... Otra cosa es que vos hayás querido cerrarlos... Es más cómodo así ¿verdad?...

Mirá hijo, no pretendo sermonearte, así que vos sabrás como querés vivir vuestra vida, y dejaré ese tema...

Tu madre, ¿la recordás?... Eras muy chiquito... Apenas llegaste a conocerla... Murió siendo vos muy chico... Sabés que dejé las giras, porque sin ella no merecían la pena... Nada merecía la pena... Eso ya lo oíste mil veces... Y quizá nunca te dijera que sos vos, la única razón por la que no lo mandé todo al carajo... ¿entendés?, ¡la única!

Si no te lo dije ya, pues ahí lo tenés grabado.

Sin tu madre volvieron todos los fantasmas del pasado, las pesadillas... Siempre te mantuve alejado de aquello, no quise que mis propias sombras oscurecieran también tu camino... Algo sabés de cuando

estuve en cana, en la cárcel como dicen acá... Ya sabés que estuve preso en mi país, y que fue en la dictadura...

Mirá, aquí tengo unos versos de un amigo que hablan de aquello... merecen la pena... los leeré:

*“En un lugar del Cono Sur
de cuyo nombre y su dolor no he querido olvidarme
en marzo del 76 los hijos de puta tomaron el poder.
Con tanques y delaciones
con una lista de candidatos a desaparecer.
Y los borraron a millares
sin dejar rastro
como para demostrar que ni la muerte podía existir
si ellos no querían.
Y si querían, la muerte desfilaba marcial por las avenidas
para que la gente, aterrada, aplaudiera.*

*Yo tenía por entonces 16 años
y estaba más interesado en colarme entre las piernas
de las chicas de 18
en beberme la vida y sus licores
en odiar sin ganas a mi padre
sólo por ser un espejo- reloj
que me adelantaba 30 años
y una calvoicie.*

En la tele no mostraban nada.

En las radios no decían nada.

En la calle, la gente ponía cara de nada.

*Pero sabías que cada vecino era un enemigo en potencia
que si alguien desaparecía era mejor no preguntar
que la constitución estaba apagada por tiempo indeterminado
que los hijos de puta estaban ganando por goleada.*

Y también

poco a poco te enterabas

de que los jueves se agrietaba el poder a golpe de pañuelo blanco

de viejas locas de mayo

de madres circulares paridas por sus hijos borrados.

Que el pasado no había sido otra serie de la tele

que no lo habíamos soñado

que seguía estando prohibido soñar

hasta nueva orden.

Y aprendías a odiar en secreto

de apoco, gota a gota

sin que nadie lo notara.

Puestos a borrar

habían logrado

casi

borrarnos la memoria.

Y mientras tanto

*los hijos de puta cosechaban cabezas y riquezas
botines de guerra ante enemigos fantasmas y remotos
mientras tanto borraban a la hermana gemela
de una futura novia mía*

*cinco años mayor
pobre y dulce maría cristina
extirpada de hermana por el pecado de repartir panfletos.
Luisa, que enseñaba ballet en las chabolas
que creía en el mismo dios que justificaba a los hijos de puta
como si fuera un dios distinto
que desapareció una tarde del 77
de los pasillos de la facultad de periodismo
y la borraron creyendo que borraban a maría cristina
y en cierto modo lo hicieron
sólo que ella tardó diez años en desaparecer
un poco cada día.*

*Campos de concentración urbana
Gritos de gol del 78 a doscientos metros de los centros de tortura
aviones con vocación de submarino para sus pasajeros maniatados y dormidos
los libros eran leña de una hoguera de ideas calcinadas
y los cuellos dolían de tanto mirar siempre
hacia otro lado.*

*La tele seguía sin mostrar nada
la radio seguía sin decir nada
y en las calles
la gente ponía cara de yo no hice nada
de verdad, señor agente
se lo juro oficial
sólo éramos vecinos y ya me parecía que andaban en algo raro
"Algo habrán hecho".*

El odio te crecía recóndito

incomunicado

Sin habeas corpus posible, señoría

Y los generales se iban turnando en el sillón de borrar memorias.

Pero la economía se volvió insurgente, subversiva

se negaba a marchar al compás de sus tambores

la balada de Wall street.

Y las Malvinas dejaron de ser dos borrones en el mapa

para convertirse en la mejor propaganda

del gobierno hijo de puta.

Y las plazas se llenaron de apoyos patrioterros

de banderas bicolores sin hoces ni martillos

mientras las madres circulares seguían cavando un surco de dolor

y cada jueves alguien se sumaba a la faena de cavar con los pasos.

En la tele y en la radio

los hijos de puta seguían ganando

mientras niños en zapatillas peleaban en las islas

y otros hijos de puta revendían en las capitales

los regalos que la gente mandaba para los héroes del Sur.

A Nacho lo estaquearon en la nieve por volar con una granada

un almacén repleto de comida y rodeado por el hambre

de los soldados niños que lo invadieron.

Nunca supe qué le hicieron, pero al volver estaba roto

y se voló las pelotas cuatro años después

a la edad de 23.

*Un buen día
la derrota de esa guerra de verdad
fue la victoria de la gente callada
y las teles empezaron a mostrarlo todo
y la radio a contarlo todo
y en la calle a la gente se le puso cara de esperanza.
Y salimos a la calle
y la tomamos
y nos juramentamos que ni olvido ni perdón
para los hijos de puta borradores
y soñamos otra vez con una justicia sin balanza trucada
y poco a poco
nos quedamos solos.*

*Acostumbrados a olvidar
querían olvidar todo lo que no habían hecho en esos años
olvidar a los muertos sin tumba ni nombre
olvidar que habían llamado a las puertas de los cuarteles
reclamando mano dura
olvidar que no sólo
los hijos de puta
habían sido unos hijos de puta.
Envejecidas, intactas,
las locas de mayo seguían trabajando de conciencia
para un país inconsciente.*

*A veces creo,
que si Videla y compañía no fueron colgados en las plazas públicas
a lo mussolini,
fue porque no había cuerdas suficientes para todos
para millones
para el país de hijos de puta en que nos habíamos convertido.*

*Cuando me preguntan si me vine por miedo
respondo que no
pero no es cierto
me vine por miedo
por terror
a terminar volviéndome
un hijo de puta más.*

*Donde nació,
al acto de irse se le llama borrarse.
Yo me borré
antes
de que me borrarán
la memoria."*

(Carlos Salem "País robado, país borrado")

Vos no sos boludo –continuó diciendo-, conocés la historia... ¡Pero yo la viví, Guillermo!... Horror que me tatuó el alma... ¡tanta gente torturada!...¡borrada!... tanto dolor, tanto odio, tanta... avaricia... Y yo estuve allí en el pabellón siete de Villa de Voto...

Recuerdo la cara del carcelero, siempre ríe en mis pesadillas...

El hijo de puta, ordenó prender fuego a los colchones que habían apilado los presos contra las verjas en un motín... yo estaba en la enfermería y desde allí escuché los últimos gritos de mucha gente, ¡de demasiada!, olí hasta el último jirón de sus carnes abrasadas... el motín de los colchones..., así llamó la prensa a aquella matanza...

Tantas matanzas hijo... Es tanto horror el de los humanos...

Yo vi a mujeres desnudas, encapuchadas... Algunas embarazadas... - Horacio tragó saliva, y respiró profundamente-... Los hijos de puta, las metían una cuchara con un cable por la vagina y les colocaban el polo opuesto en el dedo gordo del pie...

Toda la mierda ante mis ojos... ¡Toda, hijo!... -H. pausó la grabación y aspiró de forma lenta y pesada, como si quisiera que sus fantasmas se fueran con el aire exhalado. Y una vez lo consiguió, volvió a iniciar la grabadora y prosiguió: -Pero no es de eso que quiero hablarte, eso ya lo leerás, he dejado escrito una especie de libro con aquellos horribles recuerdos...

Con tu madre hubiera sido mucho más fácil, ella era dulce, tenía el don de alejar el dolor, el sufrimiento... Fue ella, quien me hizo olvidar aquel tiempo en cana, me sacó de un abismo, del que casi nadie que vivió la tortura consiguió salir...

Poco después, comenzamos con la banda y ambos hicimos lo que mejor sabíamos hacer: música... Conectamos con una generación que había sufrido en carnes las represiones, las dictaduras, la falta de libertad, y ¿qué te voy a contar?, si vos ya sabés la historia...

Tu madre...-Horacio sonrió entre un suspiro-... Con ella todo era distinto... Juntos podíamos con todo, y no podían con nosotros...

Pero se fue, de la noche a la mañana ya no estaba, y todo volvió a ser lo que había sido hasta entonces, un mundo de mierda y otra vez sin ella... No fue fácil... pero eso lo sabés vos como yo, y más desde que huí del mundo y vinimos a vivir a Asturias... Bueno, nunca lo entendiste.

Y así estamos los dos, platicando a través de una grabadora en lugar de marcar el teléfono y charlar como padre e hijo... Pero así es la vida, y vos ya no sos ningún chico, aunque quizá debería explicarte porqué abandoné el grupo y nuestra vida en Madrid, porque fue desde entonces que vos y yo dejamos de hablar el mismo idioma...

Bueno hijo, espero que algún día te des cuenta de que el éxito, así como vos lo conseguiste, no es más que una montaña que subiste sin apenas darte cuenta, una montaña de la que caerás...

La caída, eso es lo importante... ¡El “cómo” caigas!...

Puede ser estrepitosa y seguirás en la vida sin “darte cuenta”, sin poder anticiparte a esa tontería que llaman destino, que no es más que el balance entre las cosas que hacés bien, y esas boludeces que no parás de cometer...

O bien podrás caer dignamente, para luego volver a subir... Las veces que haga falta, subir y bajar... El éxito no existe, y de ser real, puede que se parezca a poder mirarte al espejo orgulloso del reflejo que éste, te devuelve... Para eso te enseñé, para que le puedas dar tantos cortes de mangas al destino como sea necesario, sin que deje marcas que afeen a ese con el que siempre tendrás que enfrentarte en el espejo: a ti mismo. Y ahora te voy a explicar el porqué de todo esto..."

Horacio, siguió hablándole un buen rato más a la grabadora hasta que dos horas después paró el cacharro y apiló las tres cintas que había dejado grabadas para su hijo Guillermo, las metió en otro sobre y se fue a casa de Juanjo: su ñiery.

Segunda Noche.

Para Juanjo no había nada que amara más en el mundo que su barca; no a ella, si no a lo que suponía para él: esa libertad que sentía navegando. Podía decirse que era un furtivo de la pesca. Ya sesentón, retirado del mar por una enfermedad en los huesos que le impedía faenar con la agilidad de antaño, él seguía saliendo en su barca y siempre traía algún pescado que llevarse a la boca.

Juanjo se había retirado a una aldea, en la que conoció a H. dos lustros menor que él, hacía al menos veinticinco años de aquello.

Además de la barca, a él le gustaba salir a cazar al monte, y entre lo que pescaba, lo que cazaba, una pequeña huerta y la pensión que recibía del estado, se arreglaba para que no le faltara de nada.

Esa mañana, estaba injertando unos cerezos bravos que tiempo atrás había plantado. Mientras lo hacía, no dejaba de pensar en su micro cosmos... *vais a dar buenas cerezas... ya se lo dije a H., hay que plantaros en la primera tarde de la luna creciente, si no, no agarrarais bien...*

Y olvidándose por un rato de su quehacer, pensó en su amigo, mejor dicho, en su hermano: *me tiene preocupado..., algo le pasa a Horacio para tener que marchar a Argentina, y no me lo dice...*

Tengo que llevarle el pulpo... luego me arrimo a su casa... Y con la precisión de un cirujano y la delicadeza de un escultor, injertó la rama del cerezo en el otro bravo, así se aseguraría que las cerezas serían de buena calidad... *las bravas son para los osos* –pensó. Y cuando estaba recogiendo los bártulos, escuchó que alguien se le aproximaba, era H., que llevaba un paquete en la mano.

Juanjo era de los últimos que sabían que todo lo que está, está porque vale, como el señor Cayo del libro de Delibes, era de los pocos que sabían para qué vale cada planta, las estaciones, el ciclo lunar... Su entendimiento del mundo se basaba en el aprovechamiento y adaptación del medio. Su cultura era bastante más amplia que la de cualquier hombre de su entorno, se la debía a su amigo H., él le había hecho leer libros que había devorado, descubriendo autores que ni sabía de su existencia, a Juanjo no le dio tiempo a ir al colegio, tuvo que dejarlo para salir a faenar muy joven.

Por lo demás, no se le engañaba fácilmente, se podía decir que era un tipo bastante inteligente, muy listo, y sobre todo inquieto por naturaleza, no podía estarse quieto, y mientras hablaba con su amigo seguía haciendo sus cosas, y su mirada, era de esas que si consigues aguantarlas, puede que te cuente muchas cosas.

Habían bajado a la cuadra de su casa, H. guardó el sobre en una pequeña caja fuerte que Juanjo le guardaba sin saber muy bien el porqué.

- ¿Y...? -arrancó Juanjo que llevaba un rato revisando anzuelos que estaban doblados pero podían seguir valiendo- ¿se puede saber el misterio que te traes con la caja fuerte?
- Es para Guille -H. le habló sin mirarle, parecía tener prisa-, si ya lo sabés, toda precaución es poca viejo...
- Y a ti, ¿por qué te vino al acento argentino? -y dejando los anzuelos, fue hacia él-, ¿a qué marchar ahora?
- Tengo asuntos que acabar allí...
- Oye -y le miró de un modo irónico-, ¿y no sería mejor que le dieras todo esto a Guille en mano?... -esperó una respuesta que no

llegaba-... ¡que hablaras con él, joder! -H. se quedó mirándole, pero de una forma extraña parecía estar ausente, Juanjo se aproximó a él y le agarró el hombro con su mano derecha en un gesto de fraternidad-, ¿a cuento de qué tienes que ir a Argentina?, ¡ves a ver a tu hijo!

- ¿Que creés?... -H., se quedó pensativo, recordó, que justo esa misma noche, su hijo acababa la gira con su grupo, y como saliendo de un trance reanudó su explicación-... ¿creés que no me importa? -Juanjo seguía en silencio, no decía nada mientras el argentino se desahogaba-... ¡Ahora mismo estará poniéndose una raya de merca, o de cualquier otra mierda... ¡y sólo para “soportar” tener que dar otro concierto... ¡pero eso fue lo que eligió!: ¡triunfar en la música!... -volvió a quedarse en silencio. Juanjo se aproximó a él, pero su amigo volvió a montar en cólera-.... Además, ¡Estás hablando al pedo, boludo!... y a vos, ¿quién le dio vela en este entierro?, no tenés hijos.
- ¡Eh!... -Juanjo le soltó el hombro y le respondió con un tono energético-, ¡que sólo me preocupo por ti, viejo!... ¿Oíste?, ¡sólo eso!... ¡Andáte! Como dirías tú... perdón: ¡vos!
- ¡La concha de tu madre! -replicó medio riendo.
- ¿La concha... es el coño, no?
- Sí, si ya sabés, y tu preocupación... te la metés por el horto...
- ¡Por el culo!... ¿quieres decir que me la meta por el culo? -Juanjo hizo la pregunta en un tono irónico, de sobra conocía la respuesta.
- ¡Andáte, viejo! -H. sonreía a la vez que le daba un puntapié al otro-

Pasaron el resto de la tarde juntos, ellos dos gozaban mutuamente de su compañía, por ello y aún viviendo tan cerca, sólo se veían dos o tres veces por mes... eso sí, aquellos días eran interminables, pasaban horas y horas charlando sin parar, hasta que uno de los dos sucumbía y se retiraba -bien entrada la noche- a su respectiva casa.

Y esa noche no fue menos, aunque hubo en su final un amargo tono de despedida.

- ¿Y estás seguro de tener que ir a Argentina?
- Sí -respondió H., que aquella noche había rechazado todos los licores que Juanjo le había ofrecido-, y mejor partir mañana -Juanjo se le quedó mirando con unos ojos que aguantaban su pena como la presa de un gran pantano a punto de desbordarse, Horacio, que se dio perfecta cuenta, prosiguió-¡Che!, ¡Viejo!, dejá de beber, te ponés melancólico...
- No entiendo qué coño tienes que hacer allí, más importante que arreglar lo tuyo con tu hijo -Juanjo se levantó al tiempo que pasaba por sus ojos la manga de la camisa, su tono era de enfado, quizá el alcohol lo hubiera agravado- Vamos a ver, si ya escribiste el libro... ¿para qué ir allí?, lo publicas y en paz.
- Vos no lo entendés -H. se levantó, tanto porque ya era la hora de irse a casa, como para acercarse a su ñiery, que tras levantarse se había ido al rincón más retirado del salón para darle la espalda a su amigo. Estaba a menos de un metro suyo, cuando Juanjo se dio la vuelta para clavarle sus ojos ahogados que parecían no entender nada.

- Hermano... –dijo el marinero ablandando sus rasgos, tendiéndole los brazos a su amigo-... tengo la sensación de que es aquí, cuando tú y yo nos despedimos –y sus ojos se desbordaron al fin, para esconderse entre el abrazo fraternal que ambos se dieron.

Horacio, no dijo nada más, y pasados unos segundos fraternales, desapareció, se lo tragó la puerta y la noche que mandaba afuera.

Esa misma noche, no muy lejos de Asturias, en la meseta norte de Castilla-León:

El viejo siempre suele decir que todo es mentira, hasta la verdad, pues nada es igual si cambian los ojos de quien lo observa.

¡Jodido viejo!, en el fondo siempre lleva razón, y eso es lo que más me jode... no sé Guille, quizá tengas que ir a verle...

“Sí, ya voy” –dijo respondiendo a una llamada que le urgía: “Vamos, que ya salimos”, aunque siguió pensando en su padre: en H. - *pero no hace falta ser tan brusco, joder... ¡tan tajante!... ¡tan puro!; ¡que le den!... a ver* – y se miró al espejo, en él podía ver un joven que aparentaba la edad que tenía: veintinueve años; su cara, un tanto pálida; sus ojos, claros, surcados por restos oscuros de noches en vela; su pelo, rubio, largo y ondulado pasaba ya ampliamente de los hombros; en su pecho, una camiseta con la imagen de Ernesto Guevara de la Serna sobre un fondo de tela negra; sus brazos,

llenos de tatuajes que no dejaban ver el blanquecino color de su piel; su cuerpo, moldeado por el gimnasio mostraba un aspecto equívocamente atlético; su corazón, no tan atlético, latía con una fuerza a un ritmo aceleradamente colérico; su mente, aturdida, saturada de pensamientos, de ideas contradictorias que no llegaban a la garganta; sus cuerdas vocales, afinadas, un tanto irritadas por ese último cigarro impregnado en cocaína, dispuestas a expresar lo que hacía tiempo ya no decían sus pensamientos... *todo es mentira, viejo... ¡todo es mentira!... yo, soy mentira...* "¡Que voy, coño!" – gritó, y alejándose del espejo del camerino, le echó una última mirada a su reflejo, para cerciorarse una vez más, de que ese que veía ya no era él.

Cruzó una puerta donde se acumulaba mucha gente que iba y venía frenéticamente de un lugar a otro, se cruzó con Carlos que trabajaba para él: su pipa, como se le llama en el argot de la música en directo, éste, le dio una toalla y una palmada en la espalda, al tiempo que decía: "mucha mierda" *...eso digo yo, mucha... pero que mucha mierda... esto es una puta mierda...* sin embargo no dijo nada, se limitó a responderle con una sonrisa, que nadie tuvo tiempo de ver, las prisas nunca permiten desenmascarar la hipocresía.

Siguió por el pasillo, y justo antes de salir al escenario del último festival de aquella gira, Carlos que se le había adelantado, le colgó su guitarra al hombro y volvió a repetir aquello de la mierda.

Guille, había dejado de agobiarse con sus contradicciones y en ese instante sólo oía las voces de la gente que esperaban a su banda.

Miró al suelo para intentar sortear la maraña de cables que lo cruzaban en todas las direcciones posibles, y cambiando la expresión de su rostro salió a escena con el puño izquierdo en alto azuzando a un público que parecía extasiado con su presencia, *para algo soy yo el cantante...* Pensaba.

Guillermo se acercó al micrófono y dijo: “estamos encantados de tocar esta noche aquí”, y mirando a sus compañeros pensó *menudos gilipollas ...* pero al tiempo que ponía en su mano izquierda la postura del acorde Mi mayor su voz gritó: “¡Buenas noches, somos Anti-System!”, su mano derecha se preparó para rasgar la guitarra, y antes de hacerlo gritó por el micro: “un, dos, tres y...”

Y los amplis comenzaron a atronar a las más de diez mil personas que llevaban media hora esperando a que salieran a escena. Ellos cerraban aquel festival, y era el último hasta la siguiente gira, pues el otoño acababa de llegar... *menos mal...* pensaba mientras duró aquel concierto.

Dos horas después, los cuatro miembros de Anti system, unidos por un abrazo común que los alineaba de cara al público dando una falsa sensación de unión, saludaban al público que aplaudía sin parar... *a tomar por culo...* pensaba Guille mientras rehacía en sentido contrario el camino hacia el camerino.

- Habéis estado cojonudos –repetía Dani uno por uno, a cada integrante de la banda. Él era el manager del grupo. Pero era Guille el que más le interesaba.

- ¿Hoy no habrá prensa, no? -le preguntó el cantante en un tono desagradable.
- Tienes dos entrevistas -y anticipándose a su reacción, añadió:- Pero serán muy breves, además mañana tienes vacaciones.
- ¡Hijo de puta! -el cantante se había quitado la camiseta, y estaba secándose el sudor con una toalla, ignorando a cada uno de los que formaban Anti system, que en esa gira que acababan de finalizar esa misma noche, habían dado más de ciento cincuenta conciertos en algo más de año y medio. Guille estaba muy, pero que ¡muy harto!.
- ¡Vaya genio gastas!...

Dani nunca se tomaba el trabajo como algo personal, así que ese “hijo de puta”, le importó poco o más bien nada, también él quería tomarse unas vacaciones. Sin perder la sonrisa, hizo pasar a unas cuantas personas al camerino mientras su voz interior hablaba en términos muy distintos a los que salían de sus cuerdas vocales... *yo sí que estoy harto... y encima se queja el muy cabrón...*

Guille cumplió con su “trabajo”, e hizo su papel a la perfección, para algo era el líder de la banda. La prensa lo quería a él, el resto estaban ahí para acompañarle. Primero contestó a todas y cada una de las preguntas de la revista “Rocanrol”, y unos minutos más tarde, grabó unas palabras de agradecimiento para la radio, por supuesto para el número uno: “Marrano and Cia”(marrano y compañía).

- ¿Qué planes tiene Anti-system?... ¿Para cuándo un quinto disco?... ¿Contento con la nueva formación de la banda?... Parece que hubo peleas entre el grupo, ¿no es así? – preguntó el Marrano del tirón.
- Los planes: un descanso para coger fuerzas... *y perderos a todos de vista, hijos de puta...* -Guille respiró profundamente, y siguió-, y luego: seguir, por supuesto, el disco lo grabaremos a principio de año, y supongo que saldrá para la primavera. Pero eso depende de la compañía, ya sabes. Lo de las peleas son chismes, envidias.

Mientras hablaba, Guillermo recibía de alguien un cristal con rayas de cocaína sobre él, *el mismo código de barras, una y otra vez*, pensó mientras miró el cristal hasta elegir una raya *una de esas barras del código...* y aspirando profundamente, siguió con la entrevista. El Marrano, que no esperó a que Guille respondiera al resto de las preguntas, hizo lo mismo y se metió la raya más gorda.

- ... Con el resto de la banda, parece que ya tenemos una formación estable, da gusto trabajar con todos... *mierda, a ver si acaba ya esta farsa... ¡puto cabrón!...*
- Sí, se te ve feliz -el locutor de radio, el número uno de la radio fórmula rockera sonreía de forma sarcástica-, pero... Dime ¿qué le dirías a los chavales sobre aquella frase: “Sexo, drogas y rockanroll”? -al tiempo, le pasaba a Dani el espejo con la cocaína.
- Todo con cuidado... *será cabrón, el marrano...* Pero, también sería bueno que supieran la tuya, Marrano... *jódete cacho mierda, a ver qué respondes...*-el locutor soltó una sonrisa muda, cargada de odio y de mala leche.

- Sexo: siempre que puedas o te dejen... Drogas: cuantas menos mejor... y Rocanroll: ¡forever!... -y concluyó su charla propagandística con un:- ¡Yeahhh!. Estamos con Guille, el líder de Anti-system, en exclusiva en Radio Marrano and company... ¡el número uno de las ondas rockeras!, ¡Ohh Yeahhhh.!
- ¡Ohh Yeahhhhhh! -repitió el cantante soltando una risotada, que aprovechó como excusa para levantarse y concluir con la entrevista.

Media hora más tarde, Guille se encontraba en un coche con Dani, que no había querido volver a Madrid con el resto de la banda en el bus que habían utilizado para toda la gira...

- ¡Estoy hasta los huevos! -le decía a su manager que conducía a su izquierda-.
- Te entiendo, Guille -...*puto niño caprichoso, a ver cómo le quito la rabieta joder... ¡me tiene hasta la polla!...* pensaba Dani-, pero ahora tienes un par de meses en los que vas a poder... - *reventar cabronazo...por mí, como si te mueres, coño...*- ...desconectar -dijo al fin.
- Quizá no me expliqué bien -Guille miró a su manager como el que observa un trozo de mierda, éste, se dio perfecta cuenta y comenzó a agarrar el volante de forma agitada, el gesto de su cara le daba a ésta el aspecto de una olla a presión comenzando a soltar vapor-, Quiero decir... -retomó con un tono despectivo- ¡Que estoy hasta los huevos! -el volumen de su voz subía a cada palabra - ¡Que voy a mandar a la mierda la puta banda, joder!

En ese instante, el coche modificó bruscamente su dirección, dio un pequeño salto al abandonar la vía y finalmente se detuvo en seco en el arcén; el resto de los coches pasaban a su lado como ráfagas que dejan una estela roja a su paso, arriba el cielo estrellado dejando en ridículo cualquier collar de perlas de cualquier señorona gorda y con cara de madrastra mala.

Dani había detenido el vehículo y sin soltar el volante que asía con ambas manos, comenzó a respirar de una forma deliberadamente pausada –gesto que no se le escapó al cantante y con el que no contaba, nunca en la vida había visto a su manager perdiendo la compostura... Y había habido unas cuantas veces ya, como para haber estallado contra él o contra cualquiera de la banda; no le dijo nada, esperó a que se explicara, pero Dani se limitaba a respirar de forma lenta y sonora.

Tras unos segundos incómodos, fue el cantante quien reanudó la conversación.

- Pero chico... ¿y esa parada?...
- Repíteme eso que acabas de decir –dijo Dani visiblemente cabreado, pero de forma pausada.
- No te mosquees – empezó Guille como auto excusándose de lo que iba a decir, aún no había asimilado la reacción del manager: nunca hasta esa noche había perdido la compostura, y cuando digo nunca, quiere decir: nunca. Prosiguió:
- La cosa no va contigo...
- ¿Cómo que no va conmigo? –estalló en un estrépito de cólera y resentimiento, al tiempo que su cabeza no dejaba de dar vueltas... *mierda, mierda... mierda, este niñato no va a jugar más conmigo... mierda... mierda- ¿cómo coño no va conmigo?, a ver ¡responde! –*

Guille le miraba de forma muy distinta a cuando había empezado aquello, la sorpresa le había relegado a un papel que nunca había asumido con Dani, era él quien subía el tono, era él quien le había perdido el respeto: los roles habían cambiado...

- ¡Tranqui, Dani! -y le tendió la mano en un gesto amistoso, que el otro rechazó con otro enérgico y espasmódico a la vez- ¡Joder, tío!..., ¿se te fue la pinza, o qué? - Guille abrió la puerta y cerrándola de un portazo se apeó del coche, aquel gesto le había convencido de que no quería seguir camino con su manager, sabía que aquello acabaría mal, y él no era de los que callaban... y por lo visto esa noche, Dani tampoco. Fuera ya del vehículo, gritó:
- ¡Que te den!, ¡perdiste el norte amigo!, yo me piro solo -y comenzó a caminar siguiendo la línea que trazaba el quitamiedos de la autopista, el coche quedaba atrás.

Guille siguió caminando sin percatarse de la situación, se encontraba andando por el arcén de una autopista y ni siquiera sabía el punto kilométrico dónde se encontraba, ni si estaba lejos o cerca de cualquier población. Meditaba sobre si estaría llegando a Benavente, o por el contrario, si se alejaba de esa ciudad. Lo que era seguro es que caminando en ese sentido (el único en el que podía hacerlo) iba en dirección a Madrid. Recordó su juventud, se hizo una coleta con el pelo, y extendió el brazo izquierdo cerrando todos los dedos a excepción del pulgar que se mantenía hacia arriba, como si quisiera tocar alguna de esas perlas que agujereaban el negro manto nocturno...

Su cabeza no se alejó de la adolescencia, recordó aquella noche (entonces llovía) en la que también tuvo que hacer auto-stop después de discutir con un amigo, que al igual que Dani, también conducía... Caminaba con el brazo extendido como hacía diez años.

Entonces, acababa de dar un concierto, aquella vez no fue para diez mil personas, ni en un festival, sino cerca de la casa de su padre con quien vivía entonces. Aquel concierto fue en Cancienes, donde su antigua banda acababa de tocar en las fiestas para una decena de borrachuzos que sin escuchar una sola de sus letras, no pararon de pedir “una de los purple” o “una de la polla records”. Ese día a Guille habían tenido que separarlo... Después de una de aquellas peticiones casi se lía a hostias con uno de los borrachos. En el camino de regreso a casa discutía con Jaime (el bajista de aquella banda primigenia: su amigo) sobre el futuro del grupo, y su conclusión...

Entonces, el desenlace había sido idéntico al de esa misma noche: “lo dejo”, “que te den”... y también se bajó del coche para hacer lo mismo: extender el brazo y hacer dedo.

Entonces (hacía diez años de aquello), caminó del mismo modo y al poco rato, un coche, un escarabajo de los antiguos: modelo años sesenta, se detuvo a su lado. La ventanilla del copiloto se bajó y en el lugar del conductor, una chica de largas piernas y minifalda retraída por la necesidad de la postura, le invitaba a subir.

Aquella noche no durmió en la casa del viejo, si no en la habitación de un hotel de Gijón, donde la joven pasaba sus vacaciones de verano. La habitación daba a la playa de poniente, el ventanal permaneció abierto toda la noche. A ella parecía gustarle que el resto de mortales escuchasen sus

gemidos al hacer el amor. Tras una pasión desatada y prolongada durante horas, la brisa que hacía de música para las cortinas, les invitó a la charla: en algún momento tendrían que presentarse, ya no quedaban fuerzas para ningún otro instinto animal que no hubiera sido saciado ya.

“¿Cómo te llamas?... Victoria, pero llámame Viky... ¿Y tú?... Guille... ¿Qué haces?... Tengo un grupo de música... ¿Y tú?... Estudio en la universidad, pero háblame de tu grupo... ¿Por qué tanto interés?... Porque mi padre trabaja en una discográfica... ¡No jodas!...”

Viky acabó sus vacaciones unos días después, había ido a Asturias con un novio que le había salido rana (según sus propias palabras), así que lo despachó al segundo día de su estancia y se dedicó a “conocer a los asturianos”. Por entonces ella tenía veinte años, uno más que Guille. Al final del viaje regresó a Madrid acompañada de un nuevo “novio”, un guapo cantante que su padre tenía que escuchar, éste trabajaba para una multinacional de la industria discográfica y por aquel entonces era el responsable de A.R. es decir, quien debe fichar a los nuevos talentos para que sigan engordando la industria del arte, o lo que es decir lo mismo: para que no deje de hacer dinero con sus productos.

Seguía recordando a Viky, con la que vivió durante sus primeros dos años en Madrid hasta que se cansó de ella y la dejó tras firmar un buen contrato con la empresa para la que trabajaba el padre de la chica...

El sonido del claxon de un coche le devolvió al presente, a la noche estrellada y fría por la que deambulaba siguiendo el trazado de la autopista dirección a Madrid.

Era Dani, que le urgía a subir de nuevo. Al principio, el cantante hizo un gesto altivo, pero al sentir por enésima vez el viento cortando su cara, se tragó el orgullo y volvió al coche de su manager.

- Perdona por los gritos -le dijo Dani.

Le recibió con un tono más cercano al acostumbrado. Esto agradó a Guille, que volvió a asumir su roll “él era el artista, el otro sólo era un currito”, pero con cierta reticencia, pues había vislumbrado a ese otro Dani del que no había tenido conocimiento hasta esa misma noche.

- ¡Estás perdonado, joder! -le respondió el cantante.
- Mira, Guille... ahora no puedes decir “lo dejo” y punto.
- ¿Por qué no?
- Porque tienes un contrato, y aún te quedan dos discos con la discográfica, y según el mismo, en enero debes grabarlo y desde entonces vuelves a pertenecerles, así que... - y le miró fijamente a los ojos, sin poder esconder esta vez al verdadero Dani-... ¿tú dirás?
- No aguanto ésto, tío, no puedo más, quizá el viejo tenga razón... ¡qué coño! -se lo había pensado mejor-, ¡claro que la tiene!
- Mira, no mezcles a tu padre en esto, él no firmó ningún contrato como el tuyo, él no triunfó como tú.
- ¿Y esto, es triunfar? -preguntó Guille alzando la voz.
- Eso es lo que tú quisiste... además, me parece a mí que diez mil personas te despidan aplaudiendo a rabiar y pidiendo otra canción, debe acercarse a eso que llaman “triunfar” ... ¿no?
- ¡Una puta mierda!, eso es lo que es.

- Mira, Guille -comenzó pausado-, ¡tú eres gilipollas! -le dijo sin inmutarse, nunca le había tratado como esa noche... prosiguió sin fijarse en él... Eres un imbécil, si crees que puedes ir haciendo lo que te de la gana con las discográficas. Además, ¿qué es lo que te toca los huevos?... ¿el resto de la banda?... Cambiamos de músicos...
- No entiendes una puta mierda -Guille comenzó a hablarle de otra forma. Extrañamente, la reacción de Dani le había colocado a su altura, y ya no hablaba con su manager si no con alguien con quien se estaba sincerando como hacía mucho tiempo que no hacía- ...De lo que estoy harto es de esta farsa, no de la banda en sí, que bien sabes que son unos gilipollas...
- Como tú -le interrumpió con sinceridad. Hacía rato había dejado ya la máscara.
- Bien... como yo; pero al menos yo soy consciente del montaje y no quiero seguir con la función. Todo lo que cantamos es mentira, joder.
- Pues claro que es mentira... ¿y qué coño quieres?... -y sin darle tregua, continuó con su descripción de la situación en la que se encontraba el hijo de H.-... Pretendes ser verdad cuando estás cantando contra el sistema..., ¿y los casi cinco mil euros que te embolsas por bolo?... ¿pretendes dejar de cantar porque es mentira lo que cantas?... ¿o es que quieres cambiar el mundo?... pero, ¿a que no quieres dejar de cobrar esos cinco mil pavos?
- El viejo sí que tiene cojones.
- Tu padre es otra historia, él dejó la música, precisamente por no juntarse con ejecutivos de compañías discográficas. Pero así le fue...

-y se quedó pensando un rato antes de zanjar el tema:- ¡irse a vivir a una aldea!, ¡vaya gilipollez, coño!, después de escapar de la tortura en Argentina, después de vender más de cincuenta mil discos... ¡de los de antes!, que las cifras eran ciertas, y no como ahora, joder... ¿A eso le llamas tener huevos?... -Guille no respondía, se había perdido en un abismo que sólo él conocía... ¡Eso, es tirarlo todo por la borda!

- Pero eso es lo que eligió -musitó Guille en un tono apenas audible-, y todo el mundo de la música le respeta, respeta sus producciones, y sus discos no estarán en el Top ten, pero son auténticas joyas.
- ¿Qué?
- Nada... ¡déjalo!, llevas razón.
- Pues claro que la llevo, tómate un par de días de vacaciones, piérdete con alguna tía por ahí y esta misma semana, te monto una reunión con los de la discográfica y les hacemos revisar el contrato, a ver si podemos quitarte el rollo de la promoción, así no tendrás que ir de presentación en presentación... -y como si le hubiera entendido a la perfección, y supiera el origen de la pataleta, planeó por Guille:- si no tienes que hacer la promoción del disco y te quitas ruedas de prensa, entrevistas y sólo tocas, podrás seguir, además -y en ese instante fue él, quien aproximó su mano en un gesto amistoso-... además tienes unos meses de relax, ya verás como todo vuelve a su cauce -y abriendo la guantera con esa misma mano (la derecha), sacó de ella una bolsa- ¿Quieres un tirito?

Pero la solución de Dani, lejos de arreglar el problema, lo evitaba, él creía saberlo todo acerca de sus artistas; pero a veces, no sabemos tanto como creemos, y en su caso este hecho se pondría de manifiesto un par de días más tarde, cuando hablaran con la discográfica.

Esa misma noche, en esa misma carretera:

Mientras tanto, en una furgoneta cargada con el backline (amplificadores y equipo de sonido para el escenario) de Anti System, Carlos, el técnico de escenario (el pipa) le daba palique a Pablo que conducía la furgona en dirección a Madrid.

- ¿Y tú...?, ¿qué vas a hacer ahora? -le preguntaba.
- Voy a estar unos días de vacaciones, me voy con mi chica a la playa.
- Mal mes para ir a la playa -dijo Carlos mientras fumaba recostado en el asiento con los pies sobre el salpicadero.
- ¿Qué dices tío?... es el mejor, en octubre no hay nadie en la costa, los hoteles valen más baratos, no hay atascos... ¡es el mejor mes para ir a la playa!, ¡qué coño!
- Pues qué suerte, yo volveré a la panadería...
- ¿A la de tu tío?...
- ¿A cuál, si no?...
- ¿Y no vas a tomarte unas vacaciones?

- No... -Y Carlos se quedó pensativo, mirando a través de su ventana la mitad que enseñaba la luna de sí misma, y tras un silencio prolongado en el que fumaba soltando el humo lentamente, prosiguió:- Para mí ir de conciertos con un grupo, ya son vacaciones. Ahora me toca ayudarle, está jodido el hombre -se refería a su tío Ángel-.
- ¡Pero, tronco! -protestó Pablo-, con la pasta que sacas después de una gira, no me digas que tienes que currar en la panadería... y además tu tío, ¿por qué no lo deja ya?
- Porque es autónomo y la jubilación que le va a quedar es una puta mierda, además a mi tío si le quitas la panadería se muere en dos días -Carlos suspiró y apagando el cigarrillo abrió la ventana para sacar el brazo y dejarlo a merced del viento, que lo sacudía de arriba a abajo como si de un planeador se tratase... Y tampoco te creas que yo puedo vivir todo el año con lo que gano en las giras, ¡jecha cuentas!, trescientos euros por bolo, sí, pero quítale comidas..., juergas..., ropa... tampoco me queda tanto al final, y tengo que comprar un ampli nuevo.
- ¿Para qué hostias quieres tú, un amplificador nuevo?

Carlos se había metido a pipa, sólo por no dejar el paraíso, que en su caso eran los escenarios. Él era bajista, pero nunca había tenido suerte con ninguna de sus bandas, así que trabajar con Anti system al menos le mantenía en contacto con el Rock, y eso para un huérfano como él, ya era suficiente lujo.

Aunque...

Una vez hubo terminado, y ya en casa de su tío: en su casa, hizo lo de siempre, antes de acostarse sacó su bajo de la funda, lo afinó y sin enchufarlo al amplificador (era tarde) comenzó a tocarlo, sus dedos no tenían la soltura de antaño, y eso le frustraba, intentaba tocar alguna de las canciones que tocó en sus bandas y parecía no salirle nada...

Hizo lo de siempre: guardarlo de nuevo en la funda y recostarse en la cama, encendió un pitillo y se dejó llevar por la nostalgia sin dejar de pensar en cada uno de los conciertos con Anti-system, sin dejar de pensar en que el paraíso de la música era una mentira más.

Hizo lo de siempre: se durmió y soñó con trenes con destinos deslumbrantes, prometedores, llenos de sueños de vidas nuevas -mejores- ... trenes que significaban escape, otra segunda oportunidad, en definitiva: libertad y la vida que ésta encierra.

Pero pasó lo de siempre, en su sueño: él trabajaba en la estación, los trenes iban y venían, la gente se subía a uno u a otro y la vida para ellos cambiaba en un instante. Pero Carlos, tan sólo trabajaba siempre allí, viendo cómo los trenes iban y venían, llevaban y traían a otras personas; nunca a él.

Tercer día. Madrid.

Eran las doce de la mañana cuando Héctor, recibió la llamada de Dani, diciéndole que Guille quería tener una reunión con él y que era urgente, porque el cantante –al parecer- o renegociaba condiciones o iba a mandar el grupo a tomar por culo... “Entiendo... no hay problema... venir hoy a comer a casa y charlamos... O.K. A las dos y media... un abrazo... adiós, adiós”, y dicho esto, colgó el teléfono, llamó a su secretaria para darle las instrucciones precisas... “Avisa en casa... sí, vienen dos invitados... sí, que nos sirvan la comida en el jardín... sí, y que nadie nos moleste... eso es, anula el squash”. Y antes de que la muchacha marchara de su despacho, volvió a requerir de su atención... “Ah, y retrasa el lanzamiento de estos chicos... -dijo enseñándole un CD- no interesa sacarlo ahora... lo sé, lo sé, dales cualquier excusa...” .

Su secretaría salió, y al cerrar la puerta marcó el número de la hija de su jefe: de Victoria. Inmediatamente, le pasó a este la llamada: “Hola cielo, qué tal?... Sí, claro que sí nena... Oye una cosa, ¿hace mucho que no hablas con Guille?... por eso te lo digo, porque sé que habláis muy a menudo... Ya sé que no estás con él, que ahora sólo sois amigos, sí, ya lo sé cielo... Pues nada, que dice que quiere dejar la banda o yo qué sé... Ya, sí, eso es lo que digo yo, pero Dani dice que es serio, que está muy harto... ¿Cómo que mejor?, pero no digas eso, Victoria... yo no comparto en absoluto tu opinión, creo que le van las cosas muy bien y que siendo sensato debe seguir con nosotros... ¡Victoria, por favor!, lo que tiene que hacer es dejarse de tonterías... Voy a comer con él... no, mejor no vengas, a ver si encima tú le vas a convencer de que pase de la discográfica... Déjate, no, no estás invitada... un beso cielo, ciao ciao”. Y colgó.

No solía comer en casa, pues vivía lejos del centro donde se encontraba el edificio de la compañía discográfica en la que trabajaba, pero aquel día hizo una excepción.

Eran casi las tres de la tarde cuando llegó, el atasco en la autopista A-6 había sido monumental, les dijo a Guille y a Dani al verles esperándole en el salón de su casa.

Les condujo al jardín e hizo que les sirvieran unos canapés antes de comer, y aprovechó para subir y cambiarse. Aunque fuera otoño, hacía bastante calor en Somosaguas, donde se encontraba su chalet.

Media hora después, les servían la comida en la mesa del jardín junto a la piscina, que de forma insultante, aún estaba llena de agua, y unos aspersores no dejaban de silbar su monótona cantinela mientras regaban el césped que los aislaba del mundo.

Parecían querer chillarle al mundo los pensamientos de Héctor:
“¿Sequía?... a mí, me la suda”

Comenzaron a comer el primer plato hablando de trivialidades, que si había sido un éxito la gira, que si las listas de ventas, que si mira la competencia cómo la ha cagado con el disco de fulano, que la cosa iba bien, etc etc. Una vez les sirvieron el segundo plato: solomillos, Guille comenzó a hablar...

- ¿Habéis probado este vino? – decía Héctor enseñando su botella reserva del ochenta y seis- mil euros la caja...
- ¿De seis botellas? – preguntó retóricamente David.

- De tres -contestó Héctor que ni sabía, ni quería, esconder su orgullo elitista-, ¡exquisitas!, ¡al alcance de muy pocos! -añadió llenando la copa de Guille, al tiempo que ponía una de esas sonrisas que parecen decir: “mirarme todos, yo: soy un triunfador”
- Gracias - dijo Guille de forma educada al ver su copa llena, pero a él todo aquello de lo que costara aquel vino le daba igual, así que fue directo al grano:- Yo no quiero seguir con Anti-system.
- Bueno -le interrumpió Dani-, quiere decir que hay que liberarle de la promoción, entrevistas, videos... -miró los ojos de Guille que le hicieron parar, en ellos pudo ver que no bromeaba.
- Deja, deja... -le dijo Héctor-, deja que hable él -y sin dejar de comer su carne: solomillo, clavó sus ojos en los del cantante.
- Voy a dejarlo... -y haciendo una pausa premeditada para ver la reacción de manager y discográfica, prosiguió-, todo lo que hago es mentira... -la risa irónica y perfectamente audible de Héctor no le hizo detener su discurso-... no soporto seguir con esto.
- ¿Con qué? -le preguntó Héctor socarronamente.
- Con todo... -Guille ni pudo, ni quiso disimular su repulsión, su cara transmitía asco según lo miraba todo. Su cabeza comenzó a moverse para que sus ojos contemplaran con repulsión la piscina, el chalet y las caras de ambos- ... Con todo ... esto -y ese “esto” sonó a vómito desde una conciencia olvidada, encerrada en una voz que no dejaba de hablarle en el interior de su cabeza, exteriorizada por primera vez hacía mucho tiempo en esa palabra “esto”. Una voz que el viejo, le había enseñado a escuchar, aunque nunca le dijo cómo se podía apagar el interruptor para dejar de oírla.

- Es decir... si no me equivoco –añadió en un tono de superioridad lleno de sarcasmo-, que tú, le lías con mi hija –Guille le dejó hablar, aunque su cara no pudiera disimular su repulsión: sonreía como perdonándole la vida, cosa que a Héctor le dio igual y siguió con lo suyo-... porque su padre, es decir yo, soy un alto cargo de una multinacional discográfica, consigues ser el primer grupo de Rock que canta contra el sistema y eres número uno en España y latino América, y ahora, en el zénit de tu carrera dices que estás harto de... esto –y miró en derredor suyo-... ¡del éxito! –dijo de forma exaltada... –y sin darle tregua concluyó su discurso tajantemente:-, pues te quedan dos discos que grabar con Anti-system, eso dice tu contrato, y sabes que si no lo cumples, vamos a joderte... –y al decir esto, taladró con su mirada a Guillermo-... hasta que nos cansemos –y como si nada hubiera cambiado desde antes de hablar con el cantante, cambió la expresión de su cara e hizo un gesto a su sirvienta para que les retirara los platos, en el suyo quedaban intactos dos de los tres solomillos.
- Eso lo calientas a la noche y está de puta madre –intervino Dani refiriéndose a la carne, intentando trivializar para relajar la situación.
- No amigo mío, a mi no me gusta la carne recalentada –le siguió la corriente Héctor, que sin embargo hablaba muy en serio-, algunos nos podemos permitir esos lujos.
- Disculparme, tengo que marchar –Guille se levantó y sin darles la mano siquiera les dejó allí.
- Relee tu contrato y tómate unas vacaciones, hablamos en un mes... ¿Okei? –le despidió Héctor, que parecía estar muy tranquilo, y

haciéndole un gesto al manager, siguió hablando con él... déjale, ya se le pasará.

- Te llamo, ¿Okei? -Dani se despidió de Guille así, sin recibir respuesta.

Sin embargo, él se fue de allí pensando *“Una polla Okey.... ya veréis... ya...”*

Andrea -la sirvienta de Héctor-, le acompañó hasta la puerta del chalet. “Buenas tardes”, “Adiós”, respondió el cantante mirando con cierta pena a la muchacha.

Cuando se cerró la puerta, Andrea se fue a retirar la comida de la mesa del jardín. Mentalmente iba canturreando una de las canciones de Guille, uno de los éxitos de Anti-system... en su cabeza la voz de aquel a quien acababa de despedir repetía una y otra vez un estribillo:

...No queremos un sistema de amos y esclavos, No queremos un mundo en que el que tiene, cada vez tiene más, y nosotros puteados, El dinero es su verdad, vamos juntos a aplastarlos...

Mientras recogía los restos de comida, su *amo* hablaba con Dani... Andrea los escuchaba sin que en su interior dejase de sonar aquella canción.

- Tranquilo, Dani -hablaba Héctor fumando un gran puro, recostado en su silla-, en el supuesto caso de que este niño no se lo piense mejor, vamos a joderle vivo en cuanto quiera sacar otra canción que registre a su nombre.
- Pero y si forma un nuevo grupo... ¿con un nombre distinto?

- Tranquilo... -Héctor se regocijó en su pausa, exhalando el humo de su habano-... le tenemos cogido por los huevos...
- Explicáte -le azuzó Dani, que inmediatamente se interesó por aquello que extrañamente no sabía.
- El contrato que firmó con la discográfica es una cosa: bien, en ese caso, él podía no seguir con Anti-system, formar otra banda y nada podríamos hacer...
- ¿Y bien?...
- Perdonen... -intervino tímidamente Andrea, excusándose por su inoportunidad-, ¿les sirvo unos cafés?
- Qué bonito acento -dijo Dani, en referencia a la chica, que sin embargo no dijo nada, limitándose a bajar la mirada hasta dar con el brillante césped.
- Es mexicana, más dóciles que las españolas -le explicó Héctor, y contestando a Andrea:- Sí, dos cafés, y tráiganos un par de copas de whisky... ¿solo con hielo? -a Dani, éste asintió-, y después no vuelva a molestarnos Andrea. Gracias, puede retirarse -mientras marchaba, aún pudo escuchar lo que su jefe decía:-... pero, pero, pero -dijo en tono triunfal olvidándose por completo de su *sirvienta*, mientras volvía a recostarse sobre su silla-, también le hicimos firmar contrato con la editorial de la compañía, y todo lo que componga es nuestro en un setenta por ciento. Y podríamos no querer sacarlo. Que grabe, y nosotros frenaremos su difusión. No ganamos, pero él: estará hundido para siempre.
- ¡Qué cabrones sois! -dijo Dani.

Andrea, pensó mentalmente: *¿Cabrones?...hijos de la gran chingada, ¡hijos de puta!... jeso es lo que son ustedes!...* y dejó atrás el jardín para entrar en la gran casa donde trabajaba diez horas de lunes a sábado.

Una vez les sirvió los cafés y las copas, volvió a la cocina para recogerlo todo, mirando con esperanza el reloj que sin embargo no marcaba lo esperado: aún faltaba una hora para acabar su jornada.

Mecánicamente, comenzó su tarea y abrió el cubo de basura y fue vaciando el contenido de cada plato en su interior, no sin haber separado los trozos de solomillo que no habían comido, envolviéndolos en un trozo de papel de aluminio para meterlos en el interior de su bolso de forma furtiva, no fuera a ser que la vieran hacerlo. Mientras tanto y para entretenerse, sintonizó una emisora de radio, buscó algún coloquio, en ese momento no le apetecía escuchar música, y dio con una emisora en la que estaban hablando del cambio climático y de las formas de frenarlo, había varios contertulios, pero sólo las frases de uno de ellos llamaban su atención y por ellas no cambió de frecuencia.

A la vez que escuchaba, pensaba en el sitio dónde nació y creció, hasta que huyó de allí: Ciudad Juarez, en México. Se acordó de las palabras de su padre:

“Aquí no hay futuro, y al norte, los gringos no quieren más mexicanos... España está bien, no son tan chingones como los gringos”.

La voz de la radio la sacó de su pequeña casa en el norte de México.

“...En el supuesto caso de que Kioto se cumpliera, el problema seguiría siendo el mismo, quizá alargáramos la agonía unos años más -pocos, añadió otra voz-, pero el cambio ya empezó y la tierra está mutando su comportamiento...”

Andrea recordó a su madre, como si las palabras de la radio le alejaran aún más de ella:

“Tienes que marchar, chamaquita, o quieres acabar en una de éstas –le decía señalando un gran campo lleno de cruces, mostrando con la impunidad de un ricachón pervertido, que bajo ellas, yacen los restos de muchísimas mujeres jóvenes, muertas y enterradas en aquel lugar sin que nunca se supiera ni la causa de sus muertes, ni el nombre de sus asesinos- Tú eres muy linda mi bien, tienes que huir de aquí”.

La radio seguía:

“...Tenemos que entender que las consecuencias de la devastación a la que ha sido sometida la tierra no pueden frenarse, y la gente no tiene la menor idea de lo que ello supone...”

Andrea recordaba a su abuela, que siempre mantuvo que el mundo estaba a punto de llegar a su fin por la avaricia de los ricos:

“Y nosotros no podemos hacer nada, nomás” -le repitió una y mil veces con la misma voz monótona y despreocupada de quien sabe que no va a sufrir las consecuencias de sus propias predicciones. Hacía ya más de cinco años que la enterraron.

Y la radio, volvía a llevarla al mundo real:

“...El consumo desmedido del primer mundo, el despilfarro energético al que estamos sometiendo el planeta, está a punto de pasarnos factura, y ésto es un hecho aunque se aplicara Kyoto sin excepciones, el agua por ejemplo...”

Andrea sacó la cabeza por la ventana, intentando no ser vista, y miró al jardín. La piscina llena, el césped resplandecía de un verde brillante de forma deslumbrante... pensó también en el jacuzzi de los señores, se fue a hurtadillas al salón y miró una foto de Héctor que presidía una vitrina con trofeos, en la imagen se le veía a él haciendo un swing en un campo de golf del mismo verde que el jardín: resplandeciente, abajo de la foto, se podía leer: "campo de golf de... Arabia Saudí".

Volvió a la cocina y la radio seguía como esa voz de una supuesta conciencia que toda la raza humana hubiera perdido.

"...Tenemos que prepararnos para un cambio a medio plazo de las condiciones vitales y atmosféricas del planeta. La vida, tal y como la conocemos, no tendrá mucho que ver con la que encontraremos dentro de unos años... ¿Extinción? -preguntó otra voz, a lo que continuó una gran pausa, hasta que la misma voz que había estado advirtiendo, concluyó con tristeza:- extinción total no, no creo, la tierra es una máquina perfecta, la vida seguirá estemos o no en el planeta; pero la humanidad sí va a sufrir a corto plazo, si no una extinción, sí un gran diezmo en cuanto a población: la tierra ya no puede alimentar a tantos seres humanos, y es más -añadió-, creo que tampoco quiere hacerlo ya."

"Y nosotros no podemos hacer nada, nomás"-pensó Andrea recordando con amargura a su abuela y apagó la radio.

Media hora más tarde subía a un autobús que la llevaría después de unos treinta minutos de viaje por todas las urbanizaciones de chalets para ricos de Somosaguas, Pozuelo y Aravaca, hasta llegar a Moncloa, ya

en plena ciudad de Madrid, donde cambiaría el transporte por el metro y seguiría otros cuarenta y cinco minutos hasta ascender las escaleras de la estación de Alto del arenal, en la otra punta de la ciudad, en pleno barrio de Vallecas donde tenía alquilado su piso, el número catorce de la calle Pont de Molins, un edificio de cuatro alturas sin ascensor en la fachada de cuyo portal se podía leer, en un simulacro de grafitti: “Sudacas no”.

Y así, llevaba haciendo lo mismo todos los días a excepción de los domingos y diez días en verano, a modo de simulacro vacacional, desde que llegó de Ciudad Juárez, hacía ya seis meses.

Y menos mal, pensaba siempre Andrea al mínimo síntoma de agobio, es decir, cada vez que tenía que cruzarse con toda esa gente que la miraba de forma altiva, preguntándose si tendría o no papeles, o si tendría o no un precio... *yo no soy de esas, y al menos los pinches ricos me dieron papeles... hay que trabajar, nomás...*

Y así, cada tarde a eso de las siete y media u ocho, antes de abrir la puerta del portal mirando a la derecha para no tener que leer el *grafitti* de la izquierda, pasaba por la panadería del barrio y compraba el pan y lo que necesitara para acompañar lo que trajera de casa del señor Héctor.

Aunque ese día, se llevó una grata sorpresa al ver tras el mostrador un rostro distinto al que siempre veía... *¿Quién será este nuevo panadero?...* Se preguntó al descubrir a Carlos al otro lado.

- ¿Y el señor Ángel? - en los seis meses que llevaba en el barrio, Andrea ya había entablado una pequeña amistad con el panadero,

que incluso le fiaba parte de la compra cuando ella no tenía dinero para pagar hasta fin de mes.

- Hoy descansa... -dijo Carlos sin poder disimular su atracción hacia la joven-, es mi tío -añadió ante la sorpresa de aquella bella mujer que por sus rasgos parecía Latino americana-, ¿eres nueva en el barrio?
- Sí...-dijo Andrea ruborizándose al haber sentido esa mirada que sin dejar de clavarse en sus ojos, brillaba llena de algo que nada tenía que ver con la lascivia a la que sí estaba acostumbrada-... nomás llevo seis meses.
- Ah... -pareció alegrarse Carlos-... ¿eres mejicana! -y ante la sorpresa de la muchacha, se explicó:- este año estuve allí... aparte de ayudar a mi tío, soy técnico de sonido y acabo de terminar gira. En mayo estuve en tu país... ¡Me encanta! -Andrea no decía nada, pero le gustaba ese chico y se olvidó del pan para escucharle hablar. A las ocho de la tarde la panadería estaba a punto de cerrar, y se encontraban solos allí-... por eso no te conocía... -se quedó en silencio unos segundos como echando cuentas mentalmente- ...sí, porque yo llevo sin venir ocho meses... ¡justo! -y sin darle tiempo a decir nada siguió:- Me llamo Carlos... ¿y tú?
- Andrea.
- Andrea... -repitió el joven, con un tono que por un momento desnudó su alma ante ella- ...¡precioso! -la joven sonrió, y volvió a ruborizarse bajando su mirada.
- ¿Y dónde estuviste en mi país? -preguntó ella cambiando de tema.
- En Méjico... -paró para buscar en su disco duro, repleto aún por la falta de tiempo para asimilar tantas ciudades, tantos nombres,

tantas experiencias- ...Hicimos el Defe -refiriéndose a la capital: México D.F.- ... Jalisco... Monterrey... Guadalajara... y Puebla.

- Yo soy del norte, de Ciudad Juárez... - a Carlos le sonaba el lugar, pero no lo conocía y ante la expresión de su cara, Andrea añadió- no es un sitio muy lindo...
- Pero es el tuyo, ¿no?... ¿Y emigraste a España por...?
- Allá no hay futuro.
- Aquí tampoco Andrea.
- Pero no desapareces y te entierran en un desierto.
- No, ¡eso no! -Carlos se quedó pensativo, no hacía mucho tiempo escuchó a Guille comentar algo sobre el tema; pero fue tras un concierto y estaba demasiado pedo como para recordar qué-... algo escuché de las desapariciones en Ciudad Juárez... Y todas ellas, mujeres...
- Las mafias, trata de mujeres, sadismo... aparecen muertas nomás; pero ahora estoy acá, y además, hay trabajo y tengo papeles... -y buscándose en el bolso, sacó el pequeño paquete con los restos de los solomillos-... ¡y esta noche voy a cenar de madres!... ¡pinches ricos que desperdician la comida!
- ¿Tus jefes tiran los solomillos enteros?
- Sí, yo no entiendo, pero allá ellos, les sobra el dinero.
- ¡Aún así, joder! -Carlos no entendía lo que a él le parecía una de las peores faltas de respeto que se le puede hacer a la vida- ¡Tirar la comida!, ¡qué asco! -pero cambió de tema, pues aquello le cabreaba sobre manera-... ¿Y se puede saber en qué trabajas?

- Trabajo como empleada del hogar... -y la frase le pareció tan ajena a la realidad, que corrigió de inmediato- ¡de criada nomás!... en la mansión de unos ricos en Somosaguas.
- ¡Joder!, ¿tan lejos? -Andrea asintió, y el joven volvió a cambiar de tema, no quería encenderse y despotricar contra este mundo de *amos y esclavos*- ...pues esa carne... - y yendo al almacén para al cabo de unos segundos salir con una botella, continuó-... con este vino, debe estar cojonuda.
- ¿A qué hora cierras? -preguntó Andrea venciendo su rubor.
- Ahora mismo -Carlos la miró a los ojos y no tuvo que añadir lo que ellos expresaban: "Si tú me invitas a cenar", pues a la chica no le hizo falta después de leer su mirada.
- Pues si pones el vino, yo pongo la carne... bueno "mi amo" la puso.
- ¡Que se joda!
- ¡Al carajo!

Tercera noche. Luna creciente.

Más tarde, pero mucho más tarde, ambos ya habían cenado, recogido, escuchado música, hablado... la verdad es que no habían dejado de hacerlo, ni de escuchar música. Mucho más tarde, cayeron en la cuenta de que el tiempo no existe, sino para adaptarse a nosotros mismos: llevaban más de cuatro horas sin parar de conocerse, de hacerse confidentes, y sin embargo cada vez quedaban más cosas que decirse, más música que escuchar, más tiempo que perder... Y sin embargo, ese mismo tiempo se les escapaba de las manos, a borbotones como la sangre después de una puñalada; jodido tiempo que seguía su inexorable marcha hacia el mañana, a ese día en el que tendrían que dejar de hablarse, de escuchar música, de ser confidentes, para mezclarse con esos de abajo: con la gente que parece estar ahí de comparsa, como clones de un mismo ser anodino, gris y distante, un ser que nada tenía que ver con ellos, que sin duda alguna, en esa noche fueron el centro; pero el mismísimo centro del universo.

A medida que al reloj había que ir mirándolo de reojo, él pensaba *yo me quiero morir con esta mujer* y ella decía “qué bueno que viniste... pero ¡qué bueno!”, y enfatizaba ese “qué bueno”, llenándolo de sentido; él miraba al reloj y pensaba *detente hijo de puta*, y ella se levantó y le quitó la pila; él la miraba y mientras escuchaba su infancia, sus ojos se perdían en la oscuridad de su cabello. Andrea sonreía –era su confidente, ya lo era, no había marcha atrás, así que lo sabía- y se acercaba a él para decirle “qué pelo tan lindo tienes”, y él pensaba *toda tú eres linda...linda, qué acento más bello* y ella arrimaba sus dedos al pelo –también largo- de Carlos, y él dejó de pensar, y ella cerró los ojos:

Y ambos se fundieron en uno solo.

Entretanto, en el centro de Madrid.

La voz: esa maldita condena, no había forma de callarla, no existía posibilidad de pacto alguno con ella, nada: imposible.

Guille había caído en los infiernos. Después de la comida con Dani y Héctor, se había encerrado en su casa.

Pensaba en Pinky, el personaje de The Wall, y cómo éste se autodestruía para después renacer convertido en un ser distinto que nada tendría que ver con nadie. Vio unas cuantas veces la peli de Stone, la de la vida de Morrison el cantante de The Doors... parecía buscar la flagelación psíquica, el martirio del que no puede dejar de escuchar las mismas verdades...

La voz en su cabeza no paraba de repetir las:

Valientes hijos de puta... ¿qué hago Guille?...¿qué coño hago?

No puedo seguir con esto... Un día reviento y empiezo a hablar por el micro... a decir quién maneja de verdad el arte, a decir que todo es un negocio: que todo es mentira... ¡qué ganas de hacerlo!... ahí sí iba a sentirse orgulloso el viejo... ¡el viejo!... ¡mierda!, ¡la estoy cagando!, la estás cagando gilipollas...

¡El viejo!... ¿cómo estará?...

Viejo:

"Todo es mentira".

Y en una de esas cogió el teléfono... ¡nada!, nadie contestaba.

"¿Dónde se habrá metido el viejo?" –dijo en voz alta, mientras buscaba una raya más, puesta sobre algún espejo o cristal.

Y ahora llamarás a tu camello... gilipollas, así no tendrás que escucharme, eh?...
“¡Vete a la puta mierda, joder!” gritó... *estás chiflando Guillermo... mal, amigo, pero que muy mal...* ¡Joder!, ¡joder! -volvió a chillar, y como el Pinky de aquella peli comenzó a tirar cosas contra la pared: primero fue un cojín, pero la voz siguió dando caña... *¡qué machito!, ahora tira otra cosa, a ver si eliges algo que se pueda romper, idiota....* “¡Que te calles, joder!”, y esa vez estampó la Play Station contra la pared de su salón, y de un manotazo volcó un cristal donde tenía amontonado casi tres gramos de cocaína... *Ahora sí tendrás que llamar a tu camello...* ¡Y una polla!, no te lo crees ni tú!, ¡ya está bien! -zanjó esa ridícula charla consigo mismo.

Y se tapó la cara con las manos, encerrando su rostro en un silencioso sollozo, en un llanto ahogado que moría en su garganta estrangulándole el alma, apresándole como un grillete a su propio infierno.

Él sabía el porqué de su estado, conocía perfectamente que había errado el camino, era consciente del punto exacto -si se prefiere:- del día exacto en que lo hizo. El resto era mentirse, engañarse, justificarse; pero seguir así sería algo peor: significaría esa misma autodestrucción del tal Pinky de la peli The Wall.

Su infierno era el miedo, el terror a no saber cómo enderezar el timón para tomar un nuevo rumbo, en ese instante en el que vislumbraba la tormenta aún sin haber llegado a ella. Podría seguir... un tiempo más, no sabía cuánto: no quería preguntárselo, no iba a ponerse a echar cuentas cabalísticas en un último intento de justificarse: *¿Y qué puedo hacer si no?...* No, esa voz le urgía a hacer algo... *pero coño, ...¿qué?...* no dejaba de pensar.

Su infierno: saber que no iba a seguir siendo el mismo Guille que un día fue, pues estaba *estancado* en el que era: un Guillermo caduco, gastado, abocado al estrépito de la caída. El verdadero martirio: no dar con

la clave, con la primera nota de una nueva canción que supusiera una nueva vida, un nuevo rumbo más certero que se alejara de la tormenta de la locura, de la tempestad del auto engaño, del huracán del suicidio... Hasta había llegado a plantearse *¡cobarde!* ... le había respondido la voz de su cabeza cada vez que había pensado en ello.

Ya de pequeño, había empezado a escucharla; no era locura, la locura no es coherente con la razón, era otra cosa... quizá si pudiera escucharse, a alguien le hubiera dado por llamarla: conciencia; pero sólo podía oírla él. El legado del viejo que desde que renunció a las comodidades de la ciudad y decidió llevarse a su hijo al fin del mundo, había dedicado la mayor parte de su vida a “construir” un super-hombre, como mil veces le recordó. *...Te salió el tiro por la culata, viejo... ¡boludo!*... La obsesión de H., había sido formar a su hijo en la verdad, en la objetividad y por ende: en la dureza de la libertad.

La apuesta había sido muy sencilla, sacrificar la inocencia, la mentira que se le dice al niño porque aún es chico, por la rotunda, fría, e incómoda verdad. Una multi subjetividad para llegar a la verdad objetiva, la enseñanza desde todos los puntos de vista, el silencio como recordatorio del axioma número uno para H.: sólo hay dos clases de seres humanos: los que buscan y los que no. Y así, hasta llegar al otro gran axioma: hay un punto que todos podemos cruzar, y de hacerlo dejamos de ser hombres o mujeres para transformarnos en demonios –si se prefiere- en virus, que sólo buscan su beneficio.

Y “la voz” –llamémosla de “la conciencia”- suponía el éxito más rotundo en la educación que H. le había dado a su hijo: pues no dejaba de

sonar, de advertirle, de intentar recordarle una y otra vez, que así no, que esa no era la forma.

Guille cerró los ojos, para verse pequeño, ante su padre, que no podía contener la cólera al regañarle por cualquier minucia. *“Te estás convirtiendo en un imbécil”... “Vos sabrás, qué clase de hombre querés ser”.*

Pasado el tiempo, la voz refrendaba que sí, que se había convertido en un imbécil, que el viejo, *el jodido viejo* con toda su crudeza llevaba razón, que al fin, había sido él con su cólera, con sus largas charlas, aun cuando Guille tan sólo quería haber jugado con él, con el cumplimiento de su palabra, *“No me gusta en lo que te estás transformando, hasta que no cambies, no me consideres tu padre: te detesto, no quiero estar a tu lado”.* Con toda esa *crueledad* era el único que jamás había roto un trato, faltado a su palabra, o engañado: nunca lo había hecho y no se había equivocado.

No obstante, también recordó los juegos con el viejo, jamás había dejado de aprender, hasta jugando, y hasta que le salieron granos en la cara, gozó sobre manera de ellos, de los pequeños retos en los que se convertían esos paseos por el bosque, esas tardes lluviosas que pasaban moldeando plastelina, o aquellas mañanas en las que H. estaba de buen humor y hacían cualquier batalla con sus muñecos, con los clicks, (que ahora se llaman de otra forma), en las que siempre aprendía algo, bien de historia, o de cómo vivían otras culturas, o simplemente valores que iban haciendo mella en su frágil, pero a la vez firme intención de hacerse un hombre de provecho, un buen hombre, un hombre libre que ayudara al mundo y a sus semejantes a dejar de ser lo que era, lo que eran.

Jodido viejo... pensaba en ese instante, entonces sí, sonriendo.

Se recostó en el sofá, y poco a poco la calma se fue apoderando de él. Más relajado, volvió a cerrar los ojos, a dejarse llevar a los rincones más recónditos de su infancia. ¡Cómo le gustaba cuando había pasado un buen día y se había portado bien!. Se sentía mayor, casi un hombre, ¡qué coño!, se sentía todo un hombre, y además su padre le contaba una historia antes de dormirse.

Cuando esto pasaba, el viejo le miraba lleno de amor, con una mirada que a Guille, le llenaba de orgullo, de confianza en sí mismo, de alegría, de felicidad, porque él sabía que su padre llevaba razón cuando le regañaba, porque él sabía -y nunca dejó de hacerlo- que su padre nunca le había engañado. Que él sólo quería hacerle un gran hombre, o como H. lo llamaba, un súper-hombre, tan alejado a conceptos equívocos a los que dieron lugar tras las lecturas de Nietzsche, por mentes enfermas que tergiversaron la esencia elemental de su *súper-hombre*: su libertad para preguntarse y buscar la verdad.

Y esas noches en las que el viejo le premiaba con una de sus historias, Guille dormía pensando que el mundo era un inmenso remanso de paz, y que él tenía derecho a aquella dicha: se la había ganado.

Y es que las historias de H. quedaban ahí, en esas noches, pues las inventaba sobre la marcha y no volvía a repetirlas. Eran pues: momentos únicos que sólo Guille podía vivir, que sólo él conocía.

Su cabeza no dejaba de procesar aquellos datos tan remotos en el tiempo, y extrañamente recordó varios de aquellos cuentos, tan fugaces, que sólo existieron en aquellas noches, en alguna de ellas, hasta que el sueño las grabó a fuego en su inconsciente.

Recordó la historia del fantasma de la caverna, en la que su padre quiso mitigar su miedo infantil y visceral hacia los fantasmas:

La luz apagada, las sábanas heladas, y su padre sentado a los pies de su cama, donde él se acurrucaba con las mantas. El frío se disipaba ante la emoción, las pausas que el viejo hacía, el tono de su voz, los ojos de Guille, que acostumbrados a la oscuridad buscaban abiertos de par en par, manteniendo batalla con el sueño que llegaría al finalizar, sombras que parecían iban a deambular por allí de un momento a otro.

Todo se ordenó, y su cabeza fue capaz de comenzar la historia por el principio y recordarla hasta el final. El mismo cuento que fue pronunciado una sola vez... o quizá, las historias del viejo, no paraban de alimentar esa voz que no le había abandonado ni un solo segundo de su vida.

“La historia que te voy contar, sucedió hace muchos años... en un monte cercano - por entonces Guille vivía en una aldea asturiana-. Se decía que arriba, en la última de una serie de cuevas que ahondaban en la montaña a medida que se ascendía por ella, en las noches de luna llena podía escucharse el gemido de un niño que sonaba más y más cercano a medida que se entraba en dicha caverna.

Las gentes del lugar tenían miedo de aquel lugar maldito, en el que se decía que antaño, un niño había perdido la vida.

Hasta que un día llegó al lugar un joven que no tenía miedo..., ¿por qué iba a tenerlo?

Aquel joven venía de la montaña y no asociaba los fantasmas con el mal, más bien los consideraba algo natural, y al igual que los hombres, éstos podían ser de naturaleza mala, o buena, pero en ningún caso podían hacerle ningún daño, él sabía que aun reales, ambos mundos eran completamente distintos.

Pensaba el joven, que si el niño había muerto y su voz seguía en aquel lugar, sería entonces que el fantasma del infortunado tendría algo que decir.

Y efectivamente –el viejo se acercaba a Guille que no perdía detalle agazapado entre el calor de las mantas, hasta que el brillo de sus ojos alumbraba el resto de la historia, lo que el niño ya suponía: lo inevitable, que aquel joven de esa historia iba a entrar en la cueva-... efectivamente, entró en la caverna, ¡ y sí!... escuchó un lamento que provenía del interior mismo de aquel oscuro y tétrico lugar; pero lejos de sentir miedo, siguió el sonido hasta adentrarse en lo más profundo de la caverna. – y como para relajar la situación, el viejo se retiraba dejando una pausa que a Guille le parecía que duraba dos horas, hasta que inevitablemente seguía:- A cada paso, el volumen de la voz...del llanto, pues eso era, se hacía más y más fuerte, hasta que el valiente joven no pudo ver ni sus propios pasos, pues se le había caído la linterna que llevaba., Entonces, al agacharse para recogerla, intuyó estar enfrente mismo del foco de aquel lamento, pues una extraña luz se había apoderado del pasillo cada vez más angosto, que era la caverna, haciéndose más y más estrecha... – en aquel instante, el corazón de Guille se agolpaba furioso contra su pecho: “sigue, papá”, le decía-... y ahí estaba, apenas perceptible. Una pequeña luz como la de una luciérnaga que estuviera apunto de apagarse de tristeza, la leve y sutil figura resplandeciente del pequeño cuerpecito de un niño.

“¿Por qué lloras?”, preguntó el muchacho, “tengo miedo de la oscuridad... y no sé cómo salir”, y dándose la vuelta para deshacer su propio camino, le dijo a la pequeña sombra: “Sígueme compañero, yo te llevaré a la luz”.

Al llegar a la entrada de la caverna, el muchacho se volvió, para ver la figura del niño, que sonreía al contemplar el espacio exterior, un contraste luminoso con la profundidad de la caverna de la que ambos salían; afuera, el cielo empezaba a clarear.

Lo último que escuchó aquel joven sin miedo, fue: “Gracias”, y miles de voces distintas repitieron la misma palabra “Gracias”. El viento se llevó la silueta del niño, su voz, su esencia.

Se dice que si te paras a escuchar el viento, puede decirte muchas cosas, lo componen miles de voces de los que antaño fueron y siguen siendo, mezclándose con el aire en movimiento, con la vida.

El viento, Guille, él se lleva a los fantasmas.

Y recordó las últimas palabras del viejo, como para cerrar definitivamente aquella historia:

Puede que los fantasmas sólo quieran llegar al viento, y puede que éste, sea el verdadero paraíso a ganar.”

Jodido viejo... pensó de nuevo tras la historia.

El viento, cómo le gustaba al viajar... Al menos antes, cuando empezó con todo eso de las giras. Por entonces sí disfrutaba del viaje. Pero dejó de hacerlo, los viajes se habían transformado en rutina, en trayectos, en un trámite que había que cumplir para llegar de un lugar a otro, ya no disfrutaba de las charlas con el resto de su grupo, ni con los paisajes, que siempre le parecían los mismos: su cara reflejada contra el cristal de la ventanilla a medio bajar, y el mundo moviéndose reflejado en él. El viaje se había transformado en eso: una foto en la que su cara estaba fija, y el resto del mundo deformado, desenfocado, estirado y distorsionado, como en esas fotos que salen movidas y no se distingue nada con claridad.

Pero antes de que termine la noche, volvamos a casa de Andrea:

- No hemos platicado sobre tu trabajo –le decía ella.
- Para mí no es un trabajo –Carlos lo explicó mejor-, el hecho de ir de ciudad en ciudad con una banda de rock es algo que yo haría... –y recordó-, que yo he hecho, sin que hubiera pasta de por medio.
- Pero ahora la hay, ¿no es cierto?
- Sí, claro que me pagan, pero el simple hecho de viajar –y cogiendo un cigarrillo de la cajetilla, se recostó en la cama y comenzó a fumar sin dejar de mirar a los ojos la chica, explayándose en su explicación:- ...el simple hecho de viajar es el mejor pago, el poder ver el constante contraste del cielo con la tierra, con los campos, cómo se difuminan en el horizonte, y el cielo siempre cambiante; parece que siempre miras al mismo sitio, y no es así., nunca hay uno igual a otro. Los atardeceres con la ventanilla de la furgó abierta, sobre todo esos en los que las nubes se amontonan negras sobre las montañas que tienes enfrente, esas que estás a punto de atravesar... La luz cuando se aproxima la tormenta, el olor a tierra mojada de después, las estaciones que transforman las mismas rutas en viajes completamente distintos, y siempre la sensación de movimiento, de marginalidad, de que todo permanece y que tú pasas, como si fuera una misma foto en la que siempre cambia el fondo y tu cara se refleja difusa, distorsionada y desenfocada sobre el cristal. Los coches pasan a tu lado, pero siempre estás lejos de ellos, de sus ocupantes, el mundo está ahí cerca tuyo, y sin embargo eres tú el que está vivo, el resto parece atrezzo, están ahí: te adelantan, les adelantas, pero nada tienen que ver contigo, y

nada tendrán que ver, porque no existen, nunca más los verás, nunca volverás a cruzarte con ellos... –hizo una larga pausa para fumar, ella permanecía con los ojos entornados, formando imágenes en su propia peli, sobre todo lo que describía Carlos, de algún modo, estaba compartiendo esos paisajes, esos cielos, ese mismo viento. Tras la pausa, Carlos prosiguió- ...Sin embargo, veo un semejante en cada árbol del camino. En ellos sí detengo la mirada, a ellos sí los observo, fugaz, velozmente, pero los veo... –se detuvo para buscar en su memoria, y tras fumar una vez más del cigarro, se lo pasó a Andrea, para continuar-... Mis semejantes los árboles –dijo socarronamente-, mucho más cercanos que todos esos que se me cruzan, con los que no tengo nada que ver. Eso es el viaje, siempre vivo en un mundo que cambia, la relatividad de la que tanto se habló, de repente aquí, mañana allá, y siempre el camino para quitarle al mundo esa envoltura tan rígida que llamamos “realidad”. En los viajes además, escucho la mejor música, nunca para, es un refugio para gente como yo: es mi vida.

- No estoy de acuerdo –Carlos se incorporó en la cama, extrañado por esa afirmación tan rotunda y miró a la chica con cara de extrañeza. Andrea se explicó:- porque no viajas para dar un concierto tuyo, sino para otro. Te entendería si fuera tu banda.

Carlos no dijo nada, se quedó con la mirada clavada en la pared detrás de Andrea, y ésta se le acercó para besarle... *Eso fue cruel, chamaquita*, pensó mientras él la besaba con tristeza.

- Llevas razón –dijo Carlos tras unos segundos de silencio y lejanía.

- Bueno, es lindo cómo lo cuentas, pero lo sería más si el viaje fuera para tocar tú nomás.
- Bueno, la verdad es que el grupo con el que voy tampoco debe disfrutar demasiado.
- ¿Con quién vas?
- Anti-Sytem, no sé si los conoces.
- ¡No te lo vas a creer! –exclamó la chica- El cantante, comió ayer en casa de mi jefe, debe de estar en su disquera.
- ¡Disquera! –le interrumpió Carlos-, ¿que trabajas en la casa de un ejecutivo de la discográfica de Guille?
- ¡Del mero jefazo nomás! –y se quedó pensativa unos segundos, buscaba un nombre en su memoria-... ¡Qué coincidencia!...
- ¡Ya te digo!
- Pues sí, qué pequeño es el mundo –añadió la joven-. Pues no parecía feliz –refiriéndose al cantante-, y según escuché, mi jefe le tiene pillado por las pelotas.
- Putos contratos –Carlos intuía algo, sabía que Guille no lo estaba pasando bien-... Pues no es mala gente –volvía a referirse al cantante-, pero está muy perdido.
- Es una pena, pero allá él... ¿no?
- Sí, pero me cae bien, ya te digo, se le ve atrapado.
- ¿Y no se tratan?
- Él y yo, ¿te refieres?... ¿cómo amigos?
- Eso es.
- Sí... bueno, hace mucho que no salimos juntos pero antes solía venirse conmigo de juerga, lo que pasa es que ahora está perdido.
- Sí, no tenía buena cara.

- No, igual le llamo a ver si quiere salir un día, aunque supongo que querrá perderse, alejarse del rock, porque le exprimen joder, todos esos buitres viven de su música y creo que ni él se la cree ya.
- Si se junta con mi jefe, no me extraña que no se crea lo que canta. Hablando del Che, y juntándose con el capital... ¡ni modo!
- Es una puta mierda, la verdad es que sí –protestó él, y profundizó aún más en el tema-. Mira Andrea, yo llevo toda la vida formando bandas y si no tragas con darle la mano a un tipo como tu jefe y firmar un contrato con él, no haces nada en el rock. Bueno sí, lo que yo: ser pipa de guille, afinarle las guitarras, montar el escenario, trabajar como técnico.
- Debe de haber otro modo, ¿no crees? –Carlos no respondía-, triunfar sin venderse nomás.
- ¿Y qué es triunfar?, ¿ganar pasta?
- No, tocar tu música para que la escuche la gente.
- Y si no le das la mano a... digamos, tu jefe, ¿cómo te conoce la gente?... ¿cómo sabe la gente que tocas?... ¿cómo saben que existes?... ¿sabes cuántos grupos hay tocando y palmando pasta?... ¿sabes cuánto aguantan tocando?... –Andrea no dejaba de mover la cabeza en sentido negativo-... todo es mentira, el rock es eso. Pero yo no quiero darle la mano a un tío como tu jefe, prefiero afinar las guitarras del Guille, aunque él sí se la diera.
- ¿Y no te gustaría seguir tocando el bajo en una banda? –Andrea metió el dedo en la llaga.
- Pues claro, pero me niego a venderme... y además, ya es demasiado tarde para eso, ya pasó mi tren. –Ahora sí zanjó el tema, de forma tan amarga que la chica no quiso seguir por ahí.

- ¿Quieres que ponga música?
- No, deja, pon ésto –y hurgando en su mochila (siempre la llevaba), sacó un CD y se lo dio a la joven.
- ¿Qué es?, no lo conozco –dijo al ver el título.
- Zaratustra, el grupo del padre de Guille, para mí, junto a Triana, lo mejor que se hizo en España... aunque él es argentino, ese sí es un señor –refiriéndose a H.-, dejó las giras y el mundo del rock y les hizo un corte de mangas a los que precedieron a tu jefe.
- No sabía lo de su padre.
- ¿Por qué te crees que estoy con Anti-System? –preguntó de forma retórica Carlos- Los discos que sacó este hombre son lo más honesto que se ha hecho en el rock. Decía las verdades con poesía, y sufrió la tortura en Argentina, tuvo que huir de su país... Bueno la historia es larga de cojones, pero ponlo –se refería al CD-, yo tocaría en un grupo que tuviera un cantante que hiciera unas letras como estas... –la música comenzó a sonar refrendando las palabras de Carlos. Andrea escuchaba con atención-... el hijo de este tío –refiriéndose al joven H., que había dejado su voz: su alma en los discos que había grabado antaño-, tiene que reventar, y yo quiero estar a su lado cuando pase porque estoy seguro de que tiene que dejar esta mierda en la que se ha metido para hacer algo grande.
- Admiras mucho esta banda.
- Crecí escuchando las letras de H. ¡por supuesto! Con él, sí tocaría el bajo.
- ¿Sabe Guillermo que tocas el bajo?
- ¡Sí, claro!, a veces cuando ensayan antes de empezar la gira, me quedo tocando con él cuando el resto de la banda se va, nos gusta

tocar juntos. Toca muy bien, mucho mejor de lo que lo hace en Anti-System... la verdad es que debe de estar hasta los huevos.

- ¡Hijos de la gran chingada! –exclamó Andrea refiriéndose a los tipos como su jefe.
- Hijos de puta, lo compran todo.
- Y algunos se dejan comprar, no lo olvides mijito.
- Antes de que acabe la semana le llamo, ojalá los mandara a tomar por el culo.
- Y te quedarías sin giras, sin trabajo.
- Guille no va a dejar de tocar, yo seguiré con él. Quizá algún día pueda conocer a su padre –este seguía cantando desde el equipo de música, desde el pasado enlatado de una grabación- Por lo visto no se hablan desde que firmó el famoso contrato, supongo que con tu jefe... no habla mucho del tema, pero es un secreto a voces, su viejo renegó de él, o al menos le dijo las cosas tal como eran y supongo que a Guille no le gustó escucharlas y dejaron de hablarse, aunque él siempre hace referencias al viejo. Él le llama así, en el fondo le admira tanto que cree tener que demostrar algo y parece que se equivocó en la forma de hacerlo.
- Ayer no parecía feliz en la comida, parecía estar apunto de cortarse las venas.
- A ver con qué sale ahora, porque se supone que a principio de año tiene que grabar otro disco con Anti-System.
- ¡Órale!, que haga lo que le venga en gana, vamos a dejar de hablar de él –Andrea lo consiguió silenciándole, con un beso tan profundo que Carlos lo olvidó todo en un instante.

La luz volvió a bajar de intensidad y afuera, el otoño movía el esqueleto de los árboles, esos semejantes en los que casi nadie ve a un ser vivo, a los que se les tala, cuando debería decirse: “se les mata”.

Las hojas se arremolinaban en torno a los bordillos. Madrid se despedía del verano, y así como en un suspiro, el otoño duraba lo mínimo, un simple prólogo del invierno, que parecía estar diciéndole a su predecesor: “acaba con tu trabajo rápido, quítale las hojas a esos árboles, que ya voy yo para allá”.

Y así, en toda la ciudad, un viento frío que presagiaba soledad hizo de ella su morada.

En el centro de Madrid, Guille se levantó para cerrar la ventana.

¡Coño, qué frío! ... -Pensó el cantante, y al cerrarla escuchó el timbre de su casa, fue a ver quién podía ser a esas horas (eran casi las cuatro de la mañana) y al ver la cara de su amigo en la pantalla de su video portero, sonrió pensando ¡Qué bueno, Jaime!, cuanto tiempo sin verte... pero ábrele, Guillermo... Es verdad!... “¡Sube!”, le dijo a la máquina, y al rato después de un abrazo que duró lo suyo, Jaime se separó un par de metros para decirle: “Déjame que te vea, no veas si pasó tiempo”, y entre tanto pensó:

(Jaime)

Hacía mucho que no le veía, ¡Cómo ha cambiado!; y no es su aspecto, que sigue siendo prácticamente el mismo. No, no es eso. Quizá su ropa sea más cara, pero su camiseta es de los de siempre: de Pearl Jam. Más tatuajes en los brazos, que apenas sí dejan ver un trozo de piel virgen, el pelo sigue llevándolo largo, ni una cana, rubio como siempre, ahora va en bermudas, tiene las piernas más delgadas... su cara... la de siempre; bueno la de siempre no, está mucho más viejo; pero no en cuanto a que parezca mayor, sino gastado: sus párpados hundidos, oscurecidos por lo que supongo será falta de sueño, sus pómulos muy marcados, como si la piel se le estuviera pegando al cráneo, como si quisiera perfilar su calavera para que todos podamos imaginarle después de haber dejado de caminar por el mundo, una mueca blanquecina, cadavérica... Y sus ojos, siguen siendo los mismos... o no, están tristes, no quieren mirar de frente a los míos, me evita la mirada... ¡Guille!... ¿esto es triunfar?...

- ¡Joder, qué bien te conservas, amigo! –me dice, mientras me va ensañando la casa.
- Vivir así en pleno centro de Madrid... –observo y recorro los más de doscientos metros cuadrados de su piso, un loft con dos alturas, la de abajo diáfana, en plena calle Gran vía... no debe ser barato.

Veo restos de cocaína, botellas vacías de whisky amontonadas en la cocina, una gran pantalla de plasma que ocupa casi la mitad de una gran pared que debe medir unos ocho metros de largo por tres de alto, la Play Station destrozada a los pies de otra pared decorada con sus discos de oro... ¡una Play Station!, al menos está hecha añicos... ¡si lo viera su viejo!... Los sofás de cuero bueno, las puertas de madera carísima...

¡Joder, Guille!, ¿en qué te transformaste amigo?...

- Pero bueno, chico –chillo para que me oiga. Me quedo sentado en el sofá mientras él va al baño... según dijo para arreglarse, a ver cómo trae la nariz-... ¿y tú cantas contra el estado? –no responde-... ¡Vaya negocio eso de ser radical!, ¿eh?
- Estoy hasta los huevos –ya volvió, ahora se sienta... efectivamente, se puso un tiro de fariña, no deja de aspirar como si no le hubiera entrado... definitivamente no está bien, y él lo sabe. Parece que me lo va a contar- ...Nada de esto tiene sentido –hace una pausa, se tapa una fosa nasal con el dedo gordo y aspira con fuerza; mira en derredor suyo señalando sus propios lujos-, ¡Mírame, toda una estrella del rock, que se ahoga entre cuatro paredes! Si el viejo viera todo este piso...
- Vomitaría –veo su cara que acepta sin poner un solo pero a lo que acabo de decir. Me da pena-, vomitaría... metafóricamente hablando, Guille –ahora sí me mira a los ojos-... pero... ¿cuánto hace que no duermes?
- Tres días, desde que acabé la gira.
- ¿Tan mal te fue? –le pregunto, tenía entendido que estaban arrasando allí adónde iban a tocar.
- Tengo que cambiar de vida –se levanta... no para quieto, joder, empieza a preocuparme.
- Guille –le sigo adónde va, le arrincono en una esquina, parece que me huye... bueno no de mí, huye de sí mismo- ¡Para, coño! –por fin le tengo enfrente, agarrado por ambos brazos. No forcejea, pero parece a punto de derrumbarse... baja la cabeza y comienza a sollozar.

Pasamos un buen rato hasta que termina de desahogarse... un gran sollozo, pero también un abrazo fraternal, como de hermanos, uno mayor y el pequeño que algo malo ha hecho. Le acompaño al sofá, se queda tirado boca arriba con la mirada clavada en el infinito, más allá de mí que estoy justo enfrente suyo, "tienes que comer algo" le digo. Parece que no escucha, como si estuviera en otro lado, un sitio distante, pero por su cara no debe ser un lugar grato.

Este tío no está jodido, tan solo lleva un enzarpe de tres días, tiene que dormir. Voy al baño, busco en todos sus armarios... ¡bingo!, lleno un vaso de agua mientras pienso, ¡menos mal que tiene tranquilizantes!, ¡joder, no veas si tiene tranquilizantes!... ¡eso da igual ahora!, pienso al tiempo que se lo llevo. Sigue igual, la mirada clavada en un supuesto e inexistente cuadro que estuviera más allá de cualquier pared. Le abro la boca, ni siquiera se resiste, le meto dos pastillas directas al esófago, se la cierro, le tapo la nariz.. Ahora sí, se revuelve, pero consigo que las trague... ¡duerme cabrón!, ¡te hará bien!

Al rato, le cojo... ¡joder, qué poco pesa!, y le dejo sobre la cama. Dejo mi mochila a los pies del sofá, saco mi aislante, lo echo al suelo y me duermo dentro de mi saco... joder, se me olvidó apagar la luz... ¡ya está!...

Mañana será otro día.

No quiero ni pensar en el pobre Guille... Por lo visto, ya no está con Viky... con la pija de Viky, como la llamábamos antes. Pues es una pena, porque siempre le quiso, además aunque sea una niña de papá, es buena gente... ¿Qué será de ella? ¡Qué sueño tengo!

Cuarto día. La casa de Héctor.

- Tú tienes un gran problema, cariño –le decía Héctor a su hija, mientras se servía un vaso de malta con hielos.
- No, el problema lo tiene la gente como tú papá, que sólo pensáis en dinero –Viky, acababa de escuchar que las cuentas de la multinacional discográfica que su padre presidía en España, no podían ir mejor-, así que habéis ganado más pasta que el año pasado... ¿y no vais a fichar más grupos?
- Si ficho más grupos jóvenes, me arriesgo, y si no se venden su discos... ¡que no te olvides de que ya no se venden discos!..., el año que viene me cambian por otro que de mejores resultados, y... ¡se acabó!... –y mirando la ostentabilidad que les rodeaba, añadió- y todo esto desaparece.
- Esto no es importante –Viky se refería a los lujos, se quedó pensativa, su padre le dejó unos segundos de reflexión, bebió de su vaso y dijo: “¿y bien?”, la chica salió del trance y se fue directa a la yugular:- Yo recuerdo a mi padre...
- No empieces con eso, mi cielo –y se recostó en su gran sillón, a sabiendas de lo que iba a escuchar.
- Pues sí, recuerdo a mi padre cuando empezó con la música. Tenía yo ocho años, ¿recuerdas, papá?... –el hombre asintió con desgana y siguió bebiendo su whisky- ...Era un músico que comenzó a trabajar en una discográfica, *de un modo u otro lo importante es vivir de la música* –le parafraseó, solía decirlo de joven cuando comenzó su carrera en la multinacional-, *así podré dar oportunidades a grupos*

que sean buenos... -volvió a utilizar otra de sus frases excusas de aquella época.

- Pero si no los hay cielo, ya no hay grandes bandas. Ahora todos hacen lo mismo y da pena verlos, son unos niños jugando a ser estrellas... -y calló la boca para seguir dándole al vaso.
- Y por eso vais a sacar recopilatorios de bandas de los ochenta, en vez de arriesgar con algún grupo de verdad -Viky le miraba rabiosa, esperaba una explicación que no llegaba, su padre se había vuelto a llenar el vaso... pero habló.
- Te equivocas mi amor, también vamos a sacar dos bandas nuevas... -pareció recordar.
- Sí... ¡Ya! -sentenció cabreada su hija cuando vio sus nombres "Mar adentro" y "Tronko"-, ¿A eso le llamas bandas?
- Sí... ¡claro, mi amor! - su voz se volvió perezosa, y comenzó a hablar más lento de lo normal, las "eses" le patinaban, parecían tener eco-... unos hacen versiones de Héroe del silencio, y los otros de Leño.
- A eso me refiero -Viky se dio cuenta de que su padre ya no era aquel que recordaba, que la música ya no era el porqué, sino el medio de subsistencia. El producto que explotar para exprimiéndole, seguir viviendo en el exceso y la abundancia, así que decidió dejar el tema e ir al grano, para algo había ido a ver a su padre, no para hablar de gilipolleces-. ¿Y Anti-System?
- Querrás decir... ¿Y Guille? -su hija asintió. Él paró para dar otro trago y le explicó la situación-, pues si quiere sacar una sola canción que haya firmado y registrado con su nombre, va a tener que ser con nosotros, así lo firmó.

- ¿Te dijo que quería dejarlo? – a Viky pareció iluminarle un rayo de luz de color esperanza.
- Dice que lo deja, que está hasta los huevos... –y se concentró, como queriendo recordar la frase exacta...- ¡Ah, sí!: ¡todo es mentira! Dijo exactamente... Otro que tiene un problema.
- Vale papá, te dejo –Viky se levantó rápidamente y sin darle tiempo a más marchó de allí. Héctor se quedó mirándola y creyó verla sonreír mientras salía del despacho de su casa a gran velocidad.
- ¡Victoria...! –chilló... Pero nada, sólo pudo escuchar el sonido de la puerta principal cerrándose de golpe... ¡Tienes un problema! –y volvió a llenar su vaso, sin dejar de repetir lo mismo una y otra vez- ¡Tenéis un problema!, ¡no sabéis en qué lado estáis!... ¡tenéis un problema!

Pues sí, Victoria tenía un problema, uno muy grande que la atormentaba cada cierto tiempo, y es que no se perdonaba a sí misma que todo le hubiera sido dado. Es decir, que no se había ganado nada en la vida ella misma. Todo lo que era, se lo debía a su padre, a su carrera en la música: parasitándola.

De no haber sido por la gran cantidad de dinero que Héctor empezó a ganar al cumplir ella los nueve años, hubieran seguido en aquella vieja buhardilla donde vivían cuando él aún se dedicaba a tocar con su grupo, cuando ella lo admiraba, cuando era su papá, ese del que hablaba orgullosa allá donde iba, ese que sólo podía ser una cosa: músico.

Sí, tenía un problema, uno grave, pues el mundo (al menos ese real, que había descubierto hace años con Guille), no aceptaba a una niña bien, aunque quisiera ayudar, aunque ella no lo hubiera elegido, aunque no hubiera llegado a ser la abogada en la que se había convertido, con su propio bufete, por supuesto con el dinero de papá, de ese al que ya no admiraba.

Lo detesto.

Pensó al arrancar su coche, que hacía muchos años ya no era aquel escarabajo en el que se trajo a Guille de Asturias. Ahora prefería llevar uno muy pequeño, de consumo mixto, para que contaminara menos.

Todo en su vida era reciclado, reciclable, ecológico y respetuoso con el medio. Pues si el dinero de su padre estaba en un lado del Ying, su bufete, y su vida que había decidido dedicar a una causa, estaban en el yang, pues quizá por necesidad o simplemente por justificarse ante el mundo por ser una niña bien, se había transformado en una militante de la ecología y sólo trabajaba en causas contra empresas que contaminaban, en defensa de terrenos que -extrañamente- recalificaban y dejaban de ser espacios protegidos y en definitiva, defendiendo toda causa en la que se fuese contra alguien que estaba dañando el planeta, allí estaba su bufete, enarbolando una gran bandera verde contra los devastadores.

Pero claro, todo esto, sólo es teoría.

Lamentablemente para ella, nunca pudo ir a juicio con ninguna gran empresa, así que tenía que limitarse a pequeñas causas que casi siempre perdía. Su bufete, pues, seguía dependiendo del dinero de papá, de ese al que detestaba. Éste era su gran problema.

Con su negocio, que aún sin grandes causas daba de comer a otras tres personas aparte de ella, con sus ideas, que ella por supuesto daba por buenas ...*Yo lucho del lado de los buenos...* solía repetirse cada vez que planeaba la sombra de su padre por encima de su cabeza o de su agujereada cuenta bancaria.

Con todo, ella sabía que era una niña bien a la que la gente real (la que mantiene a esa clase alta) miraba con desprecio, pues todos sabían que su causa, su gran lucha estaba patrocinada por el dinero de su padre... ese al que ella detestaba.

Cómo lo detesto...

Volvió a pensar al detener su coche en el parking de Tudescos, junto a la calle Gran vía. Retiró la llave de contacto, y se quedó dentro del coche, ya apagado, dándole vueltas a la figura de su padre. No podía quitarse de la cabeza la imagen de su padre y su vaso lleno con un carísimo whisky de malta.

Viky no había podido elegir. Esa era su frustración, nadie le había preguntado “¿Quieres vivir bien?... ¿quieres dejar la buhardilla para vivir en Somosaguas, entre los ricos?... ¿quieres que no te vuelva a faltar el dinero en tu vida?”. Y tampoco vino nadie a darle a elegir: “¿Qué prefieres: un padre músico y pobre, todo el día en la furgoneta y rodeada de músicos... todos muertos de hambre, claro?; ¿o prefieres que tu papi sea un gran ejecutivo de una gran empresa, que tu vida sea un camino de rosas, conducir un escarabajo de millón y medio nada más sacarte el carné, estudiar en Estados Unidos, las mejores universidades, un master en derecho?... ¡la vida resuelta vaya!...”

Nadie se lo preguntó...; pero tampoco le dijo nadie que se dedicara al medio ambiente, que así haría algo bueno con su vida, y ni siquiera ella misma podía dilucidar si sólo se dijo aquello para fastidiar a su padre, que tenía otros planes para ella.

Y con esos pensamientos, se bajó del coche, y llegó hasta el portal de Guille. Al llamar a su número de piso, sonrió, porque en verdad, nadie le había dicho que hiciera algo bueno con su vida, fuese por lo que fuese, eso lo había decidido ella sola... “Hey... soy Viky, ¿me abres?”

Un ruido desagradable, algo así como un zumbido, y la puerta se abrió ante ella. En el ascensor fue pensando en su extraña relación con Guille, después de haber vivido tres años juntos, aún seguían buscándose para charlar, para contarse las penas. Su relación había sufrido una extraña metamorfosis, de pareja de amantes: a pareja de confidentes, se lo contaban todo, y -al menos para ella- seguía siendo él el único... antes amante y ahora: amigo.

Entre tanto, en Somosaguas:

El reloj de la cocina marcaba las tres de la tarde, sábado. A las cuatro terminaba Andrea su trabajo; la noche anterior no durmió, así que no dejaba de mirar hacia el aparato que parecía marcar los minutos de forma más lenta de la habitual. No dejaba de pensar en Carlos, esperaba que al regresar al barrio, él estuviera esperándola.

Volví a mirar el reloj... *chinga a tu madre, sólo pasaron diez minutos...* “*Baby I’m gonna leave you*”, qué grandes los Zeppelin... ¿y por qué pienso yo en esa canción?... su cabeza no dejaba de pensar directa o indirectamente en Carlos ... “*I know I never gonna leave you*”... la voz de Robert Plant le desgarraba la mente, gritaba una y otra vez el final del tema de Led Zeppelin.... *baby baby baby... baby... I never gonna leave you...* miraba el reloj, menos cuarto: ...¡mierda! pero Carlos seguía ahí, y sus adorados Zeppelin, ... *Dazed and confused...* seguían llenándole la cabeza, para que la lenta espera impuesta por el maldito reloj le fuera menos tormentosa: *para eso está la música, ¿no?*

Y por mucho que se empeñe la industria discográfica, la música que nos suena dentro esa que escuchamos y forma parte de nuestras propias células, esa... *no paga derechos de autor, ¡que se jodan!*... sonreía Andrea mientras escuchaba un blues, y a su ritmo vio pasar los últimos minutos de aquella condena:

¡Ahorita!... y miró el reloj por última vez hasta el lunes. Fue a despedirse de su jefe, y al entrar en su despacho le descubrió en un estado lamentable.

Aquella era una estancia muy soleada, con un gran ventanal que daba al jardín y además de la típica mesa, el típico sillón, y las típicas chorradas con aspecto de importancias, había allí una guitarra: una Gibson modelo Les Paul, colgada en la pared tras la espalda del dueño de todo aquello.

Al entrar, nada estaba en su sitio, la mesa se había movido como empujada desde el sillón que estaba en la otra punta de la estancia; además de lo ya mencionado había allí un gran sofá también, éste no había mutado su lugar. Sin embargo, Héctor se encontraba sobre él, tirado sobre él, pareciera haber caído desde el techo... ¡plas!, desparramado por completo;

su brazo derecho sujetaba una botella vacía... *pinche pendejo, con lo que debe de valer esa botella...*

La guitarra, tampoco estaba en su lugar ... ¡había sido descolgada!... ¡*cielo santo!* Pensó Andrea... *y cómo no escuché el ruido...* Andrea se fue hacia el gran ventanal que permitía la luminosidad de aquel lugar, y lo vio (tampoco él se libró de la gran mutación acaecida en el despacho del señor). Estaba hecho añicos; con cuidado de no pisar algún cristal, fue a asomarse: efectivamente *...ya me caía a mí que faltaba algo...* pensó al ver la guitarra estampada en el jardín *...pinche pendejo...* ella sabía **el valor**, que no el precio (del que no tenía la menor idea), de aquel instrumento *...Si Carlos lo viera, también le diría pinche pendejo.*

Claro, que eso del valor también lo supo un día Héctor, quien la había arrojado por la ventana. Y quizá de tenerla colgada, exhibida, como si no fuera un instrumento para hacer música, sino una pieza única a la que le fue privado el don de la creación, en favor del de la mera contemplación, quizá de tenerla tras de sí mientras decidía quién sí y quién no grababa en su gran multinacional, había dejado de valorarla; o quizá después de decidir que su hija tenía un gran problema y beberse unos cuantos vasos más de whisky, miró su vieja guitarra: su obra de arte admirada, y decidió ponerse a tocarla después de más de veinte años sin hacerlo. Quizá pesando en el problema de su hija, cuya forma de vida no podía aceptar, volvió a recordar aquel papá de su niña, ese al que Viky no detestaba, y quizá, no se hubiera reconocido porque ese papá del que su hija le hablaba no era más que una invención de su hija, que lo tuvo mitificado hasta que

él pudo hacer por fin lo que llevaba buscando toda su vida de la música: triunfar, de una forma u otra.

Y quizá, después de cincuenta y tantos años persiguiendo ser lo que había llegado a ser, se dio cuenta de que la opinión de su hija pesaba más que todo aquello que había conseguido, y quizá tiró la guitarra por la ventana cuando comprobó que todo su mundo era una ficción, algo efímero comparado con las canciones que habían salido de cacharros como el que acababa de lanzar a través del ventanal, y quizá por ello evitó el problema pasando del vaso para agarrar directamente la botella.

Y quizá se agarró tal borrachera que entre lágrimas, veía a su pequeña hijita años antes cuando él acababa de regresar de un concierto y llegaba a las tantas de la madrugada a su buhardilla, adónde le esperaba la pequeña Viky, con los ojos semicerrados y enrojecidos por su lucha contra el sueño. Cuando le veía no le daba tiempo ni a dejar la funda de su guitarra (esa que en la realidad del presente acababa de arrojar de su lado), y su pequeña se le subía encima abrazándole y diciéndole esas cosas tan bonitas que ya nadie le decía.

Papá, ¿qué tal el concierto? ...¿Te aplaudieron?... ¿Me dedicaste aquella de...?...¿cómo te quiero papá!, ¡mi papá es el mejor músico!...

O quizá no pensó en nada de esto y sólo se tomó una merecida desconexión del mundo real, al fin y al cabo estas cosas tienen arreglo, se llama al cristalero y que lo pasen por la cuenta corriente: para eso está el dinero, para comprar la redención de los pecados y el derecho a cometerlos impunemente: merecidamente.

Andrea decidió no despertarle y hacer que nada había visto, para no tener que recoger todo aquello y mirando por última vez a su jefe y sin saber muy bien por qué, pensó en Ernesto Guevara y se marchó de allí sin volver a pensar ni una sola vez más en el señor Héctor.

Cuarta noche. La luna, aún crecía.

Dos horas más tarde, Carlos y ella cerraban la panadería, iban a ver un concierto. En el coche, comenzó a sonar un CD, era el "Pyshical Graffitti" de los Zeppelin. Andrea no dijo nada, se limitó a sonreír antes de darle un beso cuando él le preguntó: "¿Te gustan los Zeppelin?". Cuando acabaron de besarse, justo cuando el coche comenzó su movimiento, ella dijo: "son mis favoritos", él subió el volumen y ella añadió "¡ándale!, que no llegamos", "ándale nomás" respondió él lleno de una energía que le hacía sentir la magia hasta en el último poro de su piel.

Y la magia siguió sin palabras, fluía entre ellos a través de las notas de Kashmir, y así continuó toda la noche. No dejó de envolverlos, de acercarlos, de aproximarlos hasta tal punto en que la palabra *coincidencia* había sido abolida para utilizar en su lugar *¡órale!*, y así pasaron la noche entre notas que no dejaban de hacer sonar una misma canción, había un nacimiento que celebrar: un ser compuesto por dos, Andrea-Carlos, que había venido al mundo para andar un camino, para recorrer una senda en común... ¿cuál?... ese es otro concepto que ahora no nos atañe.

Pero, ¿y aquel piso del centro de Madrid?, ¿llegaba algo de aquella música hasta allí?

¿O simplemente en casa de Guille volvía a suceder lo de siempre, que las paredes contemplaban impasibles la autodestrucción de ése que había perdido su rumbo?

Antes de la noche, aquella misma tarde el sonido del timbre le había despertado, *una putada...* había pensado al despertar de forma brusca, porque hacía mucho tiempo que no tenía un sueño tan vivido, tan intenso, y sobre todo, tan sereno: tan lleno de sentido.

El sueño, antes de que el timbre le trajera de nuevo a la realidad:

Guille caminaba y caminaba sin parar, siempre entre gente, entre mucha gente. Todos llevaban una careta con la misma expresión que la representación de la tragedia en la comedia griega, una cara triste y blanca con una expresión, que lejos de apenarle le hacía huir de ellos.

Mientras corría buscando un lugar para descansar no dejaba de ver caretas blancas, todas iguales, todas mirándole con laxitud... imposible parar. El terror a aquellos seres humanos enmascarados que le rodeaban a miles allá dónde fuera, le sumió en una carrera frenética que al rato (indefinible en los parámetros normales espacio-tiempo, que se estiran, se encogen, se solapan, se cruzan y se confunden en el sueño), dio con él lejos de toda esa masa que tanto le había aterrado.

Había llegado a una montaña, a lo alto.

Su amigo Jaime estaba allí, de espaldas a él. Avanzó hacia donde se encontraba. Le habló, pero nada, no recibió ninguna respuesta. Volvió a llamarle por su nombre, y sucedió de igual forma, Jaime se alejó sin haberse dado cuenta de la llamada de su amigo, que se quedó viendo cómo marchaba dejándole solo en la cima de aquella gran cumbre.

Desesperado, Guille le siguió cuesta abajo hasta que Jaime se dio la vuelta, no llevaba ninguna máscara pero tampoco pareció percatarse de su presencia, tan sólo se detuvo para reanudar el descenso al poco.

Una llamada, un susurro, una voz, o quizá el viento, resopló de forma distinta cerca de él. Se giró para ver ante sí la entrada de una caverna cuyo interior parecía ser el origen del extraño sonido.

El descenso fue vertiginoso, pero no hubo caída, no sintió impacto alguno, tan sólo descendió a la profundidad de la cueva.

La sensación visual no era de oscuridad, había una luz mortecina, azulada, muy tenue, que lo iluminaba todo.

Guille dio un giro completo para tomar contacto con lo que parecía ser una gran cámara cuyo techo abovedado mostraba feroz sus colmillos de roca. La luminosidad azulada le daba el aspecto de un mundo artificial como si se tratara de un planeta distinto.

Su corazón, o lo que sentía él como aquel órgano en el sueño, comenzó a latir desbocado, el sonido que lo había llevado hasta allí se hizo visible: Un ser, con forma humana pero de altura imposible, pues pasaba ampliamente de los dos metros y medio, cobró forma ante él, emitiendo un lamento, lo que parecía ser un lloro en un tono tan grave que toda aquella estancia temblaba al resonar el eco de aquel extraño llanto.

La luz no permitía fijarse en los detalles, pero a Guille le sonaba aquel ser, en su infancia su padre le había contado cuentos acerca de él. Un monstruo al que se le llama de distintas formas según el lugar del que se trate (la mitología asturiana le llamó Busgosu; Fauno la griega, Demonio el Vaticano y sus secuaces), en su cabeza dos grandes cuernos semejantes a los de un macho cabrío, su cuerpo desnudo cubierto de largos mechones de cabello, las manos en forma de garras con uñas extremadamente largas, las

patas parecidas a las de una cabra, y su cara, cualquier ser humano la habría catalogado de demoníaca.

Sentado en una gran roca frente a él, lloraba el busgosu que ya se había percatado de su presencia sin hacer ningún gesto de rechazo. A aquel ser parecía darle igual la presencia del extraño, a Guille le dio pena ver a una criatura semejante en tal estado: abatido y llorando.

Se acercó, hasta que la distancia se hizo tan corta que de haberlo querido, aquel ser imposible podría haberle arrancado la cabeza de un zarpazo sin necesidad de dar un solo paso. Pero no lo hizo. Tampoco Guille sintió miedo alguno al aproximarse.

El tiempo volvió a difuminarse, y para Guille aquel momento junto a aquel extraño e indefenso demonio fue algo eterno, sería del todo erróneo intentar medirlo: un llanto que duró una eternidad.

Hasta que tras el cuerpo descomunal de la criatura apareció Horacio.

“Viejo”, dijo Guille sin necesidad de mover la boca. Su padre se acercó para sentarse a su lado, y sin decir nada le abrazó tan fuerte, que hasta soñando sintió la opresión.

Acto seguido, su padre le miraba con una expresión distinta a cualquiera que su hijo pudiera haberle visto antes. En sueño o en la misma realidad, transmitía amor, pero no un amor ñoño, sino un sentimiento lleno de verdad que le llenó de paz. El busgosu seguía llorando. Le preguntó por él al viejo: *“Qué le pasó?”*

“Está llorando... Vos no podés hacer nada, sólo escucha su llanto” respondió H., a la vez que se levantó y sin parar a despedirse, se alejó en las profundidades del abismo azul, el eco de su voz dejó un enigma en la cabeza de su hijo:

“Estoy aquí, a ver si venís pronto... vamos, amigo” – dijo refiriéndose al demonio, que se levantó y le siguió hacia las profundidades- “Guille.. -fue lo último que le dijo antes de perderse en la oscuridad-, ...aquí sí existe el busgosu, yo no te mentí... abre la puerta, te llaman...”

Y un ruido que zumbaba como una chicharra, le devolvió a la realidad: era el timbre de la puerta. Viky estaba llamando y parecía que Jaime ya no estaba por allí pues llevaba sonando un rato.

Guille se levantó de un salto, al posar sus pies en el suelo le crujió todo el cuerpo, se dio cuenta de que le dolía hasta el último pelo de su larga cabellera. Dolorido, resacoso, aturdido... literalmente demolido, preguntó con voz de ultratumba “¿Quién?”, “Viky”, respondió el aparato... hubo unos segundos de decisión, *...abro?... o qué?...* peleaba con su voz interior, hasta que al fin su dedo índice apretó un botón que permitió la apertura de la puerta del céntrico portal donde vivía.

- ¡Pero Guille...! –dijo viky nada más ver el estado en el que se encontraba el cantante.

Él no hizo ningún comentario, se limitó a darse la vuelta a sabiendas de que ella le seguiría como así fue. No se detuvo hasta llegar al sillón que presidía el enorme salón diáfano y –literalmente- se precipitó sobre él para quedar tumbado ocupando todo su espacio. Viky, se quedó de pie frente a él, mirándole con expresión de tristeza y decepción, hasta que –de sobra conocía ella aquel piso-, desplegó una silla que Guille tenía apilada sobre otras iguales contra una de las paredes detrás de un amplificador de guitarra, un JCM 900 con el que dio sus primeros

conciertos y del que nunca se desprendió. Al estar frente al aparato antes de sacar la silla, la chica se quedó mirándolo.

- No veo ninguna guitarra enchufada –más que el comentario, fue la forma en la que Viky lo hizo, pues Guille notó cierta acritud y reproche en aquella frase.
- Acabo de terminar una gira... –dijo el cantante con tono airado y voz ronca, todo ello sin mirar a los ojos de la chica.
- ¿Y...?
- Que no creerás que después de más de un año sin soltar la puta guitarra...
- ¿Putra guitarra...?
- Sí... –Guille se recostó para acabar sentado, molesto con todo aquel gran reproche... ¡Putra guitarra! –ahora sí la miró a los ojos.

Viky le miraba, no de forma acusadora, si no con ojos decepcionados. Una expresión tristísima que no podía –o quizá no quería– disimular. Pasó un rato sin que volvieran a decirse nada. Ella no dejaba de mirarle, y él, que en el fondo sentía la culpa tras de sí como una guadaña apunto de cortarlo en dos, se limitó a bajar de nuevo la cara hasta que buscó en la mesa frente al sofá y dio con lo que andaba buscando: un paquete de cigarrillos. Hurgó en él hasta sacar uno, y lo encendió de forma nerviosa e impulsiva.

Su garganta despertó del sueño y sintió como el humo iba rasgando cada célula de su tracto respiratorio, una tos seca y profunda desde las entrañas de unos pulmones que debían resentirse a cada calada, estranguló un incómodo silencio que se había prologado durante más de dos minutos. Guille, hizo caso omiso de la advertencia de su propio pecho

y volvió a fumar, soltando el humo hasta que no quedó ni un gramo del mismo dentro de su aparato respiratorio, entonces habló:

- Sí... la verdad, es que ya no toco la guitarra en casa. Hace la de dios que no lo hago –siguió fumando sin dejar de mirar su ampli, del que prendía un cable enchufado, con su otra clavija tirada en el suelo, como una serpiente que de tanto esperar a su presa hubiera muerto de aburrimiento.
- Estuve hablando con mi padre –Viky cambió de tema-, y me dijo que quieres dejar Anti-System.
- ¡Para eso viniste! –Guille se levantó de un salto del sofá, se fue hacia la puerta de entrada y abriéndola, invitó a la joven a que abandonara su casa-... ¡Así que tu padre te manda para convencerme de que no deje la banda!... –Gritaba desde la puerta.

Viky seguía sentada en la silla, ni siquiera se levantó. Esperó a que él mismo volviera a cerrar y regresara al gran sillón. Guille, que no recibía respuesta, así lo hizo. Cerró de un portazo y con cara de mala hostia volvió a sentarse esperando una explicación que no tardó en llegar:

- ¡No, gilipollas! –comenzó Viky-, no vine a convencerte, sino a felicitarte –al escuchar estas palabras, la cara del cantante cambió su expresión de forma fulminante: en ella ya no había rastro alguno de enfado. Su mirada transmitía sorpresa; aunque no dijo nada, tan sólo dejó que la chica continuara-. Llevo un tiempo esperando a que dieras ese paso... ¿y qué vas a hacer?
- No lo sé, no creo que siga en la música... –Viky no decía nada, y sin dejar de mirarle sentía que las palabras del joven nacían de la

sinceridad, a diferencia de su padre, ella sí las tomó como ciertas-...
Ya no tengo ganas de seguir... ¡todo es mentira! –concluyó, justo a la vez que volvió a sonar el timbre.

- Ya voy yo –Viky se levantó y hablando con el aparato, volvió con una sonrisa de oreja a oreja-... ¡Es Jaime!
- Sí, vino anoche... creo... –y volvió a tumbarse en el gran sillón: estaba hecho mierda.

Tras el reencuentro y los abrazos, pues a Viky y a Jaime siempre los había unido una gran amistad (aún a pesar de que él seguía refiriéndose a ella como “la pija”), planificaron la tarde-noche sin contar con Guille, que estaba apático y desgano y decidieron no salir. Y así, después de tanto tiempo sin verse, relegaron a un segundo término el motivo por el cuál ambos estaban en casa del cantante y se contaron la vida desde la última vez en verse.

Jaime:

¡Joder!..., ¡seis años sin vernos!...

Pues dejé la música, me tiró más la naturaleza... ya me conocéis.

Después de que Guille marchara contigo, seguí unos años tocando en bandas... pero eso ya lo sabes, joder.

Me cansé, además para mí la música nunca fue algo para vivir, sino un hobby. Comencé a tomarme más en serio la escalada y en tres años hice las principales cimas europeas junto a un grupo de montaña en el que estaba por entonces. Buena gente. En aquella época hice varios cursos: guía de montaña, submarinismo, imagen y sonido. Mientras, aprovechaba

cualquier día festivo, cualquier puente o fin de semana para escalar, bucear, o hacer el animal lejos de los peores animales.

¿Sabéis?... Cada vez que regreso de un viaje me siento más lejos de la gente. Me despisto...

Un día, vi un anuncio: “Productora busca hombre en forma con amplios conocimientos de escalada, submarinismo y sonido, al que no le importe pasar largas temporadas alejado de la civilización”.

Lo acepté, ¡por supuesto!, y pasé tres años haciendo las grabaciones de sonido para una productora francesa; rodamos una serie de veinte episodios describiendo las últimas civilizaciones de aborígenes, que aún sobreviven en el planeta, intentando ayudar así, para que no desaparezcan sus culturas, sus formas de vida.

Conocí a una gente extraordinaria. Al principio desconfían, ¡evidentemente!, pero una vez que te aceptan, tienes amigos para toda la vida, de esos de verdad (con los que aprendes; a los que enseñas) –Jaime detuvo su charla, y buscó en su cabeza con una sonrisa ajena por completo a sus amigos. Recordó a mucha gente, muchos conocimientos importantes que estaban a punto de morir con ellos, y recordó a un indígena, con el que trabó una amistad especial, y les habló de él:-

Recuerdo a Eligio, así le llamábamos. Él era el chamán de su tribu, con él probé la ayahuasca, él me enseñó a *volar soñando*. Su tribu está amenazada por los buscadores de oro que envenenan su río, matándolos a ellos también, pues viven de lo que pescan allí. –y permaneció otro instante en silencio, desempolvando sus recuerdos-... En Nueva Zelanda, pasé una semana en la iniciación de un guerrero Mahorí, se llamaba Szenth... Mi gran amigo Szenth –suspiró en homenaje al guerrero-... En Sonora, México, estuve con los Yakis, compartieron conmigo su miseria, los Yoris, como

ellos llaman a los blancos, los tienen apartados en una reserva en medio del desierto. Un lugar inhóspito en el que no tienen nada, donde sin embargo lo comparten todo contigo. Recorrí el desierto del Sahara en una caravana de Tuaregs, en el camello de mi amigo Sulimán. Él me enseñó que se puede sobrevivir en cualquier lugar si aprovechas los conocimientos ancestrales. También me explicó la forma correcta en la que se debe hablar con el viento, y una vez me demostró que el silencio no existe en las noches del desierto... -Hizo una nueva pausa, en la que pareció volver de un trance y volvió a percatarse de la presencia de Viky que le escuchaba en un silencio abrumador, y la de Guille, que parecía escucharlo todo entre sueños. Jaime tragó saliva y continuó:-

Todos ellos, quizá sean los últimos seres humanos que *viven una vida real*, todos ellos están amenazados por este mundo apisonadora en el que vivimos, el capitalismo que en todo ve negocio y va aplastando con sus tentáculos todas las formas de vida que no se adaptan a la ley de la oferta y la demanda.

Con todas esas experiencias, se rodó un documental. Una serie que no ha llegado a España, que yo sepa sólo se emitió en la televisión pública francesa. Ya os daré una copia, está en francés.

Pero bueno, tengo una web: "cuesta arriba", se llama, y ahí podéis verlo todo.

Luego rodé varios capítulos de otra serie documental sobre la alta montaña, y ahora estoy metido de lleno en una producción sobre el cambio climático. Varias instituciones se han juntado aportando fondos para una

serie que se traducirá en los principales idiomas y que se emitirá a nivel global el año próximo.

Es una mezcla muy extraña, trabajar en algo que harías hasta pagando, conocer a científicos que han mandado a la mierda su carrera en empresas privadas, que han estado a punto de arruinar su vida tan sólo por advertir al resto lo que ellos han visto, medido y demostrado, y hasta que este proyecto dio a luz, los desprestigiaron haciéndoles pasar por locos, por subversivos alarmistas.

Lo de esa gente es admirable, hay varios científicos de primer nivel, y esto es tan cierto como que os estoy hablando... -y en ese punto, adoptó un cierto tono de confianza, bajando el volumen de su voz-, que han sido calumniados e incluso perseguidos por organismos como la jodida C.I.A.

Es un placer trabajar con esta gente, a quienes no sólo no han podido callar, sino que han removido Roma con Santiago para difundir esa verdad incómoda de la que habla Al Gore en esa peli... ¿no la visteis?... luego os la pongo.

Y es que ya son muchas las voces procedentes de toda la comunidad científica que se han juntado para convencer a la gente de que “Esto va en serio, que no nos queda tiempo, que hay que cambiar ya”.

Y claro, los estados que mandan quieren aminorar el problema, mejor dejarlo para mañana, incluso hay quien lo toma medio en broma. Bueno, ellos, a los estados me refiero, tan sólo son el reflejo de sus amos, es decir: las empresas multinacionales a las que no les interesa escuchar que o se cambia YA o todo se va a la puta mierda. TODO.

Por eso es extraño, una sensación ambigua: por un lado, el pacer de hacer lo que quieres, y por otro: la amargura de saber que no vale para nada.

¿O pensáis que las multinacionales van a reducir sus beneficios para cambiar la tecnología de forma radical y salvar así el planeta?

Es frustrante llegar a cualquier ciudad después de un viaje, y ver que la gente está cada día más imbécil, que lejos de concienciarse, cada día consumen más, derrochan más energía y más agua y les suda la polla el cambio climático. Creen que somos unos exagerados, y lo que más me jode es que creen saber más que yo que *he estado en muchos lugares a los que ellos jamás irán, y de hacerlo, será como simples y asquerosos turistas.*

¿Sabéis de dónde vengo?

De Groenlandia, de filmar las mediciones que allí se están haciendo del espesor del hielo. Diez años, y nos quedamos sin Groenlandia.

Y la gente, que no tiene ni puta idea de lo que se avecina, me dice que me relaje, que no es para tanto....

¡Mierda!... ¡Joder! -y volvió a imitar el aspecto de alguien que sonrío, pero su mueca le dio un aspecto definitivamente bufonesco-.

Y aquí estoy, me dije, ya que aterrizo en Madrid, voy a ver a Guille...

El turno pasó a Viky:

La mía es una vida más normalita -comenzó sonriendo-.

Acabé derecho... sí, al fin la acabé. Y me especialicé en medio ambiente. Sí, una ruina... díselo a mi padre, que fue quien puso la pasta para el bufete.

No puedo ir contra ninguna empresa gorda, esas contaminan más que ninguna pero sus abogados son los más caros.

Qué asco me da mi profesión.

Pero si no conocemos las leyes, no podemos intentar cambiarlas. Mira... ¡otra ambigüedad!, a mí me sucede lo mismo que a ti, no puedo hacer nada, sólo tengo pleitos con pequeñas empresas que vierten y aunque las multen, siguen haciéndolo.

Hace poco, tuvimos un buen caso, un holding de empresas pujaron por unos terrenos protegidos... esto se supo luego... y los habitantes de un pequeño pueblo de Ávila se querellaron contra el concejal de turno porque al final recalificaron los terrenos: un pinar milenario, donde habían planificado un complejo urbanístico de lujo: Chalets, golf, laguito en la urbanización... y toda la mierda de siempre.

Perdimos.

Al final se está construyendo.

¡Frustrante!

Lo peor son los vecinos del pueblo, que poco a poco fueron retirando su apoyo. Más tarde, supe que los fueron comprando uno a uno. Al resto les vendieron milongas como hacen siempre: progreso para todos, más ingresos para el comercio de la zona, mejora en los accesos de carreteras, etcétera.

¡Muy frustrante!

Pero lo peor, no es perder una batalla... ¡qué va!

Lo peor, es que para no tener que depender del dinero de mi padre, tengo que hacer caja, y sólo puedo hacerla con empresas que intentan adaptarse a la nueva normativa y me pagan para que les diga "cómo cumplir la ley sin hacer grandes cambios".

¡Frustrada de la hostia!

Esa soy yo.

Yo no puedo ir contra los que se están cargando el planeta, y cuando voy a por unos don nadie... ¡pierdo!

Y en otro orden de cosas, desde que éste -refiriéndose a Guille- y yo nos separamos, la verdad es que nos llevamos mejor, estamos haciéndonos grandes amigos.

¿Verdad, Guille?

El cantante no la estaba escuchando, llevaba un rato en “su mundo”-justo desde que ella había comenzado: él ya sabía su vida de sobra-, y con los ojos clavados en el único ventanal de su salón, se había perdido en el gris del escaso trozo de cielo que los edificios de la Gran Vía permitían ver desde su sofá.

Llevaba un buen rato pensando en su padre, en el viejo.

Todo lo que acababa de decir Jaime -a quien sí escuchó-, llevaba diciéndolo H., desde que él tenía uso de razón.

El viejo era de los más catastrofistas y siempre terminaba sus charlas sobre la naturaleza con un rotundo: “Al final va a haber un diezmo de la población, la tierra no aguanta tantos seres humanos”.

Y lo mismo decía Aldoux Huxley en el año veintinueve, en su novela Contrapunto. H., se la hizo leer cuando aún no había cumplido los quince años.

Y mientras Viky había hablado, él con los ojos semi cerrados, había visto reflejada una película en el pequeño trozo de cielo que podía contemplar desde allí, se componía de distintas escenas pero los protagonistas eran siempre los mismos: él y el viejo...

Escena primera:

H., estaba trabajando en el estudio.

Desde que al morir la madre de Guille dejó su grupo de rock, pasó un tiempo alejado por completo de la música. Pero al final no pudo desvincularse de ese mundo: su mundo. Así que se dedicó a componer y experimentar con la música celta: aprendió las técnicas de instrumentos tradicionales, produjo algunos discos -incluso para los más grandes-, y su reputación como estudioso de la música ancestral, se extendió por todo el denominado mundo celta: Asturias, Galicia, Bretaña, Irlanda, Gales, Escocia y la Isla de Mann. No volvió a pisar un escenario, pero participó en la grabación de muchos de los grandes discos que se hicieron en este género musical. Bien como arreglista, productor, compositor o simplemente como instrumentista.

Y en la escena mental que Guille imaginaba estar viendo en el cielo, H. estaba en su estudio grabando una melodía repetitiva con una dulzaina, un instrumento de viento que emite un sonido estridente, que él parecía haber domado.

Sorprendido por su único hijo, perturbado en su trabajo, comenzó a vocearle, sin dejar que se excusara o explicara la razón por la que le había

interrumpido en plena grabación. H., chillaba con la cara desencajada de cólera “No tenés respeto”, repetía una y otra vez... “Vos tenías que estar leyendo”... concluyó. Y le castigó un día entero encerrado en su habitación con la única compañía de un libro: “El Cartero” de Bukowski. Al cerrar la puerta, sólo dijo: “Hasta que no termines el libro no salgas, así sabrás cómo es la vida de un frustrado, y quizá aprendas a respetar al que tiene algo importante que hacer”.

Tenía entonces... unos catorce o quince años.

Escena segunda:

Unos años antes, aún era un niño. El viejo, sentado frente a él en la mesa de la cocina con el bosque enfrente. Guille de espaldas a la ventana, frente a él un plato de lentejas y la cara de su viejo...

“Hasta que no las termines, no podés levantar”.

Escena tercera:

H. y él discutiendo, tendría casi los diez y ocho.

- “...A mí me parece muy bien que tú no quieras comodidades, que quieras vivir aislado, que esto sea el paraíso y que todos deberíamos vivir así. A mí me parece todo de puta madre.
- ¿Y bien? –respondió H., sin perder la compostura.
- Que quiero marchar de aquí, que tus elecciones son tuyas y que yo elijo por mí... –Guille intentaba no hacerlo, pero su ira se le

escapaba en forma de subidas repentinas de tono y pequeños golpes en los muebles del salón donde ambos padre e hijo, discutían-... ¡que aquí no hay futuro, viejo!

- Pues marcha... -y se le quedó mirando fijamente-. Pero dime una cosa... ¿vos no tenías una banda de rock?
- Al carajo... A la concha de su madre, viejo.
- Y qué harás para laburar... ¿para ganarte la vida?
- Tocar. Pero en Madrid, con músicos de verdad. Con gente que organiza conciertos. Con...
- Con, con, con... ¿con quiénes?, ¿o vas a ser el nuevo cantautor?, ¿o te creés tan bueno que van a pagar por tocar con vos?
- ¿Y qué hago aquí?... ¡joder! -Guille cambió los pequeños golpes, por un sollozo intermitente-... Tú lo tienes fácil, haces lo que elegiste, aunque a tu hijo le rompa las pelotas -a partir de este instante volvió a cambiar el sollozo por el sarcasmo, y además con acento argentino, burla que al viejo le jodía sobre manera-. Vos me decís: "tocá"... "aprendé"... "che, aún sos joven"... "disfrutá con lo que hacés... con tu música"... -sin embargo, durante todo el discurso, el viejo, no dijo ni mú, le dejó acabar a gusto-... ¿Y si lo que quiero es tocar para que me vean miles de personas, como tú ya hiciste?, ¿y si lo que quiero no es vivir en una aldea... -se tragó lo que iba a decir *de mierda*, y cambió las palabras- ...retirada?
- Pues sencillo, no te habrás formado lo suficiente. Probablemente consiguieras triunfar, eso no lo dudo. Es fácil; lo difícil, es no mentirse, no venderse simulacros a uno mismo. Bien, ¿qué querés? ¿sexo, drogas y rock and roll?... está bien, ¡andá!, ¿qué esperás? -y llegado a este punto, cambió el tono, revistiendo las palabras con

los trajes de la importancia, intentando grabarlas en la mente de su hijo- ...pero no te vendas a la industria, ¡no me rompás las pelotas! De hacerlo: llegará un día en que dejarás de disfrutar y querrás cambiar todo el éxito por cualquier otra vida... y entonces boludo... -dejó pasar unos segundos adrede-... entonces habrás fracasado en la vida.”

Escena cuarta:

Guille era muy pequeño, unos ocho años, y su padre le contaba uno de sus cuentos del busgosu. Pero esa noche, su hijo le preguntó algo sin dejarle terminar:

- “Papá, el busgosu... ¿sólo es un cuento, verdad?
- ¿Cómo un cuento? -preguntó H. sorprendido.
- Sí, como lo de los reyes magos. Como lo de dios... tú nunca me engañas, siempre me dices que nunca me engañas.
- Y no lo hago.
- Sí lo haces papá, porque hablas del busgosu como si afuera en el bosque estuviera esperando a la mala gente, y se les apareciera... y dices que lo protege.
- Y lo hace... de algún modo, el busgosu es la representación del espíritu del bosque. Los cristianos lo llamarían demonio.
- Pero ¡si tú dices que no hay que creer en las tonterías de los cristianos, en dios!... Tú lo dices, que es un invento para asustar al pueblo.
- Sí, es así, yo no te engaño.

- Sí lo haces papá -y Guille se incorporó en la cama, hasta ponerse a la altura de la mirada de su padre-, dime entonces, ¿existe el busgosu? ...¿o sólo es una leyenda?
- Digamos... por el momento.
- ¿Cómo, por el momento? -el niño se revolvió, y ya dio muestras del carácter que años más tarde los separaría a ambos-... ¿es real, o no?
- En otra conciencia es real. En esta, es una leyenda en la que todos los niños deberían creer: el busgosu es el maestro del bosque, si dañás al bosque, te las verás con él.
- Pero entonces, no existe... -Guille se dio la vuelta, y bajo la almohada, concluyó dictando sentencia-... entonces me engañaste, ya no puedo confiar en ti."

H., siguió insistiendo, pero la cabeza de su hijo siguió bajo la almohada hasta que el viejo, desistió y se fue a dormir.

Entonces, la imagen que su mente proyectaba en las nubes, se disipó por completo y la voz de Viky le devolvió a la realidad:

- ¡Guille! -le gritaba ella cuando sus ojos se abrieron del todo.
- ¿Qué? ¡joder, cómo chillas! -protestó.
- Es que estabas flipao -Jaime, que lo había visto todo, pareció excusarse por la joven-, yo ya estaba pensando en darte una yoya.

- Joder, ¡cuánto hace que no escucho esa palabra! –y pareció llegarle una sonrisa, a la que se aferró al tiempo que recordaba Asturias con cierta morriña-, una yoya es una hostia, Viky – dirigiéndose a ella, aunque se había enterado de todo, hay veces que las palabras son más contundentes que su significado-.
- Joder, ya imagino que una yoya... tiene que ser una yoya... –todos rieron, buen punto para comenzar una buena charla.

Y charlaron, cenaron, rieron, bebieron... Guille no buscó “algo” en ninguna papela en la que pudiera haber cualquier resto de cocaína, y vieron la película mencionada por Jaime: “Una verdad incómoda” de Al Gore:

En la peli, el ex-aspirante a presidente de los estados unidos, intentaba utilizar un lenguaje muy simple, con cantidad de datos objetivos, de mediciones científicas, no de especulaciones o alarmismos, para advertir a la mayor cantidad de gente posible de que el cambio climático es un problema tan grave. Que de no parar de emitir CO2 al nivel que lo estamos haciendo, en sólo cincuenta años las condiciones vitales del planeta serán insostenibles para muchas de las especies que no paran de extinguirse, entre ellas nosotros, los seres humanos.

No obstante al final de la peli, insta al votante de cualquier color, a pedir su voto para cualquier partido, y que siendo el que sea, tenga en su programa electoral una serie de medidas concretas para frenar el calentamiento. Que los electores podrían así con sus votos y sus acciones cambiar las políticas medio ambientales y frenar así el desastre.

Es decir, insta a los gobiernos, a hacer lo que él no hizo cuando fue vicepresidente de los Estados Unidos.

Al acabar la peli, salieron a la gran terraza en la planta de arriba, y aprovechando que la noche les dio una tregua y pareció haber decidido ser amable aliándose con alguna ola sutil de calor y mandando las nubes al carajo, salieron afuera para hablar bajo la luna creciente, casi llena.

- Está de puta madre –Guille, que por primera vez desde hacía mucho tiempo, se encontraba de buen humor, se refería a la película que acababan de ver-, yo pensé que se trataría de una peli oportunista.
- Sí , como yo –afirmó Viky.
- Porque no tenéis ni puta idea –Jaime era así, así que sus respuestas tajantes no sorprendían a ninguno de sus amigos. Viky y Guille le dejaron seguir, cambiándose una pequeña sonrisa de complicidad- ...Al Gore, lleva toda la puta vida advirtiendo del cambio climático.
- Coño Jaime, que eso ya lo vimos en la peli... –Guille se metía así con él, que aún a pesar del comentario siguió:
- Sí, pero yo estuve con ese tío en la Antártida, y te digo yo que eso no se hace por oportunismo. Ni por pasta, que hay que ir hasta allí.
- Ya –intervino Viky-, si lo explica muy bien él mismo en la peli. Yo, la verdad, no sé si ser tan optimista como él.
- ¡Pero si él no es optimista, joder! –Jaime la corrigió de inmediato-, sólo intenta... in-ten-ta –se detuvo en cada sílaba, él era así...- cambiar la mentalidad de la gente, del votante de a pie. Porque cree que es el único camino.

- ¿Y no crees que él sabe que la suerte ya está echada? –Guille tenía en mente las palabras de su viejo, “La tierra no aguanta a tanta gente”.
- ¿Y sabiendo, y teniendo todos esos datos, qué haces, te callas y esperas tumbado en la sombra a que todo se derrumbe? –a Viky le molestaba la apatía del cantante.
- Yo creo que no es cuestión de plantearse el final. Sino la lucha, aunque sepas que vas a perder, hay que seguir intentando frenar el desastre... –Jaime hizo una pausa, porque en verdad, él no dejaba de plantearse el fatídico desenlace del mundo- ...Yo no puedo hacer más de lo que ya hago, y por eso admiro a gente como Gore que difunden la verdad que los científicos descubren, las empresas intentan callar, y los estados, que se hacen los suecos.
- ¡Qué gracia! –interrumpió Viky, que le hizo gracia la frase-, todos los estados del mundo haciéndose los suecos... –al ver las caras de ambos, se disculpó-... perdona Jaime, pero era gracioso, ¡leche!, todos los estados... suecos... todos –y dejó de reírse al verles la cara a los dos-.
- Graciosísimo –Guille tomó la palabra -, ¡es como para partirse la polla!, y mira, los estados que se hacen los suecos se lo van a seguir haciendo... ¿y alguno de vosotros cree que esto se puede cambiar? –les miró, pero no vio respuesta afirmativa en ninguna de las miradas-... lo que yo sé, es que sobra mucha gente, y que la historia se repite en ciclos... –y con una pequeña sonrisa recordó algo-... y todo esto, ya me lo lleva diciendo el viejo hace no sé el tiempo. Además, Jaime, que Gore no hizo nada cuando pudo hacerlo .

- Esto no es un problema que se haya dado alguna vez en la historia, nos enfrentamos a la extinción -Jaime volvió a la carga-, y me da igual que no hiciera nada; bueno tenía muchas presiones, ¿sabes?
- ¡Ya! -dijo Guille de forma irónica.
- Pero ahora sí lo está haciendo -zanjó Jaime-, y la única forma de salvar el planeta es...
- ¿Cuál, listo? -Guille le miraba con aire malicioso-... ¡dilo!, pero si es lo mismo que dice el jodido viejo, y ahora llega el Al Gore de los cojones, que sí, ha estado en un gobierno, y empieza a dar unos datos que él ya sabía cuando pudo hacer algo. Si es que el viejo lleva razón, joder: para que unos estén cómodos, otros tantos tienen que pasarlas putas. Si a esto le unes que este sistema de mierda adormece a la gente, aumenta su vida, y por así decirlo crea una sociedad... una masa dócil que compra, trabaja, les hace ganar dinero a esos que mandan en los estados... y a la gente como Gore, se la compra con dinero, ahora estará despechado.
- ¿Adónde quieres llegar? -preguntó Viky, que no veía la coherencia en todo aquel argumento.
- A que a los que mandan, a los que tienen las empresas y sus súbditos más fieles, es decir clases medias altas de todos los países, ¿crees que les interesa salvar al planeta para que siga alimentando a miles de millones de personas?... -Viky y Jaime le miraban esperando la conclusión a su teoría-... ¿no será mejor, seguir explotándolos más y más, y más, y más, y quitarse de encima al rebaño?
- No digas tonterías -Viky sonreía por la imposibilidad racional de aquel argumento-, todo pastor necesita un rebaño.

- Sí, pero no tan numeroso.
- El prado no da para tanto ganado –intervino tajante y tristemente Jaime, que pareció haber entendido las palabras de su amigo-, el pastor sacrificará lo que haga falta para seguir viviendo de su finca tantos años como pueda.
- Joder, si es que la historia está ahí para que aprendamos de ella – Guille siguió el razonamiento que tantas veces le oyó a su padre:- A lo largo de la historia de la humanidad, siempre ha habido ciclos que se repiten hasta la saciedad: cuando el prado no da para más ovejas, justo antes de cargarte la tierra, ¡zas! –hizo una larga pausa para concluir:- si te quitas de encima... digamos a dos tercios de la población... para ellos, los que mandan, no serían más que: peones, ovejas, hormigas obreras, estadísticas, masa, daños necesariamente colaterales. Las necesidades industriales se reducirían drásticamente y el nivel de dióxido de carbono volvería a descender a límites permisibles... y lo que es mejor: ellos seguirán teniendo el control de todo el sistema, que se renueva por una simple criba. No por una revolución, ni por cualquier otra idea romántica o libertaria como mis letras de mierda.

Guille se quedó recordando muchos de sus estribillos, y el silencio se lo tragó. Se los tragó a todos, cada uno cayó en su propio infierno, o lo que es similar: en sus miedos más arcanos, esos a los que aún no se habían enfrentado. Pasaron unos minutos hasta que Viky terminó con aquella pesada losa con sus palabras:

- ¿Así que, ésa es tu teoría? – Y se le quedó mirando como el que mira a un asesino.

- Pero no me mires con esa cara, que yo no me voy a cargar a nadie, joder...-volvieron las risas a la mesa-, además, todo esto se me ocurrió hoy razonando, aplicando la lógica, como me enseñó el viejo, o quizá la teoría sea suya... ¡yo qué sé! -y volvió a buscar el cielo, esta vez sus ojos dieron con la luna y por unos instantes dejó de prestar atención.
- Entonces... -Viky no dejaba de darle vueltas al tema, y Jaime, había decidido liar un porro de marihuana y estaba muy centrado en su labor. La joven siguió:- según tú... -dirigiéndose al cantante que no dejaba de mirar la luna-, no se puede hacer nada, y debemos esperar que esas tragedias que tú auguras, no nos pillen a nosotros... -esperó una respuesta que no llegaba-... ¿Guille?... ¡Otra vez, tío! -se quejó subiendo el tono de su voz, ésto hizo que guille “volviera” de su paseo por el cielo-... ¡otra vez, que no me escuchas y pasas de mí!
- Es verdad, Guille... -Jaime sonreía al tiempo que se encendía el porro-... ¡estás flipao, joder! -dijo exhalando una gran bocanada de un humo espesísimo.
- Perdona, enana -Guille se sorprendió de haber utilizado esa palabra para llamar a Viky, hacía mucho tiempo que no la llamaba así.
- Hacía mucho que no me llamabas enana -a Viky pareció tranquilizarle ese sustantivo que aún a pesar de que no se correspondía con la realidad, pues ella medía un metro setenta y tantos, siempre le gustó que él la llamara así.
- ¿Que la llamabas enana? -Jaime comenzó a reírse con mayor intensidad- mira que sois... -y sin dudarlo, añadió-...¡Ridículos!... -

él era así: se cabreaba mucho y decía las cosas tal cómo le venían a la cabeza.

- Éramos -puntualizaron Guille y Viky, casi a la vez, bueno eso le pareció al montañero, que no se dio cuenta de que primero lo dijo Guille con un tono severo, al que continuó otro más nostálgico con la voz de la joven.
- Pues, si va a haber una criba.
- Un diezmo -matizó Guille-, si ya lo decía el viejo... ya.
- Pues si va a haber un diezmo en la población, a mí no creo que me pille, porque yo tiro hacia la montaña y allí me quedo.
- ¿Y qué comes? -Viky acompañó la frase con una sonrisa de esa que dicen "qué listo eres, pero no tanto... je,je".
- ¡Ja! -fue la única respuesta de Jaime, y tras la carcajada seca, le pasó el porro a su amigo y concluyó:- ¡qué pena me dais los "cómodos burgueses"! no sabéis qué comer en el monte.
- Mira, -Y Viky se levantó de su silla-, yo estoy con Al Gore, creo que todavía hay solución... -y al mirar hacia los dos amigos, dio media vuelta y se metió en el piso gritando:- ¡No hay quién os aguante cuando estáis fumados!
- ¡Fumados! -repitió de forma burlona Guille-... ¡Fumaos, coño! -dijo chillando al interior de su casa.
- ¡Fumaos! -repitió su amigo- ¡estamos fumaos, no fumados!... ¡estos pijos!
- Calla, calla... -le dijo Guille pasándole el canuto-, ¡que eso le molesta mogollón!
- ¿Y tú? -Jaime se le quedó mirando, mientras la expresión de su rostro cambiaba... para reflejar de forma cristalina, lo que se le

estaba pasando por la cabeza: algo evidente, que su amigo, por mucho que cantara contra el sistema: era otro burgués más. Pero Guille no le dio la oportunidad de explicarse ya lo hizo él mismo.

- Sí, ¿y yo?... ¿que gano una pasta hablando de lo mismo de siempre? del fascismo, del capital, de la desigualdad, del tercer mundo, de los malos tratos... Yo, que hablo de todo ello, no soy más que una puta mentira... ¿y yo? –en realidad se preguntaba a sí mismo-... ¿y qué hago yo?
- Pues tú puedes hacer mucho tío, haz lo mismo que Al Gore con la música.
- ¿Y cómo?... ¿de repente dejo de decir chorradas y les digo a todo el mundo que exijan a sus líderes políticos que incluyan medidas contra el cambio climático? ¿Y yo, sigo chupando del bote? No sé cómo escribir letras que más tarde no me hagan reír. Sólo sé decir chorradas que antes dijeron otros.
- No son chorradas –dijo Jaime con desgana, en su tono se advertía la mentira piadosa, él era así: cristalino.
- Sí que lo son amigo, hablo de cambiar el sistema y yo mismo, no sé cómo hacerlo; además, le pertenezco.
- Tú te puedes permitir el lujo de mandar a tu discográfica a la puta mierda. La gente te conoce, tu grupo vende muchos discos, tocaste por muchas ciudades... coño, piensa, y haz una música en la que vuelvas a creer. Libre, sin depender de la industria.
- Es fácil decirlo –Guille apuró el porro.
- Ya lo sé, pero no es mi vida la que está a punto de perder su sentido.

Y sin esperar respuesta, se levantó y también se metió en el interior del piso. Guille permaneció allí un rato... miraba a la luna, y le volvieron a la mente algunas de las imágenes del sueño del que Viky le sacó.

Su mente no dejaba de ver llorar al busgosu, era como si se hubiera dado por vencido y hubiera desistido en defender los bosques, la tierra, la vida, a sabiendas de que no dependía de él, sino de unos hombres reales que ni siquiera creían en su existencia, a los que les importaba una mierda su llanto. El sueño había sido tan real, que las ideas se asociaron con las palabras que su padre le dijo en aquella escena proyectada por su propia mente, sólo unas horas antes en el cielo del atardecer:

En otra conciencia es real, en esta: es una leyenda en la que todos los niños deberían creer. El busgosu es el maestro del bosque, si lo dañas, te las verás con él.

Y casi sin darse cuenta, perdonó, veintidós años después aquella *mentira* del viejo.

Del bolsillo de su pantalón, sacó el móvil y marcó, en la pantalla, una frase: *“llamando a el viejo”*

Nada.

Tras unos intentos, el teléfono sólo pudo decir: *“El móvil al que usted llama está apagado o fuera de cobertura...”*

¡Mierda! ...Pensó de forma rotunda... Necesito hablar con él, tengo que pedirle perdón. Él puede ayudarme. El viejo es el único que puede hacerlo.

La tierra es una máquina perfecta, que desajuste tras desajuste, ha ido adaptándose a la vida, modificándola y quitándose de encima las superpoblaciones de virus agresores.

Justo después de pensar en ello, se levantó con una urgencia que hacía mucho no sentía y tras encontrar una libreta y un boli, lo apuntó sin saber demasiado bien el porqué.

Su móvil sonó, lo sacó rápidamente de su bolsillo pensando en el viejo, pero al ver la pantalla rechazó la llamada.

Que te jodan.

Mientras tanto, en otra punta de la ciudad, dentro de uno de los chalets de una hilera de casas iguales, adosadas unas a otras, formando una larga fila parecida a un tren que hubiera decidido echar raíces en una estación de andenes de césped, se encontraba Dani, el manager de Anti-System, sentado en el sofá, junto a su chica –como a ella le gustaba que él la llamase, aunque su verdadero nombre fuera Diana.

Ella observaba distraída cómo él lanzaba maldiciones contra su móvil, pero no le prestaba demasiada atención, ya que había encendido incienso, había puesto un CD de música relajante, había encendido velas apagando todas las luces excepto una que iluminaba a su “chico” que a diferencia de ella, en ese momento no disfrutaba del olor del incienso, de la música que le parecía un coñazo, de la luz indirecta y coqueta que le obligaba a ponerse las gafas para buscar en el móvil, y de la encerrona que “su chica” le había preparado y de la que no tenía tiempo para preocuparse.

- Mierda –le decía al móvil, como si hablara con él-, ¿quieres cogerlo de una puta vez, hijo puta? –se refería a Guille, que rechazaba sus llamadas-...

- Cielo, cielo... -Diana seguía observándole distraída, estaba sentada en el suelo sobre un cojín, sobre las piernas cruzadas entre sí y con ambos brazos extendidos con las palmas de las manos hacia arriba, juntando índice con pulgar en cada una de ellas, es decir: en postura de “relajación”-... ¡no digas tacos!, eso da mal karma -zanjó con la misma certeza como el que dice: “dos más dos igual a cuatro, y punto”.
- Mierda puta... -Dani volvió a maldecir tras intentar lo desde el teléfono fijo.
- ¡Cariño... shhhhh! -musitó ella en un tono tranquilizante, que exasperaba a su “chico”.
- Cielo -la respondió de forma tensa, realmente pensaba: *¿Te quieres ir a la puta mierda?...* pero acertó con las palabras y pudo explicarse. Lo hizo como el que habla con un niño con una voz forzosamente ñoña y suave, despacio, muy despacio-... Mira, cariño...
- ¿Sí, mi amor? -ella seguía en la misma postura de relax.
- Que si no consigo localizar a Guille...
- ¿Uhhh?
- Tengo un problema... -se corrigió-... ¡Tenemos un problema!
- ¿Uhhhh?
- Nuestras vacaciones a la India -y permaneció en silencio unos segundos hasta dar con las palabras exactas, mientras pensaba *...¿a cuento de qué tenemos que ir a la India?, para quince días que tengo en todo el puto año y a esta... idiota, no se le ocurre otra cosa que irse al culo del mundo a coger cualquier enfermedad...¡coño!...* pero al final, dio con lo que quería decir:-... las vacaciones, no van a poder ser, hasta que no consiga asegurarme de que... -volvió a quedarse callado

- ¿De qué? –preguntó ella en un tono demasiado dulce para ser real, pensó él al escucharlo.
- De que Anty-System van a seguir.
- ¿Tienes más grupos?... ¿no?
- Mira cariño, sí, tengo más grupos –dijo tajante, respirando muy despacio, como si en vez de aire quisiera inhalar toda la paciencia del mundo-, Sí... –y se repitió, pues la paciencia no era algo que se pudiera respirar así como así- Tengo más grupos... –enumeró mentalmente-, diez en concreto, y no doy a basto –su voz comenzó a crispase. Por lo visto, lo de la respiración no le estaba dando los resultados esperados-, pero si me quedo sin el que más pasta da por concierto...
- ¿Umhhhh? –preguntó ella tras otro silencio “tenso”,
- ¡Joder!... -Dani no encontraba ni una molécula de paciencia que pudiera respirar... ¡Cielo! –alzó la voz de forma seca, sus ojos denotaban crispación, hecho que ni siquiera a ella podía pasarle desapercibido.
- Tranquilízate –su tono ya no era tan “cariñoso”, pero se dio cuenta y puso una sonrisa de esas que parecen querer decir “te quiero... pero no me chilles más”- ...¡Mi amor!
- Vamos a ver... me tranquilizo... –y respiró de nuevo, tres veces cogió aire lentamente, y tres veces: resopló; y así pudo proseguir... Creo que ya te lo conté alguna vez, pero da igual... –volvió a coger aire, volvió a resoplar- ...el mercado del rock, ya no es lo que era. Mi amor; ahora no se venden discos, bueno eso sí que lo sabes –ella le miraba como el que mira un niño pequeño y asentía con la cabeza... Ahora, las discográficas, que ya no venden discos –

enfaticizó; ella volvió a asentir: “umhhh”-... pillan pasta también de los bolos -así se refieren en el mundo del espectáculo a los conciertos-. Ahora, el margen para una agencia de management es muy pequeño, y hay que sacar más bolos por artista para que sea rentable; además, tienes que tener muchos grupos para mantener una oficina como la nuestra, ¿sabes?... -preguntó como queriendo hacerla partícipe de su agobio. Ella volvió a asentir sin dejar de mirarle con la misma cara... “umhhh”, contestó Diana. Él la miró con cierto desprecio, pero fue tan leve que ella no lo notó-. Dani siguió:- ...Ahora, con los festivales... ¡joder, hay más de quinientos cada verano! Pues con los festivales, los grupos han subido su caché porque en los festis lo pagan; pero, pero, pero, si yo no tengo Anti-System, no puedo “colar” a las bandas más pequeñas de la oficina en dichos eventos... -ella cambió su cara, parecía no entender lo que él quería decir. Al notarlo, él se explicó mejor:- Mira, por ejemplo, en el “marrano rock” quieren a Anti-System, que están en treinta mil euros por bolo, si contratan también a “Los Mahou” y a “Lascivia” -ambas bandas de su oficina-... tienen a los tres por ese dinero... -y se le quedó mirando como esperando que ella entendiera, pero nada, Diana seguía mirándole sin entender una mierda-...

- ¿Y?
- Que si me quedo sin Anti-System, los festivales no contratan a bandas que yo les “cuelo” para rebajar el caché de los que realmente quieren...
- ¿Y entonces?... -Diana pareció entender-

- ¿Entonces, qué? –sin embargo, no decía nada. Así que Dani, volvió a crisparse-... ¿Qué no entiendes?
- ¿Qué tiene que ver todo esto contigo?
- ¿Pero tú eres gilipollas? –Dani no pudo evitar, que le saliera del alma aquella pregunta retórica. Ella estaba tan sorprendida que ni reaccionó, aguantó el resto de la retahíla-... ¿No ves que si no convenzo a Guille de que siga con el grupo, estamos jodidos?
- Pues ficha a otra banda grande –resolvió la chica, e incorporándose se fue, y al rato vino con un DVD. Al llegar, Dani estaba pensativo, le daba vueltas a la situación, a ella ya se le había olvidado, o había hecho para que se le olvidase el desaire de antes-... Mira, cariño –le enseñó el disco. Dani ni lo miró-, es la peli de Al Gore... “Una verdad incómoda”, y ya que no estás cariñoso, podíamos verla para que te des cuenta de lo que te digo siempre –ella era muy, muy, muy ecologista. Y vegetariana, y tenía fe en la era de Acuario, y compraba miles de hierbas en carísimos herbolarios y...- ...Deja de pensar y la vemos... –Él seguía a lo suyo, y mientras ella ponía en marcha el aparato reproductor, se fue directamente al teléfono, marcó un número hasta que al otro lado se escuchó: “Dime”-.
- ¿Qué tal, Omar? –se trataba del cantante de Lascivia, para quienes trabajaba él también-... Oye, tú eres muy colega de Guille, ¿verdad?
- Sí... –respondió el teléfono-... ¿Le pasa algo?
- No, nada grave... –Dani pensó en cómo plantear el tema, pues sabía que ambos eran muy colegas y no quería que Omar viera malas intenciones en el favor que debía pedirle-.

- Cariño, la peli ha comenzado –Diana le sacó de sus pensamientos-, cuelga cielo.
- ¡Espera, joder! –el teléfono se quejó- ¡No Omar, perdona, no era a ti!, era mi chica... Bueno, a lo que voy –se dio cuenta de la cara de Diana y se excusó de nuevo-, Perdona Omar, un segundo... –y tapó con la mano izquierda el micrófono del teléfono para hablar con ella:- Cariño, es importante, ves viendo tú la peli, ¿Okei?
- Vale, pero luego no te la cuento.
- ¿Omar? –Dani retomó la llamada, un “Sí”, volvió a ponerle en el buen camino- ...Necesito que tú hables con él.
- ¿Por qué? –respondió el auricular.
- Porque tú eres su colega, y quiere dejar el grupo.
- ¿Y?
- ¡Qué pasa!, ¿que todo el mundo se ha vuelto gilipollas? Que si deja Anti-System van a cambiar mucho las cosas en la oficina...
- ¿Y qué tiene que ver eso con nosotros, con “Lascivia”?
- Mucho –Dani se encendió, y utilizó otro tono mucho más brusco:- Si no hay Anti-System, ¿cómo os suelo yo a vosotros en los festivales?, ¿cómo justifico yo, vuestros tres mil quinientos euros de caché?... ¿Quién os va a contratar?
- Pues promotores independientes, que aunque paguen menos...-su manager no le dejó continuar.
- ¡Pero tío!, ¿En qué putito mundo vives?
- ¿Cómo? –se sorprendió la voz que salía del aparato.
- Sí, que no vives en el mundo real... ¿Qué promotores independientes ni que niño muerto?... –el silencio se hizo del otro lado, el manager prosiguió:-... ¿Tú no sabes que gracias a los

festivales ya no hay promotores independientes? ¿Quién os va a pagar a los grupos lo que pedís?

- Pero si nosotros estamos en tres mil quinientos, ¡joder! -Omar comenzó a cabrearse, a “entender”.
- ¡Claro! -esta vez, el tono de Dani era irónico- y sin Anti-System para que yo pueda negociar y colaros en los festis, os van a contratar a vosotros, que no vendéis un puto disco...
- ¡Joder, Dani! -le interrumpió ofendida la voz del teléfono-, ¡No será para tanto!
- ¿Cariño...? -y ahora Diana, que había parado la película parecía estar esperándole para continuar su reproducción.
- ¡Sigue viéndola tú... mi amor! -a ella, y dándose la vuelta se centró en el teléfono- Bueno, tú habla con él, intenta convencerle y hablamos... ¿Okei?
- Bueno... hablar... -Omar, se había quedado bloqueado al otro lado del teléfono-... hablaré con él, pero si ya ha tomado una decisión creo que no podré hacer nada.
- Lo harás, vaya si lo harás -Dani ya no podía contener toda la crispación que llevaba dentro, y zanjó:- y si no, el año que viene, tú yo estaremos trabajando en la construcción.
- Perdona... -dijo tranquilamente- pero mi trabajo es la enseñanza. La música, es mi hobby -Omar era maestro de escuela, esa era su ocupación. Sus agobios nada tenían que ver con los de su manager-... hablaré con él, pero al que se le puede joder el chollo es a ti.
- Pues por eso, me tienes que echar una mano joder -replicó nervioso el otro - y recuerda que si ellos no están, vosotros no tendréis tantos bolos.

- No te equivoques, que yo no necesito la pasta que saco de la música para vivir- le respondió el teléfono de un modo tajante.
- Sí, sí, pero tú habla con él -y sin darle tiempo a más, concluyó:- Cuídate... ya te llamo yo... ciao, ciao -y colgó. Y mirando a su chica, resoplando de nuevo, puso una sonrisa, se arrimó a ella, la dio un beso y preguntó:- ¿Qué ha pasado hasta ahora? -se refería a la película.
- Pues que Al Gore, está dando datos del calentamiento global.
- ¿Ese no era ex candidato a presidente de los Estados Unidos?, ¿sabes lo que hizo él por el cambio climático cuando era vicepresidente de los estados unidos?
- Calla cielo, que no le escucho -respondió ella.
- Pues cuando mandaba Clington, Gore y él impulsaron el tratado de Kyoto, gracias al cuál, los países ricos pueden seguir contaminando a cambio de dinero. Kyoto, una jodida mentira, así que no me toques los...
- Jopé, calla mi amor...-y pulsó pause.
- Escuchemos al ex-candidato a presidente de los Estados Unidos, que va a darnos lecciones de ecología -zanjó con un sarcasmo, lo que evidentemente había sido una derrota, pues ella, no le había prestado la menor atención.
- ¡Claro, cielo!, fue candidato, así que él sabrá más que nadie sobre el tema ¿no?-y sin esperar respuesta pulsó la tecla "play".

Al Gore siguió dando datos, demostrando que el calentamiento es algo que está ahí, que si no hacemos algo, que si no exigimos a nuestros políticos...

La peli siguió, pero Dani que estaba saturado, harto, asqueado de todo, miraba la pantalla, pero no prestaba atención más que a sus propios pensamientos. Y éstos, el cansancio, y quizá la falta de ganas de escuchar todos los datos del mundo, terminaron con él dormido.

Despertó justo al acabar la peli, al abrir un ojo vio en la pantalla un mensaje en inglés: “Planta árboles”, “Muchos árboles”, y dijo en voz alta:

- Ahora mismo me voy a plantar unos cuantos... ¡Que plante árboles! -y se despezó sonriendo de forma sarcástica.
- No te rías cariño, que es muy serio -Diana parecía muy despierta-, ¿sabes?... -pareció dar con la respuesta a algún acertijo que debió haberle rondado por la cabeza mientras vio la película-... Se puede cambiar, nada está perdido.
- ¿De qué estás hablando, guapa? -ella no hizo caso y se puso de pie como si estuviera dando un mitin, y habló, dio sus soluciones y parecía estar muy, muy segura de lo que decía.
- Tenemos que renovar los electrodomésticos, comprar otros que consuman mucho menos... -Dani resopló y miró hacia otro lado-... El coche, tenemos que cambiarlo por uno de energía híbrida, más ecológico... y tenemos que exigir a los partidos que detengan a los que contaminan... -y puso una sonrisa de oreja a oreja, y tirando de su chico hacia arriba lo levantó del sillón y se lo llevó a la habitación.
- ¡Así que tanto rollo con la peli! -comentaba Dani perezoso, mientras era arrastrado al cuarto, sabía que no podría poner ninguna excusa. Llevaban más de tres semanas sin hacer el amor, y esa noche, tendría que cumplir, así que se mentalizó y dejándose

arrastrar sin muchas ganas, zanjó:- ¿así que la solución que da el jodido Al Gore, es gastar más pasta en cacharros que contaminen menos y votarle a él?

- Algo así, cielo –decía ella, que había entendido la peli perfectamente, mientras se quitaba la ropa, un vestido ajustado del que se estaba deshaciendo con el movimiento típico de una señorita que trabajara en un strip-tease.
- ¿Y por qué no regalan esos aparatos? –preguntó él, mientras se quitaba la camiseta que se le atascó a la altura de la cabeza...
- ¡No entiendes, mi amor! –ella ni se había dado cuenta de que él tenía un problema con la camiseta, y siguió haciendo posturitas, que claro: él no veía... hay que estar comprometido con el medio ambiente y eso tiene un precio.
- ¡Joder! –dijo al sacarse por fin la camiseta-, ¡joder con el medio ambiente! –y mirándola por fin, se dejó caer en la cama, poniendo una cara de resignación, que claro, ella no quiso ver, y le siguió hasta allí.
- Sábado, sabadete... –fue lo último que Diana dijo antes de que Dani apagara la luz.

La cosa duró unos tres minutos, ella dijo: “¿te ha gustado, mi amor?”, él respondió “¿y a ti?”

Un beso de buenas noches pareció querer decir “sí” por ambos, “buenas noches, cielo”, “hasta mañana, mi vida”.

Y la luz del chalet se apagó, ya no quedaba encendida casi ninguna en la hilera de casas de aquella urbanización. La tranquilidad por la que allí se pagaba volvió a reinar en la aséptica y silenciosa noche de sábado y clase media.

Quinto día: quinta noche.

La noche de aquel sábado, se transformó en la mañana del domingo (de forma brusca para unos que despertaban, y sin darse cuenta para los que regresaban a casa, para esos que como Carlos habían exprimido el sábado hasta que ya no quedó ni un segundo de él).

El domingo pasó como si nada, como si no existiera más que un bello sueño, una cama, una chica, música, retozar, dormir, levantarse –A oscuras, en la casa de Andrea siguió siendo sábado hasta que llegó el lunes con su traje gris-, besarse, hacer gozar gozando, amar sin tener otra cosa que hacer...

Y todo duró un suspiro. De repente llegó el lunes, el maldito reloj dio las seis y Andrea se levantó. Carlos, que vio cómo lo hacía, se agarró a ella y opuso resistencia, la joven sucumbió en el acto; pero al rato, ambos decidieron que ya era hora de volver a la realidad, uno a la panadería de su tío Ángel y otra a servir en la casa del “jefe” de Guille.

Sexto día. El día en que el viento advirtió.

Para Carlos, la mayoría de los días la obligación de ayudar a su tío era más fuerte que los sueños propios; en cambio, había otros en los que estar allí en la panadería, se convertía en un calvario, en una condena que había que cumplir, en una trampa en la que se veía a sí mismo atrapado como un tiburón enredado en la red que protege a los bañistas.

Esos días, su humor no era el mismo que el resto del tiempo en el que era una persona afable de buena charla y muy alegre.

Y aquel lunes, cuando no había pasado ni una semana desde que terminó la gira, sin tiempo material para que le embargara la tristeza y habiendo conocido a la que él creía iba a ser la mujer de su vida, como una nube que se traga el sol de lo que hasta hacía unos instantes había sido un cielo azul luminoso, de repente la desolación se apoderó de él.

Su tío, que creía conocerle de sobra, le miró extrañado, pues solía ponerse así cuando llevaba trabajando unos meses de seguido en la panadería, era extraño que tuviera esa cara llevando tan pocos días allí. Ángel, lo achacó al día.

- ¡Vaya cara de lunes! -le dijo mientras metía en el horno unas barras de pan precocinado.
- No, no es por el día -Carlos no dio más explicaciones, tampoco su tío se las pidió-.

Y al rato, Ángel le dejó solo para ir a tomar un café. Su sobrino lo vio alejarse a través del cristal que daba a la calle y se dejó atrapar por la desolación, la voz que hablaba en sus silencios no le dio tregua tampoco:

¿Qué coño hago yo aquí?... ¿mi tío?... Que traspase la puta panadería y se retire de una vez... ¡mírale!... -mientras lo miraba cruzar la calle a través del cristal- Toda la vida trabajando y no puede dejar de venir a la tienda. Podría jubilarse y con lo que le dieran por el traspaso... ¡qué coño!, y luego qué? Para lo que hace en sus ratos libres... joder, hace que no tengo una charla con él... ni se sabe el tiempo... La verdad es que no recuerdo una charla con él en la que no habláramos de trabajo, de pagos, de problemas, de penurias, de "lo que hay"... nunca hablamos de "la vida"... ¡La vida!...vista desde una jaula...Así debe verla él, que llega a casa y se duerme viendo la tele, y al día siguiente más pan, más frases iguales, más silencios cuando no hay clientes, más latas que colocar, más cajas de pan que cocer, más conversaciones sobre el tiempo... y menos días para hacer algo con su vida.

Yo no quiero hacer lo mismo... y qué puedo hacer?... Podría seguir de gira mientras durase... pero, ¿y después?... No quiero acabar en esta panadería, sabiéndome de memoria los nombres y preferencias de todas las clientas "El pan tostado, para la Pili", "a Fernanda le gusta más blanquito"... ¡Mierda!

Y de repente, Carlos salió disparado hacia el bar de enfrente, le dijo algo a su tío que tomaba un café leyendo el diario deportivo Marca:

"No puedo más, sigue tú, te llamo más tarde... lo siento tío".

Y comenzó a andar sin dirección, y como siempre que lo hacía por su barrio, llegó al parque de las siete tetas. Hacía un frío intenso pero le dio igual, subió a una de las tetas, que en realidad son escombreras en forma de cerro cubiertas de hierba, desde donde pueden contemplarse unas magníficas vistas de Madrid. Se hurgó en los bolsillos de su pantalón hasta que dio con lo que buscaba: un cogollo de marihuana que inmediatamente convirtió en un porro, y se lo fumó.

Sus ojos comenzaron a mirar de ese *otro modo*, el cielo gris que cubría toda la ciudad desde una altura baja y amenazante, atrapaba su mente que se hundía en el mismo color.

Sentado sobre el césped, no dejaba de pensar en la panadería, y en la gente que iba y venía a ella.

Qué pena de niños, no saben hacer otra cosa que jugar a la play, así están... Y encima sus madres ya no les hacen bocatas para el recreo, se hinchan a bollos y a chucherías... qué pena de chavales... Yya no juegan en la calle como antes... bueno los gitanos sí lo hacen. Seguro que ellos son más felices.

Ellos no se preocupan de qué hacer con su vida, viven y punto.

Pero en el mundo no mandan ellos, si no los payos.

Todos deberíamos aprender de ellos.

Qué hacer con mi vida?... Esa es la pregunta.

Mi bajo...

Y como volviendo de un trance, se dio cuenta de que no había llamado a Guille. Cogió su móvil y marcó... pero la respuesta fue que estaba comunicando. Sin pensarlo dos veces, se levantó para descender de la cima del parque, de una de sus siete tetas.

Caminó hasta llegar a una boca de metro: “Buenos Aires”, y descendiendo por las escaleras se lo tragó la tierra. Iba a casa de Guillermo a probar suerte, a ver si estaba allí.

Arriba, en la superficie el viento cobró vida, el aliento de Gea (algunos llaman así a la tierra), cambió de súbito y la tierra pareció querer barrer toda la mierda acumulada por esos seres insignificantes que tanto daño le están haciendo.

El metro de la línea uno hizo el siguiente recorrido: buenos aires, portazgo, nueva numancia, puente de vallecas, con la C tachada y en su lugar una K, pacífico, donde la línea se cruzaba con la seis, menéndez pelayo, Atocha renfe, cuya parada hace de intercambiador con la estación de trenes de Atocha...

Y se alejó en dirección al centro de Madrid: a Gran vía, adónde él iba.

Al mismo tiempo, a la estación de Atocha llegaba Jaime, que ya estaba harto de Madrid. Ya había visto a su amigo y ahora se dirigía a su tierra a Asturias. Su tren estaba a punto de partir.

Jaime no dejó de observar a la gente hasta que subió al vagón.

Parecéis hormigas.

Todos os movéis entre prisas, parecéis cabreados... ¿pero con quién?... ¿con vosotros mismos? ¿No habéis obtenido de la vida lo que esperábais, eh?... Os engañaron, o mejor dicho: os atraparon. Os educaron para cubrir un puesto específico dentro del engranaje de la máquina...¿ y si todo esto peta?... ¿Y si en verdad estamos al borde de una crisis, de un reinicio en el sistema? Vosotros seréis los primeros en caer. Claro, en el primer mundo, porque los del tercero...¿a quién les importan esos?... ¿a vosotros?... ¿Sois vosotros los que vais a cambiar este mundo que TIENE que cambiar?... ¿O seréis vosotros los primeros en probar sus nuevas enfermedades, sus nuevos modelos de virus con vacuna previamente patentada?... ¿O seréis vosotros los primeros en caer en otro atentado como el que ya hubo en esta misma estación?... O sin embargo, ¿seréis los que exijáis a vuestros líderes?... ¡ja!, ¡exigir a vuestros líderes!... ¡qué bueno!.

O quizá seréis vosotros, los que ahora os agarráis a vuestra posesión: un piso supervalorado, los que sufráis LA VERDAD cuando los bancos dejen de dar

créditos, cuándo os suban las hipotecas y no podáis pagarlas, cuando a vuestros jefes sean de la empresa que sean, pidan dinero a un banco y éste les diga que sí, pero mucho más caro porque los tipos de interés no paran de subir, y entonces a vuestra petición de un aumento, la respuesta sea un despido. Y así uno tras otro, y así empieza una crisis... ¿y qué comeréis?, ¿y el piso que el banco os quitará?, y entonces, cuándo aquí no haya nada para vosotros...

¿Quién será entonces el emigrante?...

No, amigos... ¡semejantes!... humanos como yo... compatriotas... extraterrestres, que es lo que sois para mí.

¡No!, seréis los primeros en caer cuando el sistema se derrumbe, cuando sea imposible abastecer la demanda de tanta gente y la economía haya hecho plufff, y el turismo se haya ido a la mierda, y ya no os quede agua, y el calor sea insoportable, y el terrosismo se cebe en vosotros, y la inmigración os arrincone, y entonces, cuando esta situación privilegiadamente ficticia de la que disfrutáis como habitantes de una gran ciudad del primer mundo, se vaya a tomar por culo... Entonces, ¿seguiréis yendo tan aprisa?... ¿seguiréis estando aquí?...

Es muy triste, pero yo no quiero salvaros... ¡salvaros vosotros solos!

El tren habló a través de un silbato estridente “Nos vamos”, sacando de sus pensamientos a Jaime, que suspiró aliviado cuando vio que Madrid se movía en sentido contrario al suyo.

Delante de él, un niño jugaba con una maquinita electrónica. La madre, leía una revista del corazón, el “hola”, y el revisor entró en el vagón pidiendo los billetes. Antes que a él le tocó el turno a un señor mayor que parecía viajar con su hijo, un cuarentón trajeado que por lo que escuchó iba a llevarlo a una residencia, por lo visto el viejo tenía Alzheimer, o eso le

decía gratuitamente su hijo al revisor que los miraba con el interés de un funcionario.

Cuando atravesaron la sierra de Madrid y dejaron su límite geográfico atrás, Jaime rebuscó en su mochila hasta dar con un libro: “La Magia de los Árboles”, de un buen amigo del padre de Guille. Y lo leyó durante un buen rato, hasta que su mente se atascó en un párrafo que decía:

“Los viejos, los niños y los árboles son nuestros maestros naturales. La pérdida de esta relación con ellos ha conllevado un profundo desarraigo y desconcierto.

La juventud está desorientada, dicen, y es cierto, pero los hombres en cuyas manos está hoy el mundo parecen pertenecer a otro planeta. Es imprescindible recuperar el vínculo con nuestros ancianos sabios y devolver esta amistad a los niños.

En el antiguo ámbito rural, el abuelo era el maestro y protector del niño; en la familia, su función consistía en transmitir la herencia cultural y sus propios conocimientos y experiencias. Pero ese importante papel ya no tiene sentido: en la ciudad, el viejo es una pesada carga, y se los confina en geriátricos, y a los niños, en colegios y guarderías, y a los árboles en los parques...

Quizá para que no nos contagien con su locura.”

(Ignacio Abella: “La Magia de los Árboles”)

Y suspirando, cerró el libro y tras un barrido con la mirada, decidió perderla tras las ventanillas en dirección a los escasos árboles de esa parte del trayecto.

Un mundo al revés.

Una tierra que ha comenzado a mutar.

La máquina perfecta que de no haber un diezmo de población a través de enfermedades, guerras, penurias, hambre... o lo que sea..., ya se encargará de poner las cosas en su sitio y entonces será ella misma la que os barra a todos del planeta, de vuestro mundo al revés...

¡Qué pena!

Y se quedó observando al niño, a la siguiente generación que se supone debería cambiar las cosas.

¡Qué lástima me dais!

Pero todos dependeremos de vosotros tarde o temprano.

¡Qué mierda!

Jaime siguió su camino y decidió no pensar más y a los ojos del mundo pareció dormir, aunque en realidad no lo hiciera. Tan sólo tenía los ojos cerrados para contemplar mejor las fotos de sus recuerdos.

Atrás quedaba Madrid, y sus prisas, y sus lujos, y sus seis millones de personas moviéndose a un ritmo frenético, y sus negocios, y los partidos de golf de unos pocos, en campos robados a antiguos bosques de la sierra de Madrid, por la que acababa de pasar el tren de Jaime.

¡Mierda! , maldijo Héctor en silencio al fallar un golpe claro, a dos metros del hoyo.

A su lado, un británico apellidado Lancaster al que nunca llamaba por su nombre de pila: Elliot.

Elliot había llegado esa misma mañana a Madrid, también trabajaba para la compañía discográfica de Héctor. Ambos ocupaban el mismo cargo, ambos eran los máximos responsables para las sucursales de la multinacional, uno en España y el otro en el Reino Unido.

Su amistad, databa de sus tiempos de A.R. hacía ya diez años. Entonces ellos fueron los responsables de los fichajes de bandas que por entonces salvaron el culo a ambas delegaciones: la española y la británica, como todos la llamaban, aunque el “british” no se empleara en presencia de ninguna banda irlandesa.

Sus carreras habían sido muy similares, y por ende, su amistad se hizo irremediable. Era como si tuvieran que llevarse bien, como si el uno dependiera de lo que hiciera el otro, o quizá fuera que el uno siempre estuviera atento a lo que hacía el otro y así cualquier decisión que uno u otro tomaran, se veía reflejada como un calco en la otra delegación.

Solían decirles al resto que ellos dos formaban un equipo, y claro, todo equipo tenía un rival, en cuyos casos eran las delegaciones norteamericana y latinoamericana, con las que competían ferozmente, aunque en esto la ventaja era para Héctor; contra Norteamérica no había nada qué hacer. Allí se vendían más discos, los beneficios eran mayores y el peso de sus ejecutivos impedían que un británico llegara a la cumbre. Sin embargo los yankees nunca entenderán el mercado latino, así que para el padre de Viky, llegar a la cima era un sueño alcanzable, quizá no como número uno, pero sí como el segundo de a bordo, el que manejara en la sombra los designios de la multinacional –eso, al menos era lo que él pensaba.

Ese lunes, con Lancaster en Madrid y con un repentino y molesto frío, habían ido a jugar al golf, era como un ritual entre ellos, siempre que se veían y antes de tratar cualquier asunto importante –del que ya hablaban en su “match play”-, siempre jugaban, por lo visto tenían una especie de master anual: quien había ganado menos partidos, o como ellos dicen “match plays”, invitaba al otro durante una semana a unas vacaciones en un hotel del Caribe. Por supuesto era una semana exclusivamente para ambos, al resto les decían que iban a una reunión de ejecutivos de la compañía: viaje de negocios.

- Mierda –dijo Héctor al fallar su bola, lo dijo en un perfecto castellano, ya que el inglés entendía el español. Entre ellos hablaban ambos idiomas, los iban mezclando en una cháchara exclusiva, muy difícil de seguir para el resto.
- ¿What are you thinking about, my friend?–Y tras la observación sobre lo que Héctor estaba pensando, Lancaster pateó su bola y la embocó en el hoyo – “eagle” gritó.
- ¡Fuck off! –replicó el otro, al tiempo que pensaba *joder!*
- Te he ganado otra vez, ¡my friend! –el inglés acababa de anotarse su tercer triunfo del año, que dadas las alturas en las que estaban: otoño, y que Héctor sólo le había ganado uno y fue en marzo, le dejaba a éste muy pocas opciones para remontar-. ¡You gonna pay this year!... –y viendo la cara con la que el otro le miraba, añadió:- ¡Mi amigo!
- Toma, niño –a un chico que llevaba un carrito lleno de palos que debía estar pensando en otra cosa, porque el de Héctor cayó al suelo cuando debería haberlo cogido al vuelo.

- Perdón -dijo el joven y recogiendo el palo, volvió a disculparse- ...sorry.
- ¡What a fucking caddie! -replicó Lancaster.

Al rato, ambos tomaban un tentempié en la cafetería del club de golf, y es que ¿cómo no iban a ser amigos?, si hasta tenían los mismos gustos: dos whiskies solos en una gran copa sin hielos.

- ¡Salud!
- ¡Cheers! -replicó Lancaster chocando su copa con la del padre de Viky.
- Al final este año no va a ser tan malo como se esperaba -comenzó Héctor-, tanto rollo con la piratería, con que bajan las ventas, con internet... -paró para dar un trago a su copa-... y al final vamos a salvar el pellejo con las descargas de los móviles, las canciones en los resúmenes del fútbol y en las carreras de fórmula uno y de motos.
- Y los videojuegos, y el dinero por conciertos... -el inglés decidió practicar su castellano-, pero la estructura de la compañía tiene los días contados.
- Sí, el año que viene reduciremos personal aquí, ¿y vosotros?
- Igualmente -contestó Lancaster- Lo que ha salvado a nosotros ha sido tu idea brillante.
- ¡Te lo dije! -Héctor se recostó en la silla y pareció inflarse con su propio ego-, hay que ganar dinero con los conciertos, si en estos tiempos no agarramos por las pelotas a las agencias de management... ¡ahora estaríamos en la calle!

- ¿Sorry? –el inglés no entendió muy bien la última expresión.
- Without job, my friend.
- ¡Anyway! –Lancaster volvió a beber de su copa- ¡da igual, este año está salvado!
- Por cierto, me ha dicho un amigo que trabaja en el banco de España que me deshaga de todos los inmuebles, que se avecina una crisis de cojones y dentro de muy poco los pisos no van a valer una mierda.
- Yo estoy invirtiendo en maíz y soja –intervino Lancaster-, vendí gran parte de mis casas y llevo mi dinero a lo rentable.
- ¿Por qué maíz? –preguntó el español.
- Porque es la *source* de los bio combustibles.
- ¿Y se contamina menos con eso?
- I don't know... No sé ni me importa, my friend, It's beacuse benefits.
- Yo leí, que los biocombustibles, a la larga, agravarían el problema del cambio climático; pero a mí, eso me la suda, lo miraré a ver si invierto yo también. –zanjó Héctor, que cambió de tema volviendo al de antes: al de siempre, la discográfica-. Mira –y Héctor acercó la cara hasta el inglés-, no se puede arriesgar, tenemos que seguir apostando por lo que sigue siendo rentable, y así, podremos reducir personal, pero nosotros seguiremos arriba –y dándose por satisfecho, volvió a reclinarsse en su silla.
- This is not a time for adventures –replicó el inglés.
- No, no es tiempo de jugársela en aventuras –hizo un nuevo parón para beber de nuevo, y al ver que ya no quedaba, levantó la mano - ¡señorita!, otros dos de lo mismo –y una chica vestida con un

vestido deportivo muy ceñido, se alejó de allí corriendo. Héctor prosiguió:- Hoy en día, no se puede apostar por un grupo que no llena una sala importante en una ciudad importante, y si no hay músicos que lo hagan habrá que inventárselos. Mi invento de fichar a dos bandas de versiones, va a ser un éxito, ¡ya lo verás! – concluyó en un tono triunfador. Al mismo tiempo llegaban las dos copas, así que dicho esto: bebió.

- ¿Versiones? –preguntó Lancaster extrañado.
- Sí, grupos que hacen “covers” de artistas de nuestro catálogo.
- ¡Great! –dijo el inglés tras unos segundos de reflexión.
- ¿Es genial, o no? –Héctor volvió a sentirse un triunfador, y claro, apuró de un sorbo su whisky. Su amigo que aún no había terminado el primero, se lo hizo ver.
- Estás bebiendo muy rápido, mi amigo –el otro, no respondió y pidió otros dos, al verlo, Lancaster le dijo que él no quería:- My cup still`s full... thank you.
- No es que beba muy rápido, es que... –y se quedó callado, pero su mente no: *estoy harto de todo, estoy harto de la compañía, estoy harto de mi familia, estoy harto de mi hija... joder, ¿qué hice mal con ella?*
- ¿Y Viky? –pareció leerle el pensamiento- ¡buena chica!
- Sí, buena chica... pues le va muy bien con su bufete, parece que empieza a tener clientes serios –y bebiendo de nuevo, Héctor preguntó a Lancaster por su hijo- ¿Y Thomas?
- ¡Perfecto!, He’s... great –el inglés apuró su primera copa de un trago y ambos pasaron un rato en silencio, Elliot pensó entre tanto: *My son... why don`t you want to speak with me...* o traducido: *hijo mío, ¿por qué no quieres hablar conmigo?... toda la vida pagando por los*

mejores colegios, la mejor educación... y todo para acabar enganchado a la heroína...

- ¿Así que, Thomas? –dijo Héctor para zanjar el tema, él nada sabía acerca de su adicción pero hacía mucho que no le veía-... ¿sigue bien?
- Sí, sí –contestó sobresaltado el otro ejecutivo, que en ese instante estaba pensando en un centro de ayuda dónde tenía a su hijo. Un sitio que le estaba costando una pasta, y por lo visto los resultados no estaban siendo los esperados-... ¡Genial!, ¡sí! –añadió para que no hubiera la menor duda, pero recordó que la última vez que habló con Viky, ésta le comentó que el medio ambiente no era un buen negocio, así que insistió, como había hecho su amigo:- ¿Y... Viky ha dejado de pensar en salvar el planeta?
- No –respondió Héctor con un gesto de incomodidad, también podría ser porque su copa había vuelto a consumirse; pidió otras dos-... Sigue defendiendo el medio ambiente, pero ahora le va bien –resolvió de repente y sacó un pequeño artilugio de su bolsillo, un recipiente de plástico transparente de unos dos centímetros de largo en cuyo interior podía verse un montoncito de polvo blanco. Se lo arrimó a la nariz y tapándose el otro orificio, aspiró su contenido.
- ¿What's that? –preguntó extrañado el inglés, que nunca había visto un dosificador de cocaína.
- Cocaine –respondió el otro- ¿do you want?
- Yes, ¡of course! –e hizo lo propio.

Al rato, después de unas cuantas copas y de unas cuantas “dosis”, ambos estaban más habladores y contaban sus últimas experiencias amorosas, Héctor sólo podía hablar de sus encuentros fugaces con la secretaria y alguna que otra aspirante a artista.

En cambio, al inglés le gustaban más jovencitas y siempre remarcaba “youth, eighteen years, fresh”, no obstante su memoria no corroboraba las edades. Es más, en alguna ocasión había pagado una pasta para ser “el primero”, y claro estaba, no iba a pedirles el pasaporte para comprobar su edad, pero al hablar con los ojos entornados recordaba el pecho de una de aquellas vírgenes a la que “estrenó”, era liso como una tabla y su cara llena de acné, con esa expresión de inocencia (por supuesto no recordó las lágrimas que hicieron brillar la cara de la desdichada), con esas dos coletas y su traje de colegio...

“Con diez y ocho años las mejores mi amigo, jóvenes.”, resolvió tras evitar pensar en aquella niña a la que no volvió a ver jamás.

Hacia poco escuchó algo acerca de Ciudad Juárez en la BBC, tuvo que cambiar de canal, y es que sin saber muy bien por qué se le vino a la mente la cara de aquella muchacha junto con una pregunta que inmediatamente evitó responderse: “¿Y si esas chicas que están ahí enterradas, son las vírgenes que han sido desvirgadas por gente como yo?” ... “Eso está muy lejos”, “México... So far away”.

Al concluir con la charla sobre “aventuras”, fue Lancaster quién se bebió de un trago su copa y cuando se disponían a marchar, su móvil sonó, y tras escuchar lo que alguien le decía al otro lado, su rostro cambió de expresión.

Al verlo, Héctor se preocupó.

- ¿Qué ha pasado?
- Thomas...

Respondió Elliot, que no sabía cómo decirle que su hijo se había suicidado en la habitación del centro dónde se encontraba recluido para desintoxicarse de la heroína.

En ese instante, con retraso de una hora, llegaron varios mensajes al móvil de Lancaster. Todos decían lo mismo:

“Por fin, ya no consumiré más heroína, y tú no tendrás que esconderme en otra clínica, ya no tendrás que sentir vergüenza. Yo tampoco tendré que seguir sintiéndola por ti. Todos contentos. Que os follen a todos”.

Si Lancaster no hubiera reprimido sus sentimientos, cosa que no hizo por inglés, sino por vergüenza, hubiera chillado tanto que el cielo gris que cubría el campo de golf se hubiera rasgado y quizá hubiera vertido sus lágrimas purificadoras sobre él, y quizá se hubiera dejado caer de rodillas en la tierra aunque los otros socios del club lo hubieran mirado. Él habría liberado un dolor que le mordía en las entrañas, que no le dejaba respirar, que le ahogaba con una mordaza tejida de pena, de culpa y de una amargura, a la que no se le puede poner un solo calificativo que pueda medirla.

Quizá si hubiera chillado, si hubiera llorado, si se hubiera derrumbado... quizá hubiera podido aprender de aquel sufrimiento que a partir de aquel día no iba a dejarle en todo lo que le quedara de vida... Quizá, hubiera podido abrazarse a su amigo, contarle la verdad y quizá hubiera sentido un consuelo, al que algunos llaman paz.

Pero no lo hizo, se limitó a permanecer más de dos minutos en silencio, aguantando el tipo, haciéndole gestos con la mano a Héctor como queriendo decir: “no es nada, no montemos un escándalo”.

Y así fue, el cielo no se rasgó, no pudo purificar nada pues nadie quería ser purificado, y el viento que rugía de furia, quizá porque Elliot Lancaster fuera incapaz de hacerlo, y quizá porque parte de ese viento tuviera una brizna de algún último aliento de Thomas, decidió soplar en otra dirección.

Y el viento, con los últimos alientos de tantas voces, cambió de dirección y se fue a zarandear a otros con más vida que los de aquel club de golf.

Sopló, y se llevó toda la polución –que no era poca- que iba encontrando a su paso en el cielo de Madrid, y al pasar por el mismo centro por la calle Gran Vía, azotó con tal fuerza los edificios que en uno de los lujosos áticos de uno de los bloques de pisos más lujosos, cayeron los cristales de una de las lujosas ventanas, al lujoso suelo del lujoso salón de la casa de Guille.

El cantante, que hablaba por el teléfono, se sobresaltó.

- Perdona, Omar –dijo y se levantó para ver los desperfectos *Imbécil... para qué coño dejaste la ventana abierta... ¡mierda!* Pensó al ver los restos de cristal de la ventana que no dejaba de moverse de forma alocada de un lado a otro, haciendo un ruido ensordecedor al chocar una y otra vez contra el cerco. Evitando pisar los cristales, cerró lo que quedaba de las ventanas y volvió al teléfono-... Hostias, tío... –retomó la conversación-... que de repente acaba de levantarse un viento de la hostia y a tomar por culo los cristales...
- ¿Que se acaba de romper tu ventana? –preguntó Omar al otro lado.
- Sí, el viento.
- Parece que la tierra quiera revelarse contra el ser humano –Omar no dejaba de pensar en la charla que había tenido con sus alumnos esa misma mañana.
- En eso estoy ahora, precisamente en eso: en que esto no es normal, antes no había estos cambios tan bruscos de tiempo...
- Ese es el primer síntoma, eso es que la tierra... –la voz de Omar se vio interrumpida por la de su amigo al otro lado del teléfono:
- Está empezando a mutar...
- A revelarse –matizó el otro. Y recordando las palabras del manager de ambos cambió de tema:- bueno a otra cosa, me llamó Dani muy preocupado...
- ¿Qué le pica a ese? –preguntó Guille, aunque lo sabía de sobra.
- Le pica que quieras dejar Anti-System, le pica quedarse sin el chollo de que saquéis otro disco y sigáis llenando...

- ¡Pues que se joda! –dijo Guille de forma tajante, y añadió:- él y los de la editorial y los de la compañía... ¡ratas!
- ¿Y qué vas a hacer?, porque no te van a dejar sacar nada...
- Quizá no quiera hacer más música –replicó el hijo de H.
- Eso, ¡no te lo crees ni tú! –Omar le conocía muy bien y aunque no quería convencerle de nada como hubiera querido Dani que hiciera, sí le preocupaba que su amigo tomara una decisión de la que más tarde tuviera que arrepentirse. El otro lado del teléfono, permanecía en silencio así que siguió-... Puedes pasar el tiempo que te queda de contrato sin hacer música, pero algún día tendrás que seguir.
- Me quedan cuatro años... –Guille enfatizó la cifra- ¡cuatro!
- ¿Cuatro años?... –respondió el otro sorprendido, sabía que en ese periodo pueden pasar muchas cosas- ¡es mucho tiempo!, ¿Pero en qué pensabas cuando firmaste con la editorial, tío? –y sin darle tiempo a responder, siguió- ¿Cómo cediste tus derechos por tanto tiempo? –se refería a los derechos de autor de todas las canciones que Guille compusiera en dicho período.
- Pues yo que sé por qué lo hice... –respondió Guille en un tono sombrío. Y tras unos segundos, prosiguió:- ...por imbécil, por pasta... –pero él sabía que no fue por dinero- no, tampoco fue por eso, quizá por conseguir por la vía rápida llenar estadios haciendo mi música. No pensaba que esto iba a ser así y les vendí mis derechos. Y aún me quedan cuatro años más, y lo peor de todo que mi música ya no es mía. Bueno nunca lo fue, sólo es un refrito de lo que ya se ha hecho diciendo las mismas frases, el mismo rollo político, la misma mentira de siempre, decirle a la gente que se

revele y mientras, yo aquí hablando contigo en un ático en plena Gran Vía.

Paró para tomar aire profundamente.

Por el vacío que habían dejado las ventanas entraba un viento que había que saborear, algo había en él que a Guille le daba vida. Tenía la sensación de haber tocado fondo y allí abajo, el aire era mucho más valioso que el oro mismo. Y una vez hubo llenado sus pulmones, quizá con los alientos de otros que ya no estaban más que en los soplos de ese mismo viento, pareció recobrar algo de esperanza, quizá no hubiera más descenso, y desde el fondo, sólo quedara un camino posible: hacia arriba. Porque a él no le habían enseñado a quedarse en el limbo de la auto compasión, o en el otro: el de la mentira, el de mentirse a sí mismo para no afrontar su fracaso. Al sentir todo aquello, volvió a inhalar aire profundamente y continuó:

- ¡Pero a lo hecho: pecho! –resolvió de repente-, si tengo que estar cuatro años sin poder sacar una canción, pues lo haré; lo que no voy a seguir es mintiéndome y sobre todo: mentir a los que vienen a verme en directo. Igual estoy cuatro años aprendiendo a ver si puedo hacer una música de la que me sienta orgulloso... como hizo mi padre. Pero una cosa es cierta, la próxima canción que haga, sea cuándo sea, contará eso de lo que acabamos de hablar hace un rato. Tengo un estribillo, mira: “La tierra está infectada, un virus llamado humanidad”, te la podías cantar conmigo... –y le cedió el turno a su amigo, que aun a pesar de la distancia física que les separaba, respondió desde su misma oreja:-
- Me acabas de dejar sin palabras, Guille... y para lo de la canción, yo la canto contigo, cuando quieras. Dalo por hecho.

Omar había estado escuchándole un buen rato, no le había interrumpido en ningún momento y en realidad se sentía muy orgulloso de su amigo. De alguna forma extraña, el miedo que había sentido al principio de la charla: que Guille “se perdiera”, se había transformado en un sentimiento compartido, de esos que no se tienen ni que explicar, ni que cotejar.

Después de escucharle, sabía que la decisión del cantante de Anti-System era la correcta, la coherente. Cualquier otra sí le habría llevado a un agujero mucho más profundo del que parecía querer salir en aquel instante. Olvidándose de Dani, de los festivales, de los derechos de autor y de todo lo que no fuera su amigo, concluyó:

- En lo que respecta a dejar la banda, y comenzar a hacer la música que de veras te llena... ¡Yo estoy contigo!, y es más, ¡te apoyo al ciento por ciento!
- Gracias Omar. De momento, tengo que localizar a mi padre, estuve encerrado aquí unos días, sin bajar a la calle y cuando al fin lo hice esta mañana había un paquete en el buzón. Era del viejo, y es muy enigmático. Tengo que ir a Asturias... ¿te vienes?
- No, gracias Guille, yo tengo que trabajar en la escuela. ¿Soy maestro, recuerdas?
- ¡Es verdad, joder!, claro que me acuerdo, pero bueno... a veces no pensamos más que en nosotros mismos, disculpa.
- ¡Qué coño disculpas! -y la verdad, es que a Omar le hubiera gustado ir-... sería un placer ir a Asturias contigo.
- Pues pide unos días -insistió.

- No puedo... bueno, realmente no quiero -y pensó en sus chavales, en lo que estaba intentando enseñarles y su sentido del deber le ganó el pulso a sus propios deseos- estoy intentando concienciar a mis chavales y estos días les he preparado todo un monográfico sobre el cambio climático.
- Eres un puto optimista.
- Ellos son el futuro -replicó el maestro.
- Yo no pienso de igual forma.
- ¡Ya lo sé! -Omar tenía muy claro cual era su lucha-, pero si no exprimimos la esperanza no nos queda más por lo que luchar, y yo no voy a tirar la toalla: hay que cambiar el mundo.
- Sí... -Guille le dio la razón, aunque en el matiz residía la discrepancia-... pero habría que hacerlo ¡Ya! - y matizó ese ¡Ya!, con su tono de voz-, y eso... -y ahí residía el conflicto entre una postura y la otra:-... es imposible.
- Yo no creo que tenga que ser ya... Bueno sí -corrigió de inmediato-, pero yo no puedo hacer más que tener esperanza en que la cosa se retrase y dé tiempo para una nueva generación de gente más preocupada por su casa, por el planeta.
- Sí, amigo -dijo Guille de forma sarcástica-... pero tú no eres el profesor de toda esa generación. Te digo yo cuál es...
- Ya lo sé, ya... -Omar no quería escucharlo, no quería oír lo que ya sabía, así que dio por finalizada aquella charla-. En cualquier caso, es mi trabajo y mi única forma de luchar.
- Y yo te doy la enhorabuena, pero creo que...
- ¡Da igual!... -le cortó bruscamente-, Guille, tengo que dejarte, he de preparar la clase de mañana. Te llamo en unos días y me cuentas

qué tal en Asturias, y si me llama Dani... le digo que tampoco me cogiste a mí el teléfono.

- No, no le mientas, dile todo lo que te he dicho, ¡que le jodan!
- Bueno... -Omar, no quería seguir hablando-... lo dicho: que te cuides mucho y que estoy aquí para lo que quieras.
- A ver si consigues cambiar el mundo y empieza a merecer la pena todo esto.
- Yo no, mis chavales. Suerte amigo.
- Suerte -respondió Guille, y se quedó con el teléfono junto a la oreja para escuchar el pipipí del otro lado una vez que Omar colgó.

En otra ciudad de la meseta castellana, Omar, delante del ordenador, meditaba sobre la conversación que acababa de tener con su amigo, y se decidió a escribir una especie de carta-mail, que nunca llegó a enviarle, puesto que en realidad sólo escribía para sí mismo, y ¿cómo no?, para sus chavales.

“En el buen sentido de la palabra odio, odio hablar con Guille. De hecho pienso esto y me río solo, porque conociéndole nos enfrascaríamos en una charla sobre si la palabra odio puede tener un buen sentido.

Dejo el móvil por el cuarto, cuando quiera volver a usarlo tendré que llamarme desde el fijo, es lo único que no encuentro en el desorden de mi habitación pero es que él no tiene un sitio fijo en el desorden, me hace pensar... es un elemento nuevo en mi vida que ha ido creciendo en mi cuarto, llevo tantos años en el mismo cuarto que en el póster de los Judas el Halford tiene pelo, me agarro a lo que sea para estar a salvo de los cambios pero los cambios están ahí.

Si analizo mi cuarto me doy cuenta: ahí está el móvil que según dicen produce unas radiaciones malignas a nuestro cerebro, el móvil funciona por una antenas que, como pasó en Valladolid, sitúan hasta en centros escolares y resulta que aumenta el número de cánceres en la zona....Sobre la mesa está el ordenador, ahora me he sentado ante él y veo el cactus que he puesto delante porque dicen que absorbe las radiaciones, cada avance trae peligros que protegemos de manera estúpida y el Guille tiene razón, la tierra se revela y de poco van a servir los cactus que pongamos delante... por eso odio hablar con él, porque apenas puedo discutir sus argumentos.

Es sólo cuando ha pasado tiempo cuando vuelvo a darme cuenta de lo que siempre he creído del Guille, es un menda radical que cuando está convencido de algo no ve otra salida. Aún recuerdo una de las frases que él me dijo: "A veces somos tontos y nos empeñamos en dar cabezazos contra un muro sin parar a pensar, alejémonos del muro y quizás veamos que no es largo y se puede rodear" y me pregunto ¿por qué se empeña entonces él en dar cabezazos? ¿Quizás porque la humanidad deja pocas opciones a la esperanza? Y ese siempre es mi argumento cuando nos enfrascamos en nuestras charlas: La esperanza.

"Yo canto en un grupo de rock", me encantaría poder decir cuando me preguntan qué hago, que soy cantante, pero en este país se da siempre la misma situación:

-¿Qué haces?

- Canto en un grupo.

-Ah genial ¿y cómo te ganas la vida?

Porque nadie cree que cantando Heavy Metal te puedas ganar la vida, y lo malo es que tienen razón, así que he dejado de decir eso y cuando me preguntan lo que hago siempre contesto lo mismo:

-Soy profe de niños de Primaria.

Aunque eso origina muchas más preguntas que aun me sorprenden más:

-¿Y puedes ir con esos pelos?

- ¿Te dejan dar clase con los tatus?

- No vas con estas pintas, ¿no?....

Lo más sorprendente de todo es que quienes me formulan esas preguntas son los colegas, que tienen los mismos pelos, que llevan tatus y cuyas pintas son muy parecidas a las mías.

¡Mierda! Pienso, estos cabrones tienen asumida su marginación, no me jodas, que me pregunte esto alguien trajeado, alguien que no está dentro de todo esto... pero que me lo pregunten estos cabrones, lo llevamos claro. Y todo esto me lleva otra vez a lo mismo, a lo que me repite el Guille una y otra vez: somos como las ballenas varadas, hemos aceptado el destino y, teniendo el mar rompiendo en la cola, somos incapaces de dar la vuelta y volver al agua. Son terribles esas imágenes de manadas de ballenas o de delfines varados en una playa y dejándose morir, pero... de nuevo el único argumento que puedo esgrimir ante Guille: la esperanza. Si las ballenas o los delfines se dejan morir, a veces, aparecen hombres y mujeres dispuestos a que eso no pase, los mojan constantemente, los empujan, los ayudan y, en ocasiones, vemos como alguna ballena, algún delfín... empieza a nadar y se aleja, a seguir viviendo. Ayudado por alguien, a veces hay una pequeña victoria que, con timidez, chirriando y con esfuerzo, sí, como queráis, pero abre la puerta de la esperanza, y esa puerta, aunque sea pequeña, aunque chirrié, aunque haya que gastar toneladas de aceite para que funcione, es la que quiero enseñar a abrir al Guille.

Guille ha perdido prácticamente la fe en los demás, no me extraña, tenemos a la tierra agonizando en nuestras narices, casi podemos oler el hedor a descomposición de su muerte y seguimos diciendo que tampoco está tan mal de salud, que es un pequeño achaque del que se repondrá seguro, y seguimos nuestra vida, gastando agua sin parar, echando humo a la atmósfera con nuestras calefacciones, nuestros

coches, nuestras fábricas.... (coño, recuerdo cada vez que subimos a tocar a Asturias, llegando ya, hay una fábrica con una chimenea enorme, del tamaño del círculo central de un campo de fútbol, que no deja de escupir humo, nosotros bromeamos siempre: "mira la fábrica de las nubes; se hacen aquí" pero no es cuestión de broma, no, ahí no se hacen las nubes, hay se jode la capa de ozono, ahí se contaminan las nubes y se produce la lluvia ácida, esa que cuando riega los campos los asesina, ¿os imagináis? ¿Imagináis que todos los alimentos del mundo matasen a los humanos y no nos quedasen más huevos que comerlos? Pues eso le pasa a los árboles: al rico asado de veneno regado con cicuta cosecha del 98 ¿y de postre? De postre tenemos arsénico confitado, con ricos cubitos helados de estricnina y polvo de ántrax para darlo sabor...pensadlo, ese es el menú diario de miles de plantas, eso es lo que llueve del cielo y se filtra en la tierra llegando a cada depósito de agua subterránea que es la que bebemos, con la que regamos... Como sigamos así....

Pero sigo tendiendo esperanza, es lo que me queda. En el cole, donde (iba a decir trabajo y mentiría), donde aprendo junto a mis alumnos y alumnas, porque eso es lo que de verdad pasa, nos enseñamos unos a otros, pude convencer a algunos compañeros y compañeras y dedicamos una tarde a poner la película "Una verdad incómoda" de Al Gore. Ya, ya se lo que algunos estáis empezando a pensar ¿Al Gore? ¿No era candidato a la presidencia de los Estados Unidos? ¿Y ese quiere salvar el mundo? pero antes de que sigáis recordad de lo que van estas líneas... ESPERANZA... da igual de quien venga el mensaje, es un mensaje de alarma y eso despierta mi esperanza, su mensaje llegará a alguien y empezará la reacción....

Pues bien, pasamos esa película y evidentemente pasó de todo, chicos y chicas que se tomaron aquello como "una tarde sin clase"... ¡bien!... otros que no entendieron el mensaje pero... chirrió la puerta de la esperanza, se entornó, entro algo de aire fresco... Algunos alumnos, algunas alumnas, entendieron el mensaje. Y se produjo la reacción. Los días siguientes preguntaban, hablaban con sus

padres, hicimos trabajos de investigación. Bajábamos a la sala de ordenadores a buscar más información en Internet; hicimos murales con noticias de prensa recortadas, y una vez más volvió a aparecer aquella frase mítica colgando de las paredes de un colegio:

"Cuando hayáis talado el último árbol, matado el último animal y contaminado el último río os daréis cuenta de que el dinero no se come..."

Una frase que se atribuye a los indios Cree.

Vaya, acaba de aparecer un tema que me encanta, el modo de vida de los indios, un pueblo que tiene tanto que enseñarnos... Para empezar, lo idiota que es la raza humana llamando indios a unos hombres y mujeres que no son de la India, que son americanos. Vale que Colón cometió un error y creyó estar pisando suelo de las indias pero coño que de eso hace ya más d 500 años, esos hombres y mujeres son americanos, de hecho los legítimos dueños del suelo que ahora se llama Estados Unidos de América y los tienen en reservas. Ese pueblo tiene taaanto que enseñarnos... pero no es el tema ahora, recordad, el tema es ESPERANZA. Escribo estas líneas para mandárselas al Guille y tratar de infundirle ESPERANZA sin que pierda su mala hostia que tanto me gusta, que siga atacando todo aquello que, desde su punta de vista y también desde el mío porque coincido con él en prácticamente todo, debe ser atacado.

Pero tengo un empeño, transmitirle algo de ESPERANZA. Cualquier lucha que uno emprende en la vida tiene asegurada la victoria si se inicia con esperanza, es lo que creo firmemente, la esperanza es la mejor arma para una lucha, la esperanza garantiza la victoria. Es posible que uno acabe abandonando esta vida y deje como herencia a su descendencia una lucha abierta, pero debe dejar también esperanza y eso garantizará la victoria. Tal vez varias generaciones después, pero la victoria es segura.

Así pues, volvamos a eso, a hacer llegar a Guille la esperanza. Estaba contando cómo había empezado la reacción en mi cole, cómo el tema había interesado. Llevemos eso a cada cole de este mundo, o mejor a las nuevas generaciones de este mundo, ese es el objetivo, no los políticos, no la sociedad actual que tiembla como un junco en una ventolera. Da igual que ya haya superado varias ventoleras sin romperse, da igual que el junco sea flexible y sea prácticamente imposible que el aire lo quiebre. El junco tiene miedo ante el aire, lo mismo pasa con esta sociedad, es flexible como el junco pero tiembla ante cada aire de cambio. Qué pena, verles tan orgullosos crecer sabiendo que tiemblan de miedo ante algo que creen una amenaza y que han visto ya que la superan...

Pero ahí están las nuevas generaciones, los juncos jóvenes que disfrutan con el aire porque les divierte mecerse, porque no tienen miedo si no curiosidad ante cada cosa que acontece, esa es nuestra esperanza Guille, las nuevas generaciones. Es la única esperanza, lo admito, pero es muy grande, son el futuro y a ellos hay que dirigirse. Ellos y sólo ellos podrán salvar una tierra que agoniza.

En mi cole llegaron a esta conclusión, fue uno, sólo un alumno pero créeme que me emocioné, que esa noche dormí con una enorme sonrisa pintada. Se trataba de hacer la típica redacción que alguna tarde en que ha faltado un profesor y me toca sustituirle, cuando desconozco lo que se está explicando y decido no inmiscuirme en la labor de ese profesor, pongo para, al menos trabajar la imaginación, el vocabulario, esas cosas... la redacción, toma alarde de originalidad, se llamaba "Mi pueblo".

A los niños y niñas les encanta poder hacer algo que saben que podrán hacer, y con ese título, todos están contentos. Te hablan de su pueblo, de sus gentes, de sus costumbres... pero, entre esas redacciones, había una que me llenó como llenan las cosas que alimentan la esperanza, mucho más que la mejor comida. Habíamos visto aquella película, habíamos trabajado en el cole como te contaba, investigando en

Internet, leyendo la prensa.... Y aquel alumno, aquel rayo de esperanza que brilló aquella tarde, había titulado así su redacción:

“MI PUEBLO SE LLAMA TIERRA”

Guille, ese título lo dice todo, lo han entendido. ¿Uno? Bueno, eso es lo de menos, se ha entendido, ha saltado la chispa, ya sólo nos queda ir arrimando leña con cuidado para que este fuego inicial no se extinga, esa es la labor de todos y todas los que queremos que “nuestro pueblo, la tierra” no muera. Y si lo hacemos bien, el fuego se extenderá. Hay esperanza Guille, te dejo ya, creo que me has entendido. Estoy contigo en todo, pero hermano, añade la esperanza en tu lucha, lo he leído en la letra de un niño, y he sonreído, hay quien lo cree Guille, hay ESPERANZA. Te lo escribo otra vez porque me encanta repetirlo. Es un chaval muy despierto, está en segundo de Primaria (bueno este año pasará a tercero) así que con 7 años y con esa mirada que sólo puede tener un niño, se había acercado a mi y me había entregado su cuaderno donde, con mayúsculas y colorines que había pintado con su caja de “rotus” (¿se pueden usar “rotus” para el título? Había preguntado... ahora entiendo por qué, quería que los colorines marcaran la alegría de lo que quería escribir....) había puesto algo que todo el mundo debe entender para empezar a dar marcha atrás en este matricidio que cometemos con la Tierra, había puesto:

“MI PUEBLO SE LLAMA TIERRA”.

(Por Óscar Sancho Rubio, ¡Gracias hermano!)

De nuevo en Madrid, cuando Carlos subió las escaleras del metro y salió a la calle Gran Vía, el aire rugía como la voz que escuchaba a través de los auriculares de su discman- A él no le gustaba escuchar música en MP3, solía decir que suena “enlatada... comprimida... ¡vamos, que suena a lata!”. Cavallera, el cantante de Soulfly, gruñía con la misma furia que el viento: *“On and on and on, in a Babylon”...*

El viento, que en cuanto Carlos pisó la calle se quiso llevar su melena por los aires... *joder, qué vientazo...* y pensando en ello se hizo una coleta y comenzó a caminar, siguiendo la canción de Soulfly con la voz de su cabeza: *“in a Babylon... on and on and on...”*

Todo volaba en la Gran Vía. Las bolsas de plástico, las gorras de los incautos que no las sujetaron, el humo de cientos de coches que se apiñaban atascados los unos contra los otros, las hojas de las revistas en los Quioscos de prensa, los cientos de papelajos publicitarios... en definitiva, todo volaba descontrolado, todos los residuos habían cobrado vida y se habían transformado en obstáculos a evitar por el viandante.

Carlos caminó con la cara entre las manos hasta llegar al portal de Guille. Apretó el botón que indicaba su piso, se quitó uno de los auriculares dejando una oreja libre de música, y esperó.

Mientras lo hacía siguió pensando, no había dejado de hacerlo desde que esa misma mañana había abierto la panadería.

¿Qué coño hago aquí?

Igual este tío, ni está.

Este viento no es normal.

Si Guille no está, me voy a buscar a Andrea. Me dijo que su jefe no iría hoy por su casa. ¡Hijo de puta!...que tenía partido de golf.

Me voy, Guille no está...

Ya se estaba colocando de nuevo el auricular cuando la voz de Guille se dejó escuchar a través del video-portero automático de su portal: “¡Coño, Carlos!... sube, tío”.

Una vez arriba, el cantante del extinto grupo Anty-System, había dejado la puerta abierta ya que andaba revolviéndolo todo: preparaba su maleta para hacer un viaje.

- Al final, ¿te vas de vacaciones? –dijo Carlos nada más entrar, al ver el revoltijo de ropa alrededor de la maleta.
- No son vacaciones –y Guille paró un momento y se fue hacia Carlos para saludarle dándole un abrazo. Éste se quedó perplejo, hacía mucho que no se saludaban de aquella forma, justo desde que empezó a trabajar con el grupo, cuando Guille aún creía en lo que hacía. El cantante, que se percató al instante, se explicó:-... perdona por todo este tiempo, no voy a seguir con el grupo... pero tú y yo éramos amigos... ¿recuerdas?
- ¿Y qué coño te crees qué hago aquí?... –Carlos sonreía y aun sabiendo que “su trabajo” había acabado porque el grupo iba a disolverse, se sentía feliz de escuchar aquellas palabras. Era como si hubiera algo que los había distanciado y estuviera desvaneciéndose y en ese instante sólo quedaban allí los dos amigos frente a frente- ... Yo vine a ver a mi amigo. A mí, Anty-System me la pela –al ver que Guille se sentaba, Carlos comenzó a liarse un porro, su colega le interrumpió nada más verle.

- Espera... -y se levantó para volver al instante... échale ésto -y le dio un gran cogollo de marihuana-, ayer estuvo aquí un buen colega y me lo dejó -Carlos sonrió de nuevo, no es lo mismo aliñar un cigarro con marrón que con verde.
- ¿Y adónde vas? - dijo mientras liaba.
- A Asturias... -y volvió a levantarse, para de inmediato regresar con un sobre acolchado del tamaño de un CD, el remite era claro: "H."
- ¿De tu padre? -dijo sin disimular su sorpresa, ambos habían hablado largo y tendido sobre Horacio. Carlos lo admiraba mucho y el otro lo sabía, como también sabía que nunca había tenido la oportunidad de presentárselo.
- Sí, es del viejo -y le enseñó su contenido: una pequeña llave que Carlos sostuvo en su mano de forma detectivesca una vez se encendió el porro, y un papel con unas líneas que leyó en voz alta:-
"Cuando yo no esté, pregúntale a mi ñiery qué hacer con la llave"
- ¿Qué es eso de mi ñiery? -preguntó Carlos exhalando el humo.
- "Mi hermano", es un término argentino. Cuando se llama a alguien así, es porque le consideras algo más que un amigo, más incluso que tu propio hermano de sangre: "ñiery" ... -y se quedó pensativo- es algo así como tu *hermano del alma*.
- Que asunto tan... -y buscó una palabra adecuada para todo aquel misterio; y al encontrarla, le pasó el canuto a su colega-
...enigmático, ¿no?
- Parece que haya tenido que marchar a Argentina por algo urgente... -Guille fumó, y mientras lo hacía recordó que su padre le había dicho algo de que tenía que volver a Argentina a dejar resuelto un tema importante. Pero no dejaba de mirar la pequeña

llave que sostenía Carlos en su mano-... El viejo no es un chiflado, ¿sabes?, él no me mandaría una llave con un mensaje que sólo yo puedo descifrar si no fuera urgente, así que tengo que marchar a Asturias -y volvió a pasarle el porro a Carlos, que no entendía nada y sin embargo sentía una gran curiosidad por todo aquel extraño asunto.

- ¿Y quién es su ñiery? -preguntó al verle seguir con la maleta.
- Juanjo -respondió Guille sin dudarle, recordando al amigo de su padre-, mi tío Juanjo... -y de repente se quedó mirando a Carlos y dejó lo que estaba haciendo. El otro, se percató de ello.
- ¿Qué? -al verle cómo le estaba mirando.
- ¿Tienes algo importante que hacer hasta el fin de semana?
- ¿Por? -Carlos estaba empezando a intrigarse, así que no esperó respuesta-... nada importante, porque esta semana no voy a ir a la tienda de mi tío, no podría.
- ¿Seguro? -insistió Guille.
- Bueno, hay una chica que acabo de conocer... -la cara de Andrea se había formado en su mente.
- Entonces, déjalo -y dicho esto, Guille siguió a lo suyo: revolviendo ropa...
- Pero... -Carlos se levantó y se puso enfrente del otro-... ¿por qué me preguntas si tengo algo que hacer?
- Te lo decía por si querías venirte conmigo, pero si acabas de conocer a una chica, querrás estar con ella.
- ¿Cuándo volverías?
- Antes del fin de semana, tengo que ver a un abogado que puede ayudarme si me meto en pleitos con la editorial y la discográfica.

Quedé con él el próximo sábado. Así que, como muy tarde, tengo que regresar el viernes.

- ¡Hecho! –respondió Carlos al que le había cambiado la expresión de la cara.
- ¿Y tu chica?
- Ya te contaré por el camino, pero a ella la voy a ver muchas veces... –y sacando el móvil marcó y esperando línea, puntualizó:- ¡he encontrado a la mujer de mi vida, amigo! –y hablándole a Andrea que estaba al otro lado del teléfono, le dijo:- ¿te importa que me vaya con Guille a Asturias hasta el viernes? Ya te contaré. Claro... ¡agüevo!, un beso. Lo haré... –y volvió a guardar el teléfono, Guille le miraba con una mezcla de extrañeza y sorna.
- ¿Y eso de *agüevo*?... ¿te echaste una novia mexicana?
- ¡Agüevo! –le respondió el otro asintiendo... Y es la pinche mujer de mi vida. ¿Sabes?... –y se quedó pensando antes de seguir, Guille le miraba atentamente con un pantalón a medio doblar en el brazo... Tampoco tengo muy claro por qué vine a verte. Estaba en la panadería y le dije a mi tío que no podía más. Y me fui... y ahora estoy aquí a punto de irnos a Asturias. ¿Casualidad?
- El viejo... –comenzó el cantante que había estado escuchando sin interrumpirle en ningún momento... mi padre, dice que las casualidades empiezan cuando tomas las riendas de tu vida, cuando sigues tu camino, el correcto: un camino con corazón. Y por supuesto, no son nada casuales.
- Pues mira otra casualidad: tú conoces a Andrea –afirmó rotundamente.
- ¿De qué?, ¿la conocimos cuando tocamos en México?

- ¡Qué va!, ¡flipa tío!, es la asistenta de un tipo de la compañía de discos que saca tus CD's...
- ¿De Héctor? –y recordó a la muchacha que le acompañó hasta la puerta hacía cuatro días-...¡Hostias!, ¡eso sí es casualidad!...
- Pues según tu padre, eso es bueno –zanjó Carlos.
- Debe serlo, sí señor –y dicho esto, cerró por fin la maleta y mirando a Carlos, se dirigió a la puerta- ...pues es muy guapa tu chica... ¿Marchamos?
- ¡Pues claro que sí!
- ¿Claro que sí es guapa?, ¿o claro que sí marchamos? –preguntó Guille riéndose al tiempo que cerraba la puerta de su casa y llamaba al ascensor.
- Claro que sí las dos cosas –respondió Carlos nada más abrirse las puertas del ascensor-, ¿te importaría que pasáramos por el piso de mi tío antes de salir de Madrid?
- Para nada tío, tendrás que coger cosas.
- ¡Dabuti!... ¿Me hago otro porro?
- ¡Ya estás tardando!

Y así comenzaron el viaje.

Carlos pasó por su casa, su tío no estaba. *Mejor así, le dejo una nota y no tengo que poner ninguna excusa*, pensó, y una vez la tenía escrita, se la dejó a su tío en un lugar visible y se fue a la habitación. Hizo su mochila y se plantó frente a la estantería de los CD's. *Los Zeppelin los tiene Guille, siempre los lleva. Tool: cogeré el "Lateralus"... ah!, y el último "10.000 days", ¡impresionante!... ahí estáis, ¡Anathema!, ¿cuál cojo?... eso es, el "Judgement"...*

Queensryche, por supuesto el "Promise Land" mira esto es historia, ¿lo cojo?... se refería a uno de los discos del grupo del padre de Guille pero lo descartó y siguió su repaso a la estantería... El "Wish you were here", ¡claro!: los Pink Floyd no pueden faltar en un viaje, cojo también el "Animals"... Fito... ¡No!, ¡ja éste se lo ha comido la industria!... tú sí... le dijo a un disco de Extremoduro que acababa de coger... el Agila, siempre es bueno llevarlo. Y este, "Canciones prohibidas" y al ver todos los que ya había cogido, se dijo: ...falta caña, y algo más de técnica... Soulfly, eso es: pedazo de disco... Mira los Fates Warning y cogió el FWX... ¡anda, mi colega!... Se refería a Lichis de La Cabra Mecánica... éste, el mejor...y apartó "Cabrón" su disco favorito de La Cabra. ...clásicos, me faltan clásicos... eso es: Janis Joplin...y tú, ven con papá...y también echó mano a uno de Patty Smith, "Easter", y para concluir, agarró un recopilatorio doble de Triana... así no discutimos, ahí vienen todas las guapas... y echando un último vistazo por si se olvidaba algo... ¡joder, Carlos!, ¿cómo se te ha podido olvidar este?... y es que se había olvidado de Midnight Oil, así que echó al montón el "Diesel and dust"... hostias, ¿pero cómo te iba a dejar yo a ti, bonito? Se refería al "Deamonds and wizards" de Uriah Heep. Y echándolo al montón de CD`s, cerró la puerta de su habitación, pasó por la cocina para aprovisionarse de lo imprescindible: mucha agua, algo para comer y una tableta de chocolate. Y al fin salió de casa, bajó las escaleras de dos en dos y llegó a la calle adónde le esperaba Guille sin salir de su coche. No había música sonando, y el cantante tenía la mirada clavada en el cielo gris en unas nubes que parecían estar echando carreras. En la calle, la furia del viento estaba disminuyendo, pero aun así, todo volaba, y las acacias que añadían un matiz verde al gris predominante, se contorsionaban olvidándose a cada movimiento de las pocas hojas que aún pendían de

ellas y de esas vainas negruzcas llenas de árboles en potencia que nunca llegarán a germinar en el suelo frío, sucio, duro y gris de la ciudad.

Probablemente no fuera el mejor día para viajar, pero ¡qué coño!, así es la vida. Nunca es el mejor día para hacer lo que deberíamos hacer, nunca es el momento de empezar un nuevo camino, y esperamos y esperamos hasta que la vida vuelve a atraparnos, y entonces sólo nos queda una opción: el camino de siempre.

“Un día cojonudo para viajar”, dijo nada más cerrar la puerta y ponerse el cinturón de seguridad, “¿Sabes de alguien para pillar algo para el camino?” preguntó Guille que parecía haber vuelto de un trance, “¿Cocaína?”, preguntó Carlos, “Sí, por ejemplo”, respondió el cantante, aunque se lo debió pensar mejor y se corrigió: “No, mejor pasamos de coca”, “¿Y por qué?”, preguntó Carlos, que de sobra conocía el ritmo que Guille llevaba con la farlopa, y sin darle tiempo a responder añadió: “el problema no son las drogas, sino el uso que hacemos nosotros de ellas, sobre todo si nos acostumbramos a asociar ciertas acciones con ellas, es decir: si las tomamos de forma rutinaria. Tú nunca tuviste un problema con la garlopa, el problema lo tienes contigo mismo, con el camino que tomaste... ¿me equivoco?”, y se le quedó mirando como el que interroga al acusado de un crimen.

Guille no decía nada, no fue capaz de responder a ese que había estado evitando tanto tiempo, no obstante su silencio animó a Carlos que siguió: “A mí sí me apetece pegarme un viaje contigo con un gramito de farlopilla, eso no es rutina, eso es disfrutar de las drogas; usarlas para obtener de ellas lo que deseamos, no tiene nada que ver con tomarlas por rutina y que con el paso del tiempo, ésto se convierta en necesidad. Guille

pareció volver a la tierra y protestó: “Pero con un gramo no hacemos nada, eso me lo pongo yo en cuatro tiros”... Carlos volvió a mirarle con cara de hermano mayor y zanjó el asunto: “Ves, a eso me refiero, no sabes drogarte, has perdido el norte. La dosis es el elemento a controlar, y tú ya no disfrutas de la coca, como el alcohólico que se pierde el placer de tomarse un buen copazo o una buena jarra de cerveza. Hay que buscar el placer. Si no me dejas que administre yo el tema: olvídate de pillar farlopa”. Pasaron unos segundos hasta que Guille dijo al fin:

“Me pongo en tus manos, y además, ¡que coño!, llevas razón en todo lo que acabas de decir”.

El motor del coche empezó a escupir ceodós a la atmósfera y comenzaron el viaje, aunque antes de salir del barrio de carlos, Vallecas, pasaron por unas casas bajas. Guille vio a su amigo dándole un abrazo a un gitano, y cuando entró de nuevo en el coche sólo dijo: “¡Venga tira, que empiece el viaje!”.

Y entonces sí, entonces dejaron las harapientas calles de Vallecas incorporándose a la M-40 y dieron la vuelta a Madrid, desde el sur-este hasta llegar al nor-oeste dónde tomaron la autopista de A Coruña, la A-6. Una vez circulaban por la misma, Carlos hizo un gesto que quería decir “¿Un tiro?”, el cantante hizo otro afirmativo con la cabeza y el copiloto cogió un CD, le dio la vuelta puso una pequeña cantidad de polvo blanco lo aplastó una y otra vez con su tarjeta de crédito caducada, hasta que la separó en dos rayas prácticamente iguales. Demasiado cortas para Guille, que le miraba de forma escéptica, como si pensara que con tan poco no iba a notar nada, pero al final sujetó el volante con la mano izquierda y

mientras su compadre (así se llamaron ambos tiempo atrás) le sujetaba el CD colocándolo a la altura de su nariz, con la derecha esnifó a través de un papel enrollado formando un pequeño tubo. Por supuesto, en el asiento del copiloto se repitió la misma operación y una vez hubo limpiado los restos por si la policía les paraba, Carlos dijo las últimas palabras que sellaban el pacto entre ellos: “Como corras mucho con el coche, me bajo. El problema de ponerse farlopa es que te pide velocidad, y tienes que utilizarla, para controlar, para estar despierto y activo, no para joderla y hacer carreritas... ¿de acuerdo?”. Guille se reía, asintiendo con la cabeza mientras pensaba *tranqui compadre, que yo no soy de esos, ni con farlopa, ni sin ella, con el coche hay que controlar...* Y de hecho, lo pensaba muy en serio. Carlos, que pareció satisfecho con la respuesta de su compinche, puso música al fin. El viento seguía rugiendo cuando comenzó a sonar Midnight Oil...

- “We don’t serve your country, don’t server you king...” –cantó el bajista nada más comenzar el disco.
- Lo tienes copiado al revés, cabrón –replicó Guille, que en lugar de la canción “Deadheart”, que es la primera de la cara B, esperaba “Beds are burning” que sí es la primera.
- Es que lo copié del vinilo y puse a grabar primero la cara B – contestó el otro dándole la razón-... Así que conoces el disco – Guille asintió con la cabeza al tiempo que comenzó a seguir el ritmo sobre el volante, lo palmeaba con los dedos lo justo para no tener que soltarlo-, pues si te gusta Midnight Oil, te voy a dar un buen viaje –y le enseñó una disquetera con todos los que había cogido de casa-, yo pincho.

- ¿A ver qué tal D.J. eres tú? -y ambos siguieron cantando las canciones de ese discazo.

Y así pasaron por el túnel de Guadarrama, que traspasa las entrañas de la sierra de Madrid. Hicieron algún comentario sobre el tema, pero en realidad ninguno de ellos se encontraba a gusto atravesando la montaña como las termitas la madera: hiriéndola.

La luz del final, eso estaban esperando... ¡Como todos!

Y la luz, se hizo una vez salieron del túnel. Ambos contemplaron aliviados la ladera de una montaña vestida toda de verde con su traje de acículas, un enorme pinar les despedía de la comunidad de Madrid.

- ¿Por qué empezaste a hacer música? -preguntó Carlos una vez cambió el disco y empezó a sonar otro de Anathema.
- ¡Qué buenos! -a Guille le gustaba mucho la forma de hacer música de los británicos, y se quedó escuchándolos quizá para poder responder mejor a la pregunta. Pasó un buen rato sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Al fin y al cabo no había nada que decir, la pregunta había caído como lo que era: una losa. Al fin Guille pareció encontrar una respuesta:- ... Quizá para que la gente sintiera algo, lo que fuese, al escuchar mi música.
- Pero eso ya lo has conseguido -replicó Carlos, volviendo a dejar la losa sobre la cabeza de su amigo, pasaron unos segundos hasta que el otro respondió:-
- Para que cantaran mis letras... creo que fue por eso.

- También lo conseguiste –pero esta vez, perfiló adónde quería llegar con la pregunta-, no me refiero a la gente, sino a ti... - su compadre volvió a buscar una respuesta en la música-.
- ¿Sabes por qué me molan Anathema? –dijo Guille, que rompió de nuevo el silencio.
- ¿Por?
- Porque hacen música para ellos, sus letras sólo hablan de sus propios agobios, de sus propios fantasmas... –y se quedó callado en una frase “I live for today...”.
- ¿Y para qué empezaste tú a hacer música?
- Supongo que para decir lo mismo que ya dijo mi padre, hablar de las injusticias del mundo.
- Pero eso ya lo hizo tu padre, y otros muchos después y antes que él.
- Sí, pero es que no consiguieron que la cosa fuese a mejor.
- Ya. –Carlos le dio la razón, y buscó nuevas palabras para escuchar lo que buscaba- Me refiero a que ellos ya lo hicieron a su forma, ¿cuál es la tuya?
- ¡Joder, Carlos! –protestó-, ¡Ya la sabes, hostias!, ¿Te recuerdo que acabamos de recorrernos latino América, Europa y España?
- ¡No, gilipollas!, me refiero a que no dices nada nuevo. La forma en que denuncias las injusticias, es la de siempre, haces lo mismo que otros tantos grupos, no aportas nada y por eso no aguantas más.
- ¿Y tú que sabrás? –Guille le cortó visiblemente malhumorado, y sin embargo intuía que su compadre no le atacaba porque sí...-¡Claro que lo sabes! Y yo lo sé, y encima pertenezco a la industria discográfica que me obliga a seguir diciendo lo mismo.

- ¿Cómo que te obligan? -la pregunta quedó en el aire, cuando ambos se dieron cuenta de que llevaban ciento veinte kilómetros ya.
- Bueno, quiero decir... no sé, compa -así abreviaban con lo de compadre-, mira, lo seguro es que no soporto seguir con el grupo.
- Pues entonces no te están obligando, pero no confundas eso con no seguir haciendo música.
- Yo antes hacía una música de puta madre -Guille recordó casi sin quererlo los tiempos en los que empezó a tocar en un grupo. Su padre le había enseñado desde pequeño, así pudo comenzar joven y con mucho nivel- Joder, cuando no cantaba fue cuando más disfruté tocando...
- Pero cantas de puta madre -protestó Carlos.
- ¡Pero no sé qué decir! -Guille pareció haber dicho la palabra mágica, volvió a hacerse el silencio y el cantante de Anathema se quedó repitiendo: "I still feel the pain"- ...Y por eso sólo escribo canciones con frases hechas, parecen letras sacadas de un fanzine anarko-comunista.
- Bueno, eso es el pasado -la voz de Carlos pareció hacer de salvavidas para el ánimo de su amigo, que sonrió al tiempo que un nuevo brillo se apoderó de sus pupilas.
- Pasado... -Guille comenzó a recobrar una energía que había echado en falta desde que empezó su caída al abismo: a su propio infierno, a ese espejo que no le devolvía algo de lo que estar orgulloso- ...He estado haciendo música mediocre, como casi toda la que se produce en este país. Música cañera, machacona, con mensaje radical pero fácil, con estribillos pegadizos... ¡Mierda!, sólo hice

mierda, desde que dejé Asturias... -y volvió a recordar sus canciones antes de emprender el camino a la capital, hacia el éxito... ¡Joder, compa!, yo hacía una música de puta madre, ahora escucho a Tool y digo: “joder, ese concepto en el tempo, en la base rítmica, lo tenía yo hace diez años”. El tema es que por entonces hacíamos letras en guachy guachy -se refería al inglés chapurreado- ¡y punto! Lo que importaba era hacer rock, pero de una forma distinta. Como todo lo que me enseñó el viejo, como las grandes bandas que en su momento rompieron con la mediocridad y se inventaron un estilo.

- Como Hendrix -le interrumpió su amigo, y continuó él, Guille se limitaba a repetir los nombres que iba enumerando Carlos... luego como Pink Floyd, como los Zeppelin, como New Model Army, como Tool, como Anatema, como Fates Warning, como Rage Against the Machine...
- Faltan algunos, pero esa es la idea, ¡coño, cómo los grandes!
- Es decir, ¿qué querías hacer? ¿música para crear, para inventar, para hacer sentir a muchas generaciones, no sólo a los chavales que igual van a verte a ti que a los otros que dicen lo mismo que tú?
- Algo así -Guille contestó después de un silencio que duró unos dos minutos, mientras ambos perdían la vista en dirección norte siguiendo la carretera que en ese instante cruzaba por lo que ahora es Castilla. Mientras miraba sin decir nada, iba pensando: *un páramo al que hace siglos dejaron sin maestros, matándolos (talándolos) a todos. Y todo por hacer barcos que al poco se hundieron. Jodidos imperios. Reyes, hijos de puta.*

- ¡Qué ancha es Castilla, joder! –Carlos miró de reojo a su amigo, y le vio reír.
- ¡Qué ancha la dejaron! –Guille subió el volumen de la música, y se quedó en silencio.

Y cayó en ese estado tan cojonudo en el que algunos caen, cuando están junto a los “suyos”. Y su voz comenzó a abrirse paso a través de sus propios temores, de sus miedos, de sus frustraciones, de sus fantasmas. Y habló con las mismas palabras que sonaban en su mente, sin cambiar ni una coma para intentar maquillar sus sentimientos. Fue como si después de mucho tiempo, su voz volviera a ser el reflejo de sus sentimientos, de sus sensaciones, de sus miedos y frustraciones... Y habló, abriéndole el corazón a su compadre, que escuchó sin decir ni mú, incluso cuando Anathema dejó de sonar y sólo escuchaba las palabras: los sentimientos de Guille.

- ... Llevo tanto tiempo sin disfrutar, ni con lo que hago, ni con la gente... Justo desde que mi padre y yo, no nos hablamos. Si es que llevaba razón, sólo hice música para que llegara a mucha gente... Te juro que no lo hice por la pasta, eso es cierto, pero claro: ¡He ganado pasta! Y seguí, y me dejé llevar sólo por seguir tocando ante muchos... ¡y dios!, eso no era lo que buscaba, lo que me llenaba de la música... ¡claro que no! Como la política, todas las canciones: que si el patrón, que si el obrero, que si los fascistas... ¡Si todo eso me importa una mierda! No lo puedes cambiar con canciones. El mundo sigue estando en manos de unos pocos que tienen anestesiado al resto. Y cada día están más tontos. Y yo les hablo del Che, para que luego borrachos perdidos se dediquen a

romper papeleras, a montar bulla en la calle por las noches para ponerse en contra de los que ya les miran lo suficientemente mal incluso de día... ¡Vaya mierda de revolución!... ¿Anty-System?... ¡Vaya mentira más grande! ¡Si a mí no me gusta la música que se hace en España! ¡La que yo mismo hago! A mí me gusta hacer sentir. Al que sea, a mí mismo por ejemplo. Sentir con mi música. *Sentir, para ser...* Porque en esta vida nos están quitando la capacidad de sentir, le quieren poner precio, y si es posible, que sintamos todos lo mismo y con los mismos productos. Es todo una mentira muy compleja. Y a la vez, todo es mucho más simple, es tan sencillo como hacer lo que quieres, y no sé por qué dejé yo de hacerlo, pero te juro que no fue por la pasta, fue por otras cosas... Pero todo eso es pasado. Vamos a ver al viejo; por cierto, vas a flipar cuando le conozcas, a ver si está y aún no se piró a Argentina. Tiene asuntos pendientes allá... ¿sabes?, él fue torturado durante el régimen de Videla, Agosti y Massera, nunca quiso hablarme de ello, nunca... Pero yo indagué, y sé que sobrevivió a uno de los peores infiernos que un hombre puede vivir. Supongo que aún quedará en libertad alguno de sus torturadores. Me preocupa ese viaje. Mi viejo no es de los que se andan con boludeces, que diría él. Espero que no se haya metido en líos con esa gente, aunque estén viejos todos tuvieron descendientes, y a sus herederos les dejaron una posición privilegiada y ninguno querrá dejarla, porque se aireen los trapos sucios de sus progenitores. ¡Hijos de la gran puta! Ellos hacen de este mundo un constante infierno, ellos son el demonio... el resto: es mentira. -Y Guille cerró la boca, dejó de pensar y sólo miró la carretera. El

camino recto que tenía frente a sí, ni siquiera permitió que la imagen del viejo se colara en su cabeza, algo así como un botón rotulado con un “off” se pulsó tras su frente y el silencio se apoderó del momento... hasta que Carlos dijo al fin:-

- ¿Un tiro?
- No, -y se buscó en los bolsillos, hasta que dio con lo que andaba buscando- ... Mejor haz un porro de verde.
- ¡Hostias, Guille!... -Carlos no había esperado esa respuesta, y mirando en el interior de la papela, le dijo a su compadre:-... llevamos casi doscientos kilómetros y tenemos ésto -refiriéndose a la cocaína- ...Lo tenemos casi entero... ¡ves!, ese es el ritmo guapo, y decías tú que no íbamos a tener para el viaje...
- Creo que acabo de entender lo del ritmo, y si nos apetece otra rayita luego, pues bien; pero si no, tenemos hasta el viernes, no tenemos que metérnosla toda hoy... -y mientras Carlos comenzaba a liarse el canuto, zanjó el tema:- ...Y por cierto, lo guapo, no es la cocaína, o lo que sea que tomes, sino con quién lo compartas, compadre -concluyó Guille. Y no había sido una frase pensada o premeditada, fue exactamente la misma que le vino a la cabeza. Ambos se miraron con la misma cara de complicidad con la que lo hicieron unos años antes- ... Y Carlos... -éste se quedó esperando en silencio-... Perdona, compa por todo este tiempo. Estuve perdido y no supe distinguir a mi gente de las ratas.
- ¡Perdonado!, hace mucho que quería escuchar todo esto. ¿Pero quiénes estamos aquí? Ppues por algo será -y encendiendo el porro añadió:-... un buen petardo de verde, ¡qué guapo!

- ¿Y la música? –preguntó Guille feliz, que cambió de tema de forma deliberada, pues todo estaba dicho. Por fin había hecho lo que su padre siempre le había enseñado: “con los tuyos, el que tiene que hablar eres tú, no ese otro que le muestras al resto. Y tiene que hacerlo para bien y para mal, para decir lo bueno y también para protestar por lo que te moleste de ellos, que son tu gente... Si no, estarás solo”.
- Ahora mismo pongo yo a... –y Carlos buscó entre sus CD`s... a Tool...
- El Lateralus –este era el disco favorito de Guille.
- No, voy a poner el último que es mejor todavía...
- ¡No jodas! –protestó el cantante.
- ¿Cuántas veces lo has escuchado?
- Lo compré cuando salió y no me gustó demasiado, esperaba otra cosa después del Lateralus. Lo escuché un par de veces, ya te digo.
- Pues hay que escucharlo cien, como el Lateralus, recuerda si te gustó nada más escucharlo.
- ¡Escuchémoslo! –Guille claudicó al fin, en el fondo sabía que Carlos podía llevar razón, pues lo mismo le había pasado con otro disco de Tool, el “Aenima”, que no le había gustado hasta que un día se quedó sin cintas en el coche y sólo tenía ese disco y después de un viaje de más de seis horas escuchándolo, pasó el mes siguiente sin quitarlo del cassette-... ¡Démosle una oportunidad!, ¡quizá llesves razón!

Y el “10.000 days” comenzó a sonar.

Sonó la primera canción, y a pesar de las rayas que ambos se habían puesto, el silencio reinó en el coche de Guille mientras ésta duró. Por las cabeza de ambos pasaron muchos pensamientos fugaces. Ninguno dio lugar a la charla, Tool sonaban para que los pensamientos fluyeran como entes independientes.

Guille pensaba:

La mediocridad es lo que buscan...

Cuanto menos creativos, inteligentes y cambiantes seamos... mejor para algunos...

Hay que sentir, para ser... ese es el camino. Construirte a base de sentir, de no dejar de hacerlo, y entonces: llegar a ser, es decir a ser único y libre.

Ni un árbol, mires donde mires, sólo campos de cultivo...

¡Qué hijo de puta!... a ver si te estrellas cabrón... joder!, si yo voy a ciento veinte, ¿a cuánto irá el mierda ese?...

¿Si todo es mediocre, igual, repetitivo, si todos somos especialistas en una sola materia, técnicos en algo, si nuestra educación nos la da el estado, y el estado nunca podrá desmarcarse de las grandes empresas?... Joder, ¡vaya pregunta, Guille!...

Y... ¿quién sale ganando con toda esa mediocridad?

Algunos... ¡algunos hijos de puta, hijos y nietos de otros hijos de puta!

Anty-System... Me río yo de que les joda, ¡si encima ganan pasta con lo que yo canto!...

¿Y qué revolución nos queda entonces?

Porque sin revolución, el planeta, la máquina perfecta se va a la mierda.

Quizá sólo consista en buscar tu propio camino hacia la libertad, mirando siempre hacia adelante hasta que el sistema quede a tu espalda, y de ese modo seas el dueño de tu destino... Y para ello debes vivir como un guerrero, como el viejo dice que debe vivir un guerrero: él no tiene necesidades, él sólo tiene un fin: luchar. Siempre está alerta, siempre preparado para hacerlo, la muerte es su compañera de viaje. El guerrero, para luchar, vive alerta y lucha contra su naturaleza vaga, torpe y somnolienta, esa es la única revolución posible, la única libertad, al alcance de quien haya hecho de su vida una eterna lucha donde no importe morir, sino ser libre para elegir el camino con corazón: el tuyo, en el que no dependas de nada, más que de ti.

Sólo un guerrero puede luchar por la libertad.

Y en este mundo es muy difícil ser un guerrero, luchando por caminar tu propio camino...

Alguno queda... pero debe ser difícil...

Eso debe ser lo más cercano al triunfo, al personal, al que de verdad importa.

Esa es la única revolución, y parece que nadie está dispuesto a caminar un camino empedrado en el que la inteligencia, los brazos y las piernas del guerrero sean sus mejores avales, sin comodidades, preparado y alerta...

Los rebaños, sólo caminan por las cómodas veredas...

Jodido viejo, siempre me enseñó a valirme por mí mismo. Me hizo el mayor regalo que se le puede dar a una persona, y eso que yo siempre andaba lloriqueando porque no me compraba casi ninguno de los juguetes que quería, que todos mis amigos tenían. Él sabía, que era exactamente por eso, por lo que los quería...

Me regaló la claridad para ver el camino. Me hizo leer, escuchar, ver y comprender a cada uno de los grandes hombres que dejaron escrita su obra en libertad. Todos ellos vivieron como guerreros. Ninguno buscó el éxito, sino decir lo que tenía que decir, le pesara a quien le pesara. Eligieron un camino con corazón, el suyo, difícil... único.

No sé si será la revolución del mundo, pero ahora que di con ella, debería ser la mía. Mi viejo sí que ha triunfado en la vida, él sí es libre, no depende de nada ni de nadie.

Ten cuidado, padre.

Entre tanto, Carlos pensaba:

Guille lleva razón, no hay revolución, si es que no hay que hablar de eso con la música, todo es mucho más íntimo... Los Tool, por ejemplo, hacen lo que les sale de la polla... y punto.

Todos esos grupos que gruñen, que ladran contra el sistema...

En vez de eso, podrían proponer uno mejor... ¿eso es lo jodido, verdad?...

Si en vez de patalear todos, mientras escuchan los mismos mensajes, las mismas frases propagandísticas: que si la tierra para el que la trabaje, que si el patrón, que si los ricos, que si las guerras, que si la iglesia... ¡que si hostias!

Si en vez de ello, se dedicaran a hacer sentir a su público, a enseñarles algo distinto, a enriquecerles como personas... Sí, a enriquecer el alma de las personas, no a decirles siempre lo mismo... mira Tool: "Think for yourself", así para empezar: "Piensa por ti mismo"... No, aquí en España no, aquí se lleva más lo de siempre: los ricos y los pobres, las miserias del mundo... ¿y qué?... ¿cambiáis el mundo con

el punk rock?, ¿o sois más fácilmente reconocibles para los maderos?... “Mira, unos punkies, vamos a ver qué llevan encima”...

Y con los Heavies, tres cuartos de lo mismo, con la diferencia de que a ellos no les jode este sistema, sino que el mundo no sea Heavy. A ellos les gustaría vivir entre espadas, metal y personajes del puto señor de los anillos.

Yo no quiero hacer música para decirle a la gente “que hay que cambiar el mundo”, yo quiero cambiar el mío haciendo música, y si es posible, que en el rato en que el otro esté escuchándola, se enfrente con sus propios miedos, con sus propios fantasmas como decía antes mi compa. Quizá así se dieran cuenta de que andan en un mundo al revés, equivocado, en el que sólo tiene algo de valor: su vida. Y si no la viven mandando en ella, no tienen ni siquiera eso...

Pero si es que da igual, nosotros los pobres... o los artistas, ¿qué armas tenemos para arrebatarle el poder al que lleva siglos mandando?...

Nos olvidamos de que nuestra vida también puede ser distinta a la del resto, y al final, caemos en la rutina... ¿qué podemos hacer?...

Y si hiciéramos algo... ¿para qué valdría?, si la naturaleza humana es machacar a sus semejantes y al medio para tener el poder... Siempre habría algún listo que sacara tajada en una supuesta revolución...

Y además... ¿para qué?, si lo que sobra en este mundo es gente, la tierra ya no aguanta, ese sí es un tema para cantar sobre él...

Pero... ¿qué cambiaríamos?...

Nada.

- Qué mierda de mundo, compa –Carlos fue el primero en rasgar el silencio musicado por Tool, un instante de reflexión que se había prolongado hasta la sexta canción, una especie de cántico de alguna tribu americana en el que se repetía el mismo lamento de forma rítmica, enigmática y absolutamente repetitiva.
- Los indígenas de cualquier lugar del mundo, son los últimos guerreros. Los únicos que realmente luchan contra este sistema. El sábado por la noche, mi amigo Jaime –al verle extrañado, se explicó:-, el que me dio la marihuana... pues él se dedica a viajar por ahí haciendo documentales, y me hablaba de los *últimos guerreros y chamanes* con los que se ha encontrado en sus viajes. Para ellos, esta vida lleva teniendo sentido desde el principio de los tiempos. El mundo no es una mierda. El sistema económico y social en el que vivimos, eso sí es una mierda tan gorda que ha infectado al resto del planeta... Molaría hacer una versión de Midnight Oil, en honor de los últimos indígenas del planeta...
- De la canción “Deadheart” –puntualizó Carlos “*Ni patria ni bandera en nuestro país, y no os lo venderemos*” pensó, traduciendo en forma libre el estribillo original de ese tema.
- Sí, de esa –zanjó su compa al instante-. Habría que cantar... me da igual quién lo quiera escuchar, que este sistema está obsoleto, que hay que huir de él como sea. Hay que volver a un sistema racional en el que no pongamos en peligro nuestro planeta, que es al fin y al cabo lo único importante... ¿conoces tú algún otro sitio en el que podamos vivir?
- ¿Y qué le dices a la gente?

- Pues lo que hay, la pura verdad: que si no hacemos algo para detener esta barbarie no hay ni revolución, ni futuro, ni justicia, ni mierdas...
- ¿Y qué quieres que haga el que lo escuche? –Preguntó Carlos
- Ese es su problema, que cada uno responda a sus preguntas... Lo importante, no es dar las respuestas sino dejar en el aire las preguntas y vivir una vida coherente...
- ¿Qué quieres decir con coherencia?
- Que si queremos salvar el planeta, habrá que deshacerse de las necesidades superfluas, que no se puede ir cantando por ahí que nos quedan dos días e ir a doscientos por la carretera, tener aire acondicionado, que no se puede saber que se están matando bosques y luego ir a esquiar, que no se puede decir qué hijos de puta cuando pillan a los especuladores de la costa, y después en el verano alquilarles un chalet o un apartamento para ir allí de vacaciones, que ya está bien de derrochar, y etcétera y etcétera...
- Pues si ese va a ser el nuevo mensaje de tus canciones, no vas a tener mucho público...
- Me la pela, no busco el éxito –y ese “éxito”, pareció sumirle en una tristeza serena, la que tiene el que se aleja de lo malo, triste por lo que pasó, y sereno pues ha comenzado a dejarlo atrás. Pasó casi un minuto de silencio hasta que Guille pudo juntar las palabras para seguir:-... Pero a alguno quizá le haga tener que responderse unas cuantas preguntas...
- Yo quiero fracasar contigo en ese hipotético grupo.

- Recuerda que no puedo hacer música... -Guille respiró muy hondo-... además, sé lo que quiero decir, pero no soy muy original haciendo letras... a los hechos me remito -y ambos rieron-.
- ¿Por cierto, qué te ha parecido el disco de Tool? -preguntó Carlos al finalizar la última canción-.
- Ponlo de nuevo. Si me da tanta agilidad mental, es que debe ser bueno...
- Bueno, quizá la matuja tenga algo que ver con eso -sugirió su compadre entre risas, al tiempo que volvía a dar al play para que siguiera sonando el "10.000 days"-.
- Puede que sea la marihuana, pero el disco es una pasada... -Guille se centró en la carretera porque comenzaba la parte más guapa del viaje, allí donde la carretera se bifurca en tres: en Benavente, dónde ya se puede leer. "Oviedo". Un cielo rojizo iba arrinconando al sol, iba haciéndolo pequeño en un rincón a la izquierda de Guille tras unas lomas, una bola roja que se resistía a dejarlo todo en penumbras. Al mismo tiempo, la luna les salió al paso por el lado de Carlos, gorda, repleta, burlona y sobre todo preciosa-. Así, sí. - Prosiguió sin dejar de mirar a la luna-. Así sí se disfruta con las drogas, el ritmo es muy importante. Yo lo había perdido, ahora sé que no volveré a hacerlo. Lo sé, y eso se sabe y ya está, como dice el viejo: "una vez que decides que tu camino no tiene corazón, y que la cosa no puede seguir así, y entonces, te levantas y andas , nada puede detener tu movimiento"... lo sé, y punto.
- Me alegro, compa. Te juro que me alegro. -Y como si se le hubiera quedado algo en el tintero, Carlos preguntó:- ¿Qué es eso de camino con corazón, que ya lo has dicho muchas veces?

- El viejo –y se corrigió de inmediato-, mi padre, siempre lo dice, que hay muchos caminos en tu vida. Ninguno de ellos te llevará a un sitio bueno o malo; pero algunos tienen corazón, te hacen caminar de acuerdo a “tu corazón”, a tu intuición, y es entonces, cuándo estás viviendo de un modo coherente...
- Y según tu viejo, ¿qué es un camino coherente?
- El tuyo, el que separándote del resto, te lleve por dónde tú quieras caminar, una vida digna de ser vivida porque es sólo tuya, y en ningún camino con corazón se busca el éxito, la fortuna, el triunfo... Sólo te buscas a ti mismo, tu búsqueda es un duro descenso hasta el misterio que todos tenemos dentro, hasta desentramar el enigma que se encierra en nuestro cerebro, espíritu, alma, nagual... llámalo cómo quieras –Guille se detuvo pensando en esas mismas palabras que él estaba transmitiendo, nunca se había fijado en ellas y era en ese mismo instante cuando comenzaban a adquirir forma.
- Todo eso del camino con corazón, ¿es una teoría de tu viejo?
- No... son las enseñanzas de un tal Juan Matus, un chamán sobre el que Carlos Castaneda escribió varios libros. Tendré que leerlos pues mi padre nunca me dejó hacerlo, solía decir “Esos déjalos, no entenderás nada hasta que sientas que tienes que leerlos. Aquí seguirán esperándote”. Creo que ha llegado el momento.
- Tu viejo debe ser un tipo increíble. –resolvió Carlos pasados unos segundos de reflexión, y cerrando el tema reiteró lo ya dicho:- ¡Mola viajar!, es lo mejor que se puede hacer en un mundo que no entiendes.
- Hacía mucho que no disfrutaba de un viaje... –y abrió las ventanillas del coche para que el viento los atravesara. En verdad

hacía mucho que el cantante no disfrutaba de un viaje, y mucho menos yendo hacia su tierra, de la que huyó años atrás... Tengo ganas de pasar el túnel del Negrón y estar de una vez en Asturias...

- ¡Coño, dijiste Asturias!, nunca hablas en asturianu, parece que quieras renegar de tu tierra...
- No existe “la tierra”... el concepto “tu tierra”... mi padre decidió vivir en Asturias... ¿y si hubiera decidido irse a Chile?... ¿a Francia?... llamo Asturias porque hoy sí la siento mía, tengo algo que hacer allí... el día en que los hombres se den cuenta de que hay mucha tierra por conocer, dejarán de luchar por su mísero trozo y entonces se acabará el mundo tal y como lo conocemos...
- Éso, es imposible -y enfatizó añadiendo- ¡y lo sabes!
- Sí, la verdad es que andaba hablando al pedo, como diría el viejo... No sé compa, ¿ves? no tengo las respuestas. Y quizá tampoco tenga las preguntas, sino una gran duda y un miedo atroz, es decir un enemigo al que vencer. Voy a comenzar mi camino de guerrero.
- ¿Ese es tu camino con corazón?... ¿de guerrero? -Guille asintió entre risas- ¿en qué guerra?
- La vida es guerra constante, compa -concluyó Guille de forma contundente-. Yo no quise admitirlo y tomé el rumbo fácil, un camino caminado por muchos otros antes que yo, y el viejo me lo advirtió. No le escuché. Pero la vida es un constante cambio de rumbo... o así debería ser.
- Díselo a esos que viven bajo el techo de la rutina -intervino Carlos.
- Todos tenemos una rutina de la que dependemos, ¡no te equivoques! El viejo no, él se la quitó de encima y vive una vida dura, una vida interior que yo siempre he rechazado, me fastidiaba

que para *ser un hombre* se necesitara tanto esfuerzo, tanta entrega...

Ahora comienzo a entenderle... y quizá sea tarde... no sé.

- Ahora sí estás hablando al pedo...

Y con sus risas comenzó otro rato de silencio, de un silencio extraño. Por los altavoces seguían sonando Tool. La luna se hacía más y más grande a medida que la dejaban atrás. El viento silbaba de forma inquietante a través de las rendijas que cada uno había dejado en su ventanilla, y sus preguntas se sucedían al ritmo, unas veces frenético, otras hipnótico, que el disco marcaba a través del equipo de música.

Pero esas fueron sus preguntas, dejémoslas ahí, pues todos podemos intuir la naturaleza de las mismas ¿o no pensaste alguna vez que tu vida empezaba ese día concreto en el que algo cambió?, ¿o lo pensaste pero no hiciste caso y todo siguió igual, porque para caminar el nuevo camino necesitabas un compromiso y un esfuerzo que no estabas dispuest@ a aceptar?

O quizá no seas de l@s que se preguntan esas cosas.

En cualquier caso, mientras ambos no paraban de pensar escuchando y observándolo todo como si fuera la primera vez que viajaban, la llanura por la que llevaban dos horas viajando comenzó a transformarse poco a poco en una hilera de montañas. De grandes moles que se dibujaban al frente, en dirección norte. Su silueta era sobrecogedora, hubieran hecho sentir pequeño a cualquiera. La carretera comenzaba a transformarse en una serpiente en movimiento: un reptar curvo en constante ascenso y descenso, un paraje a ambos lados que ya nada tenía que ver con cualquiera de nuestras preguntas.

Las montañas les vigilaban desde arriba, parecían hablarles: “Cuidado, estáis en nuestros dominios, aquí sois menos que insectos”. La luna alumbraba el camino y la dentada silueta que marcaba el límite de los dominios para el humano, era completamente ajena a cualquier hipótesis, pregunta, divagación o respuesta, que cualquier hombre o mujer pudieran hacerse.

Tras aquellas cimas, la meseta castellana era sólo un recuerdo. Las montañas envueltas en brumas se amontonaban desembocando directamente sobre el mar. Esa tierra tiene nombre y se llama Asturias o Asturies, los bosques cubren esas cimas que en su vertiente sur son moles áridas, y en la norte -ya en territorio asturiano-, atrapan las nubes, las exprimen, se nutren de ellas, y la aridez de un lado se transforma en exuberancia en el otro.

Arriba del todo, los verdes prados cubiertos con su primera manta pre-invernal; un poco más abajo, los robles, que a esas alturas del año parecían sus propios esqueletos de cuyos huesos prendían los primeros copos blancos de ese año dos mil siete.

Bajando aún más por aquellas pendientes, las hayas apresaban los recuerdos del verano que hacía poco terminó. Algunas hojas pardas contrastaban con la nieve sujeta como un funámbulo a sus ramas, y bajo todas ellas, vestigios de una hierba eterna manchada de vida blanca.

Acosando toda la montaña, acariciándola, besándola, lamiéndola, dándola placer y vida: la bruma, las nubes que en esas alturas se deshilachan, se hacen eternas allí, pues no suben más: se quedan a morir en

Asturies y abrazan los valles hasta que de ellas no queda ni una gota de agua, es entonces (como ese ser que encuentra el óvulo juntándose a él), cuando dejan de ser agua para iniciar otros nuevos ciclos.

El ciclo de la vida, en el que todas las células de Gea interaccionan para seguir con el espectáculo, con la magia, eso que los científicos miden, los filósofos intentan magnificar, y a la mayoría de los hombres de a pie nos pasa por delante de forma inadvertida.

Ese dios que no hay que buscar, sino observar, sin tener que buscarle nombres ni inventarse absurdos credos. Esas acciones, sólo pueden ser el acto de un ser idiota, un ser imbécilmente pequeño que cree saberlo todo y no se da cuenta de su insignificancia, olvidándose que él también es otra célula de ese dios al que se empeña en venerar en altares, mediante conductas dictadas que alienan al individuo y no le dejan ver más allá de sus narices. Religiones, que intentan apartarle de su propia esencia completa.

Gea, que nos acoge a todos, que respira, que se regenera, que se enfada, que nos avisa, que nos protege, que no nos pide ni nos exige.

Gea, a la que no respetamos, pues buscamos la divinidad fuera de ella, esa madre tierra a la que ninguna civilización moderna ha querido tratar como lo que es: nuestra casa y nuestra fuente de vida pues somos su creación, parte de ella.

¿Y eso no la define como dios, diosa o madre de todo?

¿Para qué buscar en el cielo, si dios es la tierra?

¿Y si dios es la tierra y nosotros somos una célula suya, no seremos nosotros mismos parte de esa misma divinidad?

¿Y a un dios no se le venera y se le respeta?

Y para terminar:

¿Les interesa a los que escribieron cualquiera de los distintos credos existentes, que tú te hagas estas preguntas?

No podremos respetar a Gea hasta que cada uno de nosotros no se respete a sí mismo.

¿Cómo?

Respetándose: no engañándose, sabiendo que no somos superiores o inferiores a nada ni a nadie.

Todos estamos invitados a pasar una temporada en una casa que no es de nadie (sólo un ser pequeño puede inventar la palabra propiedad), y una vida, es un destello tan ínfimo que no debería merecer la pena empecinarse en la falta de respeto hacia uno mismo, hacia el resto, o hacia la tierra.

Pero quizá sea parte del ser humano, hacer de su mediocridad, de su comodidad, de su falta de fuerza para mantenerse en una vida dura que ha tenido que domesticar, creerse superior al resto de las criaturas salvajes e inferiores a él. Quizá forme parte de nuestra genética, de nuestra carga cromosómica, esa tendencia a la extinción por no entender nuestro lugar en el mundo. Quizá esa superioridad, esa transformación de todo lo que nos rodea, esa falta de adaptación a la que llamamos civilización, quizá toda esa parafernalia nos esté alejando de esa parte *divina* cuya conquista

individual debería merecer cualquier esfuerzo, cualquier renuncia, y sea la única y la mayor búsqueda de todas.

Quizá...

Sexta noche: Plenilunio en Asturias.

Juanjo no estaba preocupado por estas últimas preguntas, no necesitaba divagar acerca de dioses o religiones, él se mantenía constantemente ocupado: tenía que sobrevivir.

Estaba anocheciendo, la tarde había sido ventosa y fría, pero en ese instante el cielo había abierto. Él sabía que era el mejor momento para hacer lo que tenía que hacer.

Hacía ya un rato que caminaba, su escopeta al hombro, una pequeña mochila con lo necesario para cualquier contratiempo. Se movía con paso firme y con la agilidad de un muchacho sorteando las zarzas, evitando las ortigas y agachándose al pasar bajo cada rama. A él no le gustaba caminar por los senderos, él conocía el bosque y por eso lo respetaba y procuraba no pisar planta alguna en su caminar, intentaba no hacer el menor ruido al posar sus botas en la foresta que a esas alturas estaba cubierta por miles de hojas caídas, erizos abiertos enseñando su contenido: castañas y hongos de tamaños variados, unos aprovechables para alimentarse con ellos u obtener sabiduría, otros no, pero todos al igual que Juanjo, parte de ese micro-cosmos llamado bosque, del que todos ellos se nutrían.

Sin apenas producir ruido alguno, se agachó y al tiempo que cortaba un puñado de pequeños y delgados hongos dijo en un leve susurro: *pido perdón por cortaros, algún día yo mismo nutriré este suelo.* Y quedándose

con un par en la mano, guardó el resto envueltos en papel de periódico en uno de los bolsillos de su pequeña mochila.

Con cuidado, limpió de bichos ambas setas, se cercioró de que estuvieran lo más limpias posible y las echó a la boca, sin mover los pies se flexionó y quedó sentado en el mismo lugar dónde los había cogido. Los mantuvo unos segundos en la boca hasta que por fin comenzó a masticarlos recreándose en ello.

Un sabor amargo y húmedo inundó su paladar, cerró los ojos y se dispuso a tragarlos lentamente en pequeños trozos muy triturados que al pasar por su esófago dejaban el mismo rastro de amargor húmedo. Los ojos seguían sumidos en la oscuridad, arriba en el cielo, el sol perezoso estaba a punto de sucumbir y ser devorado por las cumbres que cobijaban aquella espesa selva de castaños, avellanos, nogales, cerezos, abedules, robles, saúcos, alisos, fresnos, helechos y zarzas.

Juanjo permaneció con los ojos cerrados hasta que notó el sabor de los hongos hasta en lo más profundo de su estómago, y en ese instante antes de volver abrir los párpados, una luminosidad inundó su mente que hasta ese mismo instante había permanecido en una negra e inerte oscuridad.

Al abrir los ojos, y como si un resorte le empujara hacia arriba, se incorporó en un solo movimiento. Y antes de seguir con su camino, miró alrededor suyo cambiando el enfoque de un ojo al otro, intentando mirarlo todo con *otra visión*. Nada había cambiado de forma perceptible, ya lo sabía él de sobra, pero no volvió a reanudar su camino hasta que obtuvo la *sensación* que había buscado al ingerir los *psylocybes*, que no era otra que la

facultad de separar la visión de cada uno de sus dos ojos, de forma independiente distinguía –haciendo un barrido de izquierda a derecha– primero la imagen que percibía el ojo derecho, y un tiempo casi imperceptible más tarde percibía la obtenida con el izquierdo, con esta técnica conseguía separar las dos imágenes del mismo cuadro obtenida por cada ojo en forma individual, sin mezclarse en su cerebro desechando por unos segundos el modo tradicionalmente binocular de *ver* del ser humano.

Hasta aquí la explicación física de la *sensación*. Pero hablando de hongos catalogados entre las especies venenosas por miedo a darles el nombre de alucinógenos, no podemos ignorar el *efecto* de dicha explicación científica: esa *alucinación* que buscaba Juanjo al ingerirlos.

Y al mirar de esa *otra forma* utilizando una técnica que *alguien* le enseñó un día cuando probó por primera vez dichos hongos, buscaba percibir *ligeros cambios* entre una y otra visión de la misma imagen, no eran fantasmas lo que él buscaba, sino *sensaciones distintas* entre una y otra mirada.

Comenzó su paso, cuando en una barrida de derecha a izquierda, en la que sus ojos partieron del tronco de un castaño situado a un metro escaso de donde él estaba, la imagen continuaba con unos cuantos pequeños troncos de avellano, una roca bajo sus ramas, hojas secas y el tronco de un árbol muerto en el que la tierra trabajaba renovándolo, un pequeño arroyo de un pie de ancho y para acabar ciento ochenta grados a su izquierda: un joven laurel que luchaba con la gravedad por mantener erguido su tronco.

Entre la piedra, el tronco en putrefacción y el laurel, una *sensación parda y muy pesada* había decidido el lento y silencioso camino de Juanjo hacía aquel lugar.

Con los brazos, apartó suavemente las ramas de avellano, sorteó la roca saltándola, y amortiguando la caída con pies y manos, en silencio se apostó tras ella y colocando su escopeta en posición de tiro, se preparó para mantenerse en absoluta quietud.

Inmóvil por completo, entornó los ojos mirando en la forma habitual del ser humano, y antes de quedarse en un estado semi-inerte se tapó la nariz con la mano derecha que por un instante soltó el gatillo de la escopeta, para a la vez que taponaba sus orificios nasales y cerraba su boca, exhalar todo el aire que contenían sus pulmones. Al hacerlo, sus oídos sintieron un cambio de presión y como sucede cuando descendemos rápidamente una montaña, las frecuencias auditivas cambiaron por completo, y quizá por el *efecto* de los hongos ingeridos -al menos él buscó dicha *sensación* al comerlos-, la amplitud de su frecuencia sonora aumentó considerablemente. Y si bien, en términos de normalidad, el ser humano distingue mucho mejor las frecuencias comprendidas en las llamadas frecuencias medios, que son los más fácilmente percibidas por el oído humano, con aquella *técnica que alguien le enseñó un día*, él escuchaba sonidos graves y agudos más allá de las frecuencias a las que llega un oído humano *no entrenado*. Por supuesto hubo una contrapartida, pues llamamos magia a sucesos que no entendemos y dada nuestra insignificancia y prepotencia los asumimos como falsas alucinaciones. El efecto contrario es que el oído de Juanjo, perdía su natural disposición a escuchar los sonidos

medios, y éstos –la voz humana es uno de ellos–, se deformaban haciéndose difícilmente perceptibles con los nuevos parámetros de escucha.

Para explicarlo de un modo visual, imagina un ecualizador musical de bandas que acotase la escucha del ser humano, a la izquierda tendríamos los sonidos graves y nuestra percepción de ellos podría expresarse con una pequeña barra que empieza a aparecer según vamos siguiendo el espectro del ecualizador y empieza a tener el tamaño de un par de centímetros, según fuéramos mirando hacia la derecha, su grosor aumentaría pues entraríamos en la zona de los sonidos llamados medios, el grosor que marca nuestra percepción aumenta y ya no son dos centímetros, si no cinco, seis, siete, llega el centro del ecualizador (los 500 mhz) y tenemos el máximo de nitidez y audición. Nuestro grosor es de diez centímetros, seguimos a la derecha y la tendencia se invierte, y según vamos llegando a la zona de los sonidos agudos, el grosor de nuestra percepción auditiva disminuye y disminuye a medida que seguimos por el espectro, hasta que vuelve a desaparecer, pues nos encontramos en los llamados ultrasonidos.

Tendríamos un ecualizador gráfico con una línea que desaparece a la izquierda y a la derecha del diagrama, y en el centro forma una abultada franja que parece ocupar la mayoría del espacio, pues bien:

Para Juanjo esos parámetros catalogados de normales, habían cambiado de forma voluntaria, para obtener en ese mismo ecualizador gráfico una línea que se minimizaba al pasar por el medio, y sin embargo se prolongaba a la izquierda y a la derecha, no en grosor (en el mismo ejemplo valdría pensar que no llega al centímetro) pero sí en extensión.

Los *ultrasonidos* se transformaban en sonidos levemente perceptibles, para así conseguir equiparar su oído a las *voces* de otros seres que habitan en el bosque, y que por lo general, producen frecuencias auditivas por encima o por debajo de nuestro umbral de percepción *normal*.

Y tras un rato indefinido de tiempo en posición de quietud absoluta, de estado de alerta máximo, de concentración plena, *escuchó* un sonido muy grave que ningún ser humano *no entrenado* hubiera podido percibir, (el mismo sonido que alerta a un perro antes que a su dueño) y tensó hasta el último músculo de su cuerpo para imposibilitar cualquier error, el viento que le acariciaba suavemente en la cara le trajo la confirmación en forma de un aroma fuerte y denso, no cabía duda:

Estaba preparado, cuando unos segundos después (cualquier otro cazador se hubiera dado cuenta demasiado tarde), pasaron a su izquierda toda una familia de jabalíes. Uno a uno fue dejándoles pasar, no buscaba a la hembra, ni a sus rayones, sino a un gran macho, a un berraco, esa era su presa y no otra.

Pero no pasó.

Contrariado y con la noche encima, Juanjo deshizo el camino recorrido y sin empeñarse, aceptó su derrota en aquella batalla.

No pasa nada, ya te pillaré... aún no llegó el invierno... en un par de noches te habré pillado, en este plenilunio te cogeré...

Y después de casi una hora caminando, llegó a su casa. En la puerta había un gran coche, un mono volumen que permanecía con las luces encendidas y el motor funcionando, la puerta del piloto estaba abierta, en la entrada de su casa había alguien aporreando la puerta...

- ¿Qué pasó? –Gritó Juanjo al individuo al que no distinguía por la falta de luz.
- ¿Juanjo?... Soy Guille, el hijo de...
- ¡Guille, joder! –el viejo se fue hacia él y sin darle tiempo le abrazó- menudo susto me diste, muchacho, -la puerta derecha del coche se abrió y Juanjo pudo distinguir otra silueta.
- Mi amigo, Carlos –haciendo un gesto con la mano que iba de uno a otro, Guille les presentó-, mi tío Juanjo, él es el ñieri del viejo.
- Su hermano –añadió el viejo.
- ¿De dónde venía con la escopeta al hombro? –preguntó Carlos en un tono que el *cazador* identificó como insidioso.
- Yo soy más ecologista de lo que lo puedas ser tú o cualquiera que viva en una ciudad y se tome por tal, –dijo de forma contundente, y en verdad parecía haber leído el pensamiento de su interlocutor, pues Carlos lo había preguntado con la intención inquisidora de quien desaprueba una acción, antes incluso de entenderla-.
- Discúlpeme –dijo Carlos muy extrañado, y sin dar pie a una explicación añadió:- ...¿Pero cómo supo usted que mi pregunta encerraba un reproche debido a mis ideas ecologistas?
- ¡Ideas ecologistas! –repitió el viejo en un tono lleno de sarcasmo- ¡ja!, ¡un ecologista de ciudad!... ¡Ja!
- Te sorprenderías de lo que podrías aprender del tío Juanjo –dijo Guille en un tono apaciguador. La puerta de la cuadra se abrió y la luz lo transformó todo, por fin los tres pudieron verse las caras. En la mirada de Juanjo había una extraña pregunta lanzada de forma directa a los ojos de Carlos, éste esperó a que el viejo hablara-.

- Mira... Carlos, hoy fui al bosque a cazar un berraco, me pasaron al lado cinco jabalíes, pero como ves –y se acercó hasta estar a menos de un palmo de su cara-, no traigo ninguno...
- ¿Falló? –preguntó Carlos nervioso, pues la cara del cazador seguía escrutándolo desde la cercanía, y sus ojos estaban clavados en los suyos como un extraño cepo que no le dejaba desviar su mirada de ellos.
- No fallé... –y haciendo un ruido extraño pasando la lengua por sus labios, se retiró hacia atrás liberando de su penetrante mirada al joven extraño, y dándole la espalda para seguir con lo suyo, concluyó hablando en voz alta- ...Yo fui al bosque a por un berraco, un macho viejo con el que pasar el invierno. A uno que ya le eché el ojo... Yo sólo atrapo machos viejos, así cada año sigue habiendo jabalíes.
- Pero es que no habría que cazar ni uno –repuso Carlos en tono fanático.
- Esto no es la ciudad –contestó en tono desenfadado Guille-, no te equivoques, algunos sólo matan lo que necesitan para subsistir.
- No, esto no es la ciudad... –zanjó Juanjo, después de volver de un rincón con una caja que había sacado de un lugar oculto bajo unos trastos que el viejo acumulaba allí. Y acercándose a Guille, se la entregó- esto es para ti, H. quería que yo la guardara hasta que tú vinieras a por ella. Viniste pronto, mañana hará una semana que marchó. Si quieres ve a casa, ábrela, y éste –refiriéndose a Carlos que lo miraba todo extraño- se queda conmigo esta noche para que puedas estar solo y asimilar lo que haya dejado H. para ti, en el interior de esta caja fuerte.

- Yo prefiero irme contigo –Carlos parecía suplicar al cantante, Juanjo le sobrecogía, el extraño y atlético viejo producía en él una sensación de idiotez e inferioridad a la que él no estaba acostumbrado.
- Tranquilo amigo, que te voy a enseñar alguna cosa de provecho –y agarrándole del hombro, el viejo se lo llevó al interior de su casa.

Guille permaneció un rato de pie. Contemplaba atónito la caja fuerte, tenía el tamaño de una caja de zapatos, y una cerradura en el medio de su extremo derecho.

Permaneció observándola durante un par de minutos, y acto seguido apagó la luz y salió de allí cerrando la puerta. Se metió en el coche dejando la caja en el asiento que había ocupado Carlos todo el viaje, y sin pensar en él arrancó el motor y se dirigió a la casa del viejo, a su casa.

Entre tanto,

En el interior de la casa de Juanjo, éste acomodó a Carlos en un sillón del salón, y ocupando otro justo enfrente, sacó de su bolsillo un trozo de papel de periódico y lo desplegó hasta mostrarle al joven su contenido, y sin dejarle tiempo a las preguntas, él le dio las respuestas gratis:

“Son hongos, setas mágicas... no son como los monguis que algunos jóvenes toman para pillar un pedo. Son otras muy distintas, pero del mismo género psilocybes, la

gente de ahora no las conoce. Crecen en las veredas del bosque, entre las hojas secas, en las ramas caídas, entre cualquier trozo de madera en putrefacción, ¿las ves?... -y le acercó el trozo de papel hasta su cara- “son muy finitas” -dijo Carlos- *Sí, son setas mágicas. No producen embriaguez, sino que cambian tu visión del mundo... te aportan otra forma de ver, de oír... ¿entiendes lo que te digo?* -Carlos asintió, y el viejo continuó- *...Primero, hay que pedir permiso para cortarlas, como con todo, y luego coges una décima parte de las que hayas encontrado, sólo una décima parte. Les pides perdón...* -“Pero, ¿cómo, les pides perdón?”-le interrumpió Carlos de repente- *...Se lo pides y punto, y a no ser que estés detrás de una presa, las guardas todas en un trozo de papel como éste - Carlos volvió a interrumpirle preguntando: “¿Y si estás detrás de una presa?”- ...Cuando estés detrás de una presa te contaré eso, ahora no lo estás...¿no eras ecologista?... -Carlos le sonrió, el viejo comenzaba a caerle simpático, había en él mucho más que esa mirada penetrante e inquietante. Había sabiduría y estaba empezando a descubrirlo, así que se relajó y comenzó a disfrutar con las enseñanzas de Juanjo, al menos así se tomó él sus palabras- ...Cuando llegas a casa tienes que limpiarlas y dejarlas secar en otro trozo de papel, en un lugar seco y oscuro. Tres días después ya las tienes, entonces podrás ver y escuchar mejor. ¿Quieres aprender?, o ¿sólo eres un curioso?”.*

- Quiero aprender, pero supongo... -Carlos se vio interrumpido de nuevo.
- Supones que no tienes tiempo porque viniste sólo unos días acompañando a tu amigo... -y los ojos de aquel hombre fuerte, atlético, de pelo canoso y abundante, que a Carlos se le parecía a uno de sus ídolos de juventud, el cantante Iggy Pop, volvieron a buscar su mirada, hasta que teniéndola a tiro la atrapó una vez más: *una mirada milenaria* sintió de repente, y Juanjo que pareció

entender sus pensamientos, zanjó:- ...El camino se emprende cuando se emprende, mírame a mí -y acercando unos centímetros su cara sin dejar de taladrarle con los ojos, prosiguió:- Yo aún no llegué a ningún destino, sigo caminando y aprendiendo. -Hizo una pausa muy teatral estirando el cuello, y sin decir palabra se levantó buscó entre unos trastos y al fin manipulando un equipo de música arcaico (pensó Carlos antes de escuchar su sonido) comenzó a sonar la música.

- ¡Coño, King Crimson! -Dijo el joven al identificar una canción "Epitaph".
- "Confusion will be my epitaph" -el viejo sabía la letra de la tercera canción del disco "In the court of the Crimson King", pero inmediatamente volvió a centrarse en el tema- ...Un viejo cazador -ridiculizó esta palabra adrede-, que además escucha música y de la buena... -volvió a hacer una pausa, y le miró con una sonrisa burlona que buscaba complicidad: hasta encontrarla. Carlos sonrió y se recostó en el sillón. Juanjo pudo continuar:- ...y que sabe hablar inglés -y desviando su mirada liberando los ojos del joven, buscó su frente, la miró durante unos segundos y volvió a atrapar los ojos de su interlocutor-... y que además lee.
- Y ¿qué libros lee usted, Juanjo?
- ¡Sin usted! -protestó inmediatamente-, libros que hablen de historias de las que yo -y matizó ese *yo* con un tono enérgico y una pequeña pausa, que sin embargo no duró más que dos o tres segundos- ...pueda aprender. H. me enseñó, al igual que yo le enseñé a él muchas otras cosas -y en este punto pareció perderse en sus recuerdos, sus ojos liberaron a su joven amigo y se pusieron

a repasar vivencias mirando a un lugar que sólo debía conocer él... a H. y a mí, siempre nos unió esa búsqueda. Yo vine a esta aldea muy joven, pero no soy de aquí, soy de Cedeira, Galicia. Y fui marinero... pero esa es otra historia que ya te contaré –y volvió a mirarle a los ojos para soltarle, así, de golpe:-, el asunto es el siguiente: *tú tienes el estigma, mi amiguito.*

- ¿Cómo que tengo el estigma? –preguntó el joven con un tono escéptico.
- Que eres un ser único, llevas inscrita la marca de Caín –y al ver su expresión de sorpresa, volvió a levantarse para al rato volver con un viejo libro con algunas páginas sueltas que sobresalían de sus lomos raídos. El viejo lo abrió y sin buscar demasiado, dio con lo que andaba buscando y leyó textualmente:- “...*Si no fuéramos algo más que seres únicos, sería fácil hacernos desaparecer del mundo con una bala de fúsil, y entonces no tendría sentido contar historias...*” –volvió a cerrarlo y se lo entregó a Carlos – Léelo, y cuando lo hayas acabado sabrás de qué te estoy hablando con lo de *el estigma*. –Carlos se había quedado sin palabras, miraba los lomos del viejo libro y sin decir ni una palabra, su mirada daba las gracias que su voz muda por el impacto que el viejo estaba provocando en lo más hondo de su ser, no llegó a expresar en voz alta. Juanjo sin embargo, lo escuchó de algún modo y siguió a lo suyo- ...De nada, mi amiguito... Ese libro que tienes en tus manos es uno de los grandes.
- ¿A qué te refieres con grandes, Juanjo?
- A esos que no sólo te cuentan historias de las que puedes aprender, sino que además te cuenta *tu propia historia*, léelo y ya me dirás –y recostándose volvió a recordar- ...Recuerdo cuando H. me lo dejó,

recuerdo exactamente lo que me dijo: “*Ahora que te gusta leer, te dejo el mejor: “Demian”, del mejor de los autores: Hermann Hesse. Quizá en él descubras algo tuyo, ese estigma del que te hablo y que tú llevas en la frente, como yo.*” –y añadió:- ¡Cómo tú, mi amiguito!

- ¿Y eso de “mi amiguito”? –preguntó Carlos algo molesto por el diminutivo.
- Por que eres chiquitito –y volvió a acercarle la cara- pero aun así, tienes el estigma, luego eres mi amigo. Habrá que *enseñarte a crecer*. Mi amiguito.
- Lo leeré estos días, antes de regresar a Madrid te lo devolveré...
- No hace falta, es para ti –y el viejo volvió a levantarse, y desde el otro lado del salón preguntó:- ¿Quieres que hagamos una cena, bebamos y contemos historias?, ¿O...?
- ¿O qué? –preguntó Carlos, ansioso...
- ¿O prefieres vivir tu primera... *Experiencia?* – y sin darle tiempo a responder le hizo un gesto para que le siguiera, Carlos se fue tras él y ambos volvieron a bajar a la cuadra. En las escaleras, Juanjo dijo en voz alta: - Sería una pena quedarse a beber y a contar historias con lo llenísima que está hoy la luna.

Bajaron a la cuadra, Juanjo no dijo nada y preparó dos pequeñas mochilas. Abrió un tarro y de él sacó un puñado de setas secas, eran de la misma clase que antes le había enseñado. Carlos permaneció en silencio, su corazón redoblaba su latido curioso, y así, inmóvil y desbocadamente expectante, observó al viejo hasta que éste se echó a la boca unos cuantos hongos, y sin esperar respuesta, introdujo otra ración en la boca de Carlos. “No las masques aún. Déjalas en la boca un rato, saboréalas”. El joven le

hizo caso sin decir una sola palabra, de alguna extraña forma había sucumbido ante el poder que inspiraba aquel hombre, y ese poder tenía un nombre: confianza. Eso es lo que había conseguido en el rato que acababan de pasar en el salón.

Pasaron unos minutos que Juanjo aprovechó para calzarse, se fijó en el calzado de su joven amigo y no dijo nada al ver que llevaba botas de montaña: Carlos siempre las llevaba, y no es que fuera montañero o hiciera trekking, sino que le gustaba llevarlas. Sus pies se habían acostumbrado a la solidez de dicho calzado. Acto seguido se acomodó su mochila a la espalda y colocando en la forma correcta la del otro, concluyó antes de salir afuera: “Ahora empieza a masticarlas, y tritúralas bien, empápate de su sabor sobre todo bajo la lengua y después empieza a tragarlas lentamente, mientras caminamos”.

Y aquella luna llena que resplandecía más bella que nunca, les dio la bienvenida una vez estuvieron afuera.

- ¿Qué llevamos en las mochilas, Juanjo? –preguntó Carlos nada más emprender el camino que les llevaba por detrás de la casa, directamente a un espeso bosque que gracias a la luna, podía contemplarse en una parcial totalidad, la suficiente para saber que se dirigían a una foresta que desde allí no tenía límites, pues todo lo que podía verse eran montes y más montes, donde lo único que no era verde era el cielo azul oscuro de una noche de luna llena.
- Llevamos un saco...
- ¿Y para qué queremos un saco? –le interrumpió.

- Es que vamos a pasar la noche en el bosque. También llevamos: carne seca, agua, cuerda y un arma.
- ¿Carne seca?... ¿Un arma?
- Sí, Cecina, carne seca...-y sin detenerse, giró su cabeza hacia atrás y mirándole a los ojos, continuó- ¿No querías vivir tu primera *experiencia*?. Y antes de que vuelvas a preguntarlo llevas un machete, un arma necesaria para ir tranquilo por el bosque, aquí puedes ser cazador o si eres un tipo flojo... -y se volvió para observarlo de arriba a abajo, hasta que siguió hablando:- ...puedes convertirte en la presa... -su cabeza volvió a centrarse en el sendero, que unos pasos después, abandonó para internarse en la espesura.

Carlos le seguía atónito, al internarse en el bosque, el viejo dijo en voz baja y tono enérgico: “Si pisas exactamente sobre mis pasos, no tendrás problema”, el joven intentaba hacerle caso pero se le hacía difícil seguir los pasos del viejo, que se movía como pez en el agua por aquel terreno abrupto a más no poder. “¿Vamos muy lejos?”, preguntó el joven y torpe invitado al notar el impacto de varias ramas en su cara... “Deja de hablar y haz lo que te dije, sigue mis pasos, y para eso debes estar lo más despierto que puedas... ¡calla la boca, con la que hablas y también la de dentro, esa que tienes en la mente, y abre los ojos!”, pareció ordenar cuando Carlos se enredó en unas zarzas “¡joder, cómo pinchan!”, protestó éste.

Tras casi una hora de camino, de lucha constante con zarzas, ortigas, ramas, el suelo irregular y un sinfín de contratiempos para un chico de ciudad como Carlos, al que aquel tiempo se le hizo una eternidad , el

viejo se detuvo en una zona llana entre dos grandes troncos, uno de castaño y otro de un gran tejo, una roca que parecía unirlos les parapetaba y formaba una especie de pared, gracias a las dos columnas de aquellas ancestrales criaturas y a sus ramas, que cubrían el lugar haciendo las veces de techumbre. Parecía el sitio indicado para resguardarse ante cualquier adversidad meteorológica.

Juanjo se sentó colocando su mochila improvisando una especie de respaldo y allí se quedó recostado. Carlos, que comenzaba a escucharlo todo de un modo *extraño* lo miraba todo con la boca abierta.

Permaneció de pie un rato observando cada detalle: la humedad de la roca, sus destellos acuosos contrastando con el tono azulado de la luz que lo iluminaba todo de forma tenue, pero suficiente; el lugar donde la enorme piedra hacía frontera con el suelo, grandes helechos que parecían nacer de la unión de la roca con la madre tierra... Allí se acercó y metió la cara entre sus ramillas, permaneció con los ojos cerrados y tomó todo el aire que pudo meter en sus pulmones, algo maltrechos después del viaje. Una sonrisa de oreja a oreja se apoderó de él, cuando el viento como una extensión de su propia voluntad, hizo mover los helechos y Carlos se dio la vuelta y mirando a Juanjo que tenía su mirada puesta en el extraño comportamiento de su amigo, dijo como si tal cosa: “me están acariciando”.

El viejo sonrió y se limitó a dejarle hacer. Un impulso irreprimible se apoderó del joven, y se fue directo a uno de los troncos: al gran tejo que parecía estar esperándole -al menos así lo sintió él en aquel instante-, y se abrazó a aquel sabio ser. En silencio restregó su cara por la áspera piel del coloso y sin saber muy por qué, pero sin ningunas ganas de evitarlo...

De repente, se vio liberado del concepto ridículo y de otros muchos conceptos que ahora no vienen al caso, y rompió a llorar. Sus lágrimas se desparramaron cruzándole las mejillas, y desembocaron en el entramado de surcos que componía la corteza de aquel tejo milenario por su tamaño.

- ¿Qué sientes? -preguntó Juanjo, su voz parecía muy lejana, casi imperceptible, y su tono era extremadamente grave; no obstante a Carlos le pareció lo más normal del mundo, aún no era consciente de su nuevo *oído*.
- Tristeza... e insignificancia -respondió. Y entonces al escuchar su propia voz y la lejanía de la misma, se dio cuenta de que *algo había cambiado en su forma de escuchar el mundo*. Pero el viejo tomó la palabra sin dejarle preguntar siquiera.
- Lo que estás sintiendo no es... -y utilizó un tono de sarcasmo, que dados los nuevos parámetros auditivos, aquella voz: su lejanía y su gravedad, hicieron estremecer al joven, Juanjo pareció notarlo... lo que estás escuchando es nuestra verdadera voz, la que se escucha de nosotros en este mundo: en el bosque -y enfatizó haciendo un ademán muy teatral con las manos que abarcaban todo el entorno, al tiempo que el viejo se movía de izquierda a derecha con los brazos extendidos-. Verás, ahora estamos en el lugar exacto dónde recogí los hongos que hemos tomado, y sin decirte nada, tú mismo te has sentido atraído por el tejo... -volvió a hacer un gesto histriónico y recorrió con el movimiento de su brazo la longitud del tronco, empezó señalando el suelo (donde hacía días había recogido las setas, quedaban allí un buen puñado de ellas), siguió levantándolo y continuando su movimiento con la mirada se detuvo en sus primeras ramas, a un metro y pico o dos del suelo, y

entonces empezó una especie de baile acucillado en el que cada uno de sus brazos parecía extenderse a través de cada una de las miles de ramas del coloso... Escucha la música... -en forma extraña, Carlos, que había tomado asiento junto al viejo al que miraba atónito, empezó a menearse al son de una misteriosa melodía que fluía grave y rítmicamente desde sus pies y su trasero en contacto con el suelo de aquella selva. Era como si la tierra temblara de forma casi imperceptible, pero rítmicamente, un pequeño temblor que hacía bailar una extraña danza a ambos.

- Sí, lo noto -dijo el joven bailoteando con movimientos sutiles desde su vientre hasta sus brazos, la cabeza inmóvil y erguida-
- Pues ahora, déjate llevar y cierra los ojos... -y como si el tono de la voz cambiara súbitamente, el viejo concluyó en un tono irreal e imperativo:- ...¡y escucha!...

“... ¡Escucha!...”

Retumbaba repetitivamente un eco que inundaba la oscuridad iridiscente tras el telón de sus párpados tapiados.

Cientos de pequeñas *voces*, extraños sonidos en el umbral entre percepción y simple sensación, inundaron el interior de su cabeza. Los ojos seguían cerrados, pero la completa oscuridad del principio se tornó en imágenes intermitentes que lo llenaban todo con colores y formas diversas, extrañamente unidas entre sí. Colores imposibles y simetrías luminosas que se latían al compás de los sonidos que formaban una perfecta armonía poli-rítmica, su cadencia y la aparición-desaparición de las imágenes caleidoscópicas con cada nueva frecuencia auditiva.

Todo ello, tras sus párpados absolutamente cerrados.

Era como si una música compuesta de vocecillas indescriptibles, al ritmo de un extraño latir que él sentía bajo los pies y el trasero, hicieran ir y venir las imágenes que acudían tras sus ojos... “¿Te gusta este sitio?” - preguntó Juanjo, siguiendo el extraño ritmo que ambos podían distinguir. Carlos no respondió, sólo movió la cabeza en sentido afirmativo. Al notarlo, el viejo concluyó: “Pues es tuyo. Ahora eres responsable de este tejo, sentiste su tristeza, estás bailando con él y pronto te enseñará mucho más de lo que hayas podido soñar”. El joven no dijo nada, se limitó a escuchar las palabras sin asimilarlas pero comprendiéndolas. Se sentía pleno, lleno, rebosante de una vitalidad más allá de la simple fuerza, de la simple vigilia potenciada o no por cualquier droga. En ese instante sentía una especie de fortísima corriente eléctrica que ascendía a través de sus piernas, llenándole el abdomen y el pecho, y que continuaba como un latigazo a través de los brazos y la cabeza; tuvo que acuclillarse, pues *algo* tiraba de él hacia arriba, leve, pero intensamente. La corriente de *energía* colocó todo su cuerpo en una posición perfectamente tensa, todos sus músculos se encontraban trabajando, sus piernas semi flexionadas, el trasero hacia atrás y el abdomen contraído con el pecho hacia delante, muy estirado. Al contrario que el cuello, encogido en su parte trasera favoreciendo la posición de su cabeza que se encontraba estirada, con la barbilla hacia arriba y la nariz que parecía palpar el aire con sus dos enormes fosas nasales, que hasta ese día no habían estado tan abiertas, tan “*sensibles*”, tocando, palpando e identificando cualquier cambio, por nimio que fuera, en los aromas que jugaban con sus mil disfraces, a reinventar el aire de la foresta.

Los brazos curvados hacia atrás en tensión, mantenían semejanza a dos fuertes extremidades de cuyos extremos nacieran enormes y fuertes garras preparadas para cualquier contrariedad.

“Abre los ojos, ¡ahora!”, gritó una voz que tendría que ser la de Juanjo aunque en nada se le parecía.

...

Pero al mismo tiempo que Carlos y Juanjo habían emprendido su *extraño viaje*, Guille llevaba un rato en la casa de su padre, descifrando el contenido de tan enigmática caja fuerte.

Al entrar en casa, entornó los ojos y recordó...

Miles de escenas, él había crecido en aquel lugar apartado, el bus de la escuela paraba cada mañana justo donde había dejado su coche aparcado y le llevaba al colegio, dónde no aprendió ni una décima parte de lo que sabía de la vida: su padre y sus propias vivencias habían hecho el resto.

Se detuvo ante la puerta de entrada, quería empaparse de ese olor que le había acompañado a lo largo de casi toda su infancia. Un aroma dulzón que provenía de unos saúcos que siempre estuvieron allí: a la derecha de la entrada, pugnando sin batalla en completa simbiosis con varios avellanos, que compartían la riqueza de esa tierra con ellos.

Guille respiró, tomó todo el aire que fue capaz y exhaló su propio aliento antes de introducir la llave en la cerradura. Tras unos segundos de emoción y recuerdo, giró la llave hasta que la puerta quedó abierta de par en par.

No se entretuvo en dejar sus cosas en la habitación. Tampoco buscó a su padre. No olía a él, debía haber salido hacía unos días, pues se respiraba humedad. Nadie había ventilado la casa en unos días, y olfateando pensó *...nadie abrió las ventanas, al menos en una semana...* su padre siempre alabó su olfato, aunque él tampoco se empeñó en desarrollarlo como alguna vez le había insistido su *tío* Juanjo.

Pero no se equivocaba, hacía seis días que nadie había abierto las ventanas de la casona, desde que H. había emprendido su viaje.

Fue directo al estudio de su padre, abrió las ventanas, se sentó en el sillón del viejo, volvió a tomar aire como queriendo *saborear* algún vestigio que le recordara al él. Y tras un rato deleitándose en identificar cada uno de los olores que percibía, dio con el que buscaba, *...eso es, siempre fumaste el mismo tabaco de liar...* pensó al detectar un cierto aroma a vainilla que pululaba por la estancia. Su padre no usaba colonia ni perfumes de ningún tipo, pero su olor era un aroma muy característico, y ahí estaba... *Por fin te huelo, papá...* Algo quedaba de su esencia pululando por allí.

Y como si de un bálsamo se tratase, Guille respiró y respiró hasta que se vio inmerso en un estado placentero indescriptible, era como si H. fuera a aparecer en cualquier momento. Cerró los ojos y se lo imaginó allí junto a él. Tras sus ojos, H., estaba en silencio, inmóvil, sin hacer un solo

movimiento, tan sólo mirando a través de la ventana como tantas veces le vio hacer en su infancia.

Suspiró y abrió los ojos.

...Papá, ahora que vengo a buscarte...¿dónde estás?...

Buscó en el sobre que le había llegado a través del servicio postal, sacó la llave y la introdujo en la cerradura de la caja, la giró y por fin accedió a su contenido.

En el interior, había tres cintas de cassette, un montón de folios encuadernados, un CD grabado en el que sólo había escrita una frase sobre él: *“La Máquina Perfecta”*, y dos folios oficiales que certificaban la inscripción de aquel disco en el registro de la propiedad intelectual a nombre de su padre.

Y destacando sobre todo, una pequeña nota manuscrita por el viejo:

“Primero escucha las cintas, después el CD, y si aún te quedan ganas de seguir, por último lee los folios: son un libro que se editará en breve. Quizá después de hacerlo, entiendas a tu padre. H.”

Guille sintió esa nota como una despedida, algo crujió en su interior y un llanto le ahogó durante unos minutos. Mientras lloraba no dejó de pensar en su padre, como si éste fuera sólo un recuerdo.

Al fin, secó sus lágrimas de silencio y del cajón del escritorio del viejo sacó un grabador de cintas de cassette, introdujo en su interior la cinta rotulada con el número uno, y pulsó el play.

La voz de su padre inundó la estancia. Guille subió el volumen al máximo para escucharla mejor, era como si así pudiera tenerle más cerca.

Pero su amigo: el viejo, en definitiva: H., no estaba allí.

Y ahora él, le añoraba como nunca antes lo había hecho.

El argentino habló desde el aparato:

“Hola, hijo... ¿cómo andás? –comenzaba H.- ... Dentro de poco... bueno, ya sabrás que habré marchado...”

Y escuchó entera la primera cinta, que H. había grabado cuando comenzamos con esta historia.

Y una hora después, la cinta llegó a su fin cuando H. decía:

“...Y ahora te voy a explicar el porqué de todo esto...”

Y así terminó. Guille que se encontraba sobrecogido, tuvo que hacer una pausa para asimilar las palabras de su padre que de algún modo extraño, pareciera estar junto a él en ese mismo instante.

Tras unos instantes imprecisos en los que una sensación angustiada comenzaba a apoderarse de Guille, colocó la segunda cinta y pulsó de nuevo la tecla play. Su corazón latía doblando el tiempo.

La voz de su padre comenzó con su explicación:

“Bien, no sé cuándo escucharás esta cinta... –una gran pausa se prolongó durante casi un minuto, y tras ese tiempo, Horacio que pareció haber

reunido fuerzas para seguir hablando, dijo con palabras serenas, muy lentamente:- ... Hijo, tengo un tumor cerebral. Esta es mi despedida..."

A pesar de la claridad con que había escuchado aquellas palabras, Guillermo detuvo la reproducción del aparato, y de forma nerviosa rebobinó la cassette, quería volver a escuchar la cinta, pensó que así... quizá fuese otra la frase que escuchara... *No puede haber dicho tumor cerebral, debo haber oído mal... ¡mierda!*, su cabeza se negó a aceptar el significado de lo que acababa de escuchar de forma nítida. Volvió a escucharlo y lo paró de nuevo en el mismo punto.

Se levantó, llamó de nuevo por su móvil... *Coge el puto teléfono, viejo... ¡cógelo, hostias!...* pero nada. "Apagado o fuera de cobertura", decía la voz metálica al otro lado... "¡Mierda, mierda, mierda!", gritó una y otra vez, mientras se movía de forma nerviosa. Caminaba por la habitación de un lado a otro, hasta que en un gesto de frustración y dolor estampó el móvil, que saltó hecho añicos por los aires al impactar contra la pared de la estancia. Volvió al sillón y se derrumbó sobre la mesa de su padre, un llanto amargo con sabor a final, dio con sus lágrimas sobre el mismo aparato donde había escuchado la noticia, la terrible frase: "Hijo, tengo un tumor cerebral, y esta es mi despedida".

En ese instante, sus ojos se llenaron de un líquido doloroso, que todo lo vuelve acuoso al mirar.

Su mente, se llenó de imágenes pretéritas en las que el protagonista era el viejo, que le reprendía con dureza por algo malo que había hecho; su padre que le subía a hombros por el bosque tras una caminata en la que la lluvia les había sorprendido; Horacio, al que chillaba -sabiéndose sin

razón- y la reacción de éste, que se daba la vuelta dejándole solo; H., que estando solo sin ningunas ganas de tirar para adelante, supo ingeniárselas para hacer de él un hombre... o al menos lo intentó... *No soy un hombre, padre, sólo soy un niño llorón y caprichoso... papá...*

Entre sollozos, volvió a pulsar la tecla “play”, para así poder seguir escuchando las *últimas* palabras del viejo:

“... Pero vos, no sufrás... todo va a estar bien. Verás -y el tono de H. cambió, pareció cobrar una súbita alegría que de forma inconsciente contagió también a su hijo que volvió a erguirse, secó sus lágrimas y se fue al mueble bar a servirse una copa de cualquier cosa fuerte que pudiera haber allí. La reproducción seguía mientras él se servía un vaso entero de caña, un licor argentino que al viejo siempre le había gustado beber con nostalgia. La voz continuó- ...Verás, una de las cosas que he logrado con el tiempo, es a no estar seguro al ciento por ciento de qué es realidad y qué no. Nunca te engañé, eso lo sabés, o deberías saberlo. Quizá por eso reñimos tantas veces, porque no te eduqué como suele educarse a los niños, inventándoles un mundo dulce y delicado para que luego más tarde, al crecer, se den de bruces con la realidad de esta mierda de existencia, en la que cualquier cabrón con algo de poder puede cagarte la vida con sólo un chasquido de dedos... ¡plas!, y todo por lo que luchaste se va al carajo; así, sin más...

No hijo, yo a ti no te engañé. Nunca, ni siquiera cuando ya crecido, me preguntabas si en verdad el *busgosu* existía, o era sólo una leyenda que yo usaba para enseñarte... ¿Recordás?, vos te enfadaste conmigo el día que te dije: el *busgosu* no es mentira, pero está en otra realidad, es el espíritu del bosque, y no puedo decir de forma tajante que tan sólo sea una

invención... ¡Recordás! –Guille lo hacía, sabía de qué estaba hablando el viejo, era muy chico y entonces sintió una decepción muy grande cuando su padre, ¡que nunca le había mentido!, no fue capaz de confesar que todas sus historias en las que aparecía ese personaje que protege los bosques eran invenciones, y que en realidad el busgosu, sólo era una leyenda- ...Hay muchas cosas que no sabemos –prosiguió la voz de H.- ...Una de ellas es qué es realidad y qué no; Juanjo te podría enseñar muchos secretos, que cuanto menos, te harían dudar de ese concepto sólido al que llamamos realidad. Aquel día... recuerdo que era tu cumpleaños, aún eras un crío...- *No recuerdas mal, padre... no...*- te dije que el busgosu, no era real en este mundo, pero que en el de los sueños, sí lo era. Que yo soñaba con él, y como yo no sabía nada con certeza acerca de la materia de la que se componen o se nutren los sueños, no pude decirte de forma rotunda que sólo era una invención... una leyenda. No me perdonaste aquello, lo sé... pero yo no te mentí, en mis sueños, que poco a poco he intentado interpretar, anotar y de algún modo descifrar la voz de ese ser, me da igual el nombre que le pongas, un ser del bosque, una especie de demonio que llora porque ve que su mundo (el mundo ancestral en el que el hombre sólo es un pequeño invitado), se está desmoronando. Y bosques, selvas, especies animales, el aire, el mar... todo, cae ante el zarpazo de hombres codiciosos.

Es por ello, porque un día hice un trato con este bosque... –Guille miró a través de la ventana, la luna llena perfilaba la silueta de toda la foresta... mis huesos alimentarían a sus criaturas una vez que ya no caminara por este mundo, como de hecho estará sucediendo en ese instante: ahora, cuando estés escuchando esta cinta...”

Guille oía todo como si con él no fuera la cosa, seguía recordando la imagen del viejo, una y otra vez, en distintas situaciones, pero en ningún caso tenía la sensación de que aquello fuera en serio. Sonreía, pensando en una broma urdida por su padre, algo que éste hubiera planeado para que su hijo *espabilara de una vez por todas*. Pero una frase que destacó del resto le hizo poner los pelos de punta, devolviéndole a la realidad: que el viejo ya no estaba en este mundo.

“...Hace no mucho soñaste conmigo, ¿verdad? Una cueva y un extraño ser que lloraba. Era el busgosu. ¿Un sueño? -preguntó la voz grabada en un tono socarrón- Pero aquella noche yo ya no estaba entre los vivos... ¿recordás?...”

Guille lo hizo, y repasó las escenas de ese extraño sueño, y sintió un escalofrío que le recorrió hasta el último poro de su piel. El concepto realidad había dado un giro de ciento ochenta grados, *...¿de qué estás hablando, viejo?...*, *¿cómo puedes...?*, *¿cómo pudiste tú saber eso?...* y sin preguntarse nada más, centró su atención en lo que la cinta seguía diciendo:

“...La noche en que acabaste tu gira estuve en casa de mi ñiery. Fui a despedirme, y él pensaba, -debe seguir pensando- que fui a Argentina. Cuando leas el libro que está en la caja lo entenderás. Pasé estos últimos tres años recopilando información sobre un personaje muy oscuro, uno de tantos torturadores que no fueron juzgados tras la dictadura. Su familia debe estar al tanto de que se anda investigando y es por ello todo este misterio de la llave, de que Juanjo guardara todo hasta tu llegada y del secretismo que encierra toda esta historia. Esa gente sigue teniendo poder y

ningún heredero de un torturador va a aceptar de la noche a la mañana, que el pueblo ponga en tela de juicio la procedencia de su posición privilegiada y sobre todo: su fortuna. Este tipejo, torturó, traficó con los hijos de sus propias víctimas y salió ileso después de todo. Ya sabrás qué hacer con él. Tú conoces gente, editoriales, y aunque los odies, debes utilizarlos para que la historia de ese personaje infecto, se conozca en toda su plenitud. Para que se haga justicia y todo el mundo sepa qué hizo el tipejo y otros como él, que hoy en día siguen en libertad y ocupando altos cargos en mi país.

Bueno, me despisto, te estaba hablando del bosque de mi trato con él... En soledad, y sobre todo en la compañía de los árboles, he podido *saber* que lo que llamamos realidad, no es más que una pequeña parte de otra mucho más amplia de la que se puede tener conciencia, a poco que te alejes de las prisas del mundo civilizado y de las comodidades de esa civilización que está a punto de aplastar los últimos vestigios de la madre tierra, a la que a partir de ahora llamaré por su nombre: Gea. Un nombre antiguo que la describe, no como un planeta, sino como un gran ser multi celular, que crece, que sufre, que se enfada, que en definitiva: ES.

En el bosque, algunas veces junto a Juanjo, él me presentó ese *otro mundo*, y otras muchas en la soledad más absoluta. De veras le he perdido miedo a mi propia muerte. Sé que mi cuerpo estará pudriéndose cumpliendo el trato: alimentando con sus huesos esta misma foresta. Pero yo estoy ahora contigo hasta que acabes de escuchar lo que tengo que decirte, luego: seguiré mi camino, sea el que sea.

De algún modo, la vida y la muerte sólo son parte de un ciclo que se repite de igual forma en nuestra vida cotidiana y *real*, un ciclo en el que

despertamos y dormimos, subimos y bajamos, nacemos y morimos. Pero al entender otras *realidades*, como los sueños, como las brumas, como los crepúsculos en medio del bosque, como esos instantes en los que no somos capaces de distinguir entre sueño y realidad, como esas intuiciones que todos tenemos, esas *sensaciones* al pasar por un determinado lugar, esas tantas cosas que no entendemos y de las que huimos despavoridos, que de forma irresponsablemente ignorante llamamos *irrealidades*...

En definitiva, al entender que todo es igual de *real*, empiezas a percibirlo todo de una forma más completa, menos egocéntrica que aquella que dice: "Si no lo veo: no lo creo, luego es irreal", y es entonces cuando te das cuenta de que la vida, como la energía, ni se crea ni se destruye, sólo se transforma. Y mi muerte, alimentando ese mismo bosque en el que aprendí, se transformará en vida para otras criaturas de las que en ese mismo instante formaré parte. Parte de mi esencia estará en ellas, estoy en el bosque esperándote pero no busques mi cadáver, déjalo pudrirse, respeta mi pacto.

Lo importante es que *mi esencia* no ha muerto.

Acabo de despedirme de Juanjo. Vine a casa y lo dejé todo preparado, he cogido una mezcla de amanita muscaria y faloides, cuya dosis he calculado previamente para morir a la vez que inicio un *viaje*.

Y ahora iré hasta una caverna, un lugar de este bosque en el que nadie, excepto tú, podrá encontrar mi cuerpo. Espero que tardes bastantes días y que para cuando llegues a encontrarlo, haya sido devorado por los animales que son el mejor ataúd que puedo imaginar. Por favor, déjalo allí, no hagas lo que los borregos y gastes en un entierro.

¿Recordás el cuento del espíritu de la caverna?."

En ese punto la cinta se detuvo, había llegado al final.

Guille, no tuvo fuerzas para seguir y comenzó a atronarle la cabeza, *No puede ser... esto es un puto sueño... esto no puede estar pasando...* y sin pensarlo, salió de casa y comenzó a caminar sin dirección.

Afuera hacía frío, la noche había clareado y sin la protección de las nubes, el viento le pasaba una y otra vez, en una sensación que él percibía en forma ambigua. Por un lado, estaba el frío que provocaba cada nuevo soplo, y por otro una sensación familiar como si en el viento estuviera protegido, como si su padre le estuviera rondando. Sin buscarlo a propósito, su mente había dejado de emitir pensamientos, voces o imágenes y se encontraba en un completo silencio. Caminaba como un autómatas con la mente en blanco, dejándose guiar por cada latigazo en forma de aire enfurecido.

Y caminó ensimismado, como ido, adentrándose más y más en la foresta.

...

En otra parte del bosque, su amigo abrió los ojos de repente:

Al hacerlo, Carlos, que ya no era él mismo sino parte de una energía que lo traspasaba y fluía a través de su cuerpo en tensión, contempló ante sus ojos atónitos un mundo diferente al *normal*. Mirara adónde mirara, contemplaba la silueta de los objetos *reales*: árboles, plantas, rocas, sus propios brazos, la figura de su viejo y extraño amigo...

Todo unido entre sí por una corriente iridiscente que lo entramaba todo en su constante y rítmico fluir. Era como si todo lo que viera, estuviera interconectado, unido y alimentado por una corriente visible de algo parecido a un agua azul y brillante, que se movía con inusitada fuerza a cada temblor proveniente del suelo. Un extraño corazón, que a cada latido hacía correr ese agua deslumbrante, invisible a los ojos *no iniciados*, que fluía a través de todo a través de una especie de canales iridiscentes que lo mantenían todo entrelazado.

Carlos comprendió al instante, que estaba teniendo la *alucinación* de estar contemplando el fluir de una supuesta sangre de un supuesto ser, a través de unas supuestas venas que parecían no tener fin.

Y él, era parte de todo ello.

“Sentiste su tristeza... y tu insignificancia...”, comenzó a decir la voz grave de su amigo “Ahora estás viendo la vida tal y como es, nuestra realidad tan solo es una parte *ínfima* de la realidad que nosotros, *pequeños seres insignificantes, engreídos y egoístas*, no aceptamos por no entenderla. Nos creemos tan importantes que aseguramos saberlo todo, cualquiera que me oyese, diría: viejo chiflado. Y tú, mi amiguito, ¿qué crees?”.

Carlos, que en ese instante escuchaba sus palabras como si de lo más importante del mundo se tratase, se volvió hacia él –hasta ese instante había estado a sus espaldas-, y pudo ver con claridad la figura del viejo irradiando una luz intensa en forma oval, agrandando su entorno unos diez centímetros por cada lado, en la parte de la cabeza prolongaba aún más su figura, allí la luminosidad irradiaba más allá de los veinte o treinta centímetros. Sin embargo, entornando un tanto los ojos, pudo distinguir

con claridad una imagen parecida a aquellas que en láminas de la escuela nos muestran el entramado de nervios y venas de un ser humano, la diferencia es que no eran rojas ni azules, ni siquiera seguían la disposición habitualmente estudiada –pues no eran ni venas, ni nervios-, y a través de ellas fluía una luz azulada. Esa misma sangre de la tierra que parecía tener varios epicentros en el cuerpo de Juanjo, pues al fijar la mirada en su abdomen, en las palmas de sus manos, o en su frente, la energía – llamémosla así-, se arremolinaba y parecía pasar por una especie de torbellino en forma de espiral, hasta que liberada nuevamente: seguía su cauce rítmico.

“A mí me parece que estoy alucinando”, dijo súbitamente el joven cuando *vio* de nuevo al tejo. No habría palabras para describir aquello, pues aquel coloso, parecía la unión entre cielo y tierra... “El maestro del bosque”, dijo en voz alta.

Y después de una pausa prolongada un tiempo incierto, que dedicó a la contemplación de aquel ser del que hasta ese día, ni siquiera había sabido su nombre, Carlos concluyó:

“Evidentemente, no es real... ¡pero es fantástico!”.

Una pausa, como un parón lo inundó todo. Y de repente, así... ¡de golpe!, todo volvió a la normalidad. Juanjo, que ya no irradiaba ninguna energía, luz o lo que fuera, se incorporó hasta ponerse delante del joven y le habló con su habitual voz *normal* en un tono de reproche, pero que denotaba a la vez comprensión, como cuando un anciano le habla al niño a sabiendas de que el pequeño, está equivocado, pero lejos de la ira por la experiencia que avalan sus años:

“¿Tú sabes qué es realidad y qué no...?. ¡Qué listo eres, mi amiguito!

Has visto.

Y lo quieras aceptar o no, tú mismo eres energía que fluye a través de todo el bosque, eres nada y a la vez lo eres todo. Y aunque pienses que todo es una alucinación, ahora estás repleto de esa...energía. Creas o no en su realidad, lo seguro es que le debes algo al tejo, hiciste un trato con él: debes ser su protector y él te dará lo que necesites: ese es el trato. Eso es la magia.”

“¿Puedo verlo otra vez, Juanjo?” preguntó Carlos con el mismo tono que emplearía un niño pequeño.

“Cierra de nuevo los ojos y olvídate de tu absurda e incompleta idea de la realidad, eres insignificante... recuérdalo”

Y ese “*recuérdalo*” se repitió una y otra vez en su mente, hasta que por fin volvió al punto inicial en el que imágenes y sonidos latían fluyendo al unísono.

Entre tanto, la voz de Juanjo se hacía cada vez más lejana:

“Te voy a dar una lección, para que distingas la realidad de una vez por todas, te voy a poner en contacto con una sombra que a todos nos acecha. Ella espera que sucumbamos para tocarnos y llevarnos lejos de nuestro cuerpo, y siempre, siempre, está junto a nosotros...”

Las palabras cada vez más lejanas del viejo, producían una excepcional expectación en el joven. Una sensación de alerta absoluta que lo mantenía en un estado óptimo para estallar en cualquier momento, ante cualquier señal, y sin embargo, no sentía ningún miedo, era... otra cosa.

El viejo continuaba:

“En el momento en que sepas que esa sombra de la que te hablo, está ahí, que tu muerte te está acechando a cada instante, todos tus actos en la tierra, tendrán otro cariz... Será como si hicieras cada cosa a sabiendas de que puede ser la última que hagas en la vida, porque tú la has visto. Sabes que está esperándote, y sabes que cuando sucumbas, con sólo estirar el brazo, te tocará. Esa sombra se llama “tu muerte” y tienes que perderle el miedo, pues ahora que sabes que está ahí, que puede llegar en cualquier momento y tocarte y dejar entonces tu cuerpo como una cáscara vieja... y si ahora que HAS VISTO, no sabes que esa energía que ahora sientes por vez primera en tu vida, que ese fluir es simplemente el aliento de la madre tierra que te admite como parte suya, dejarás de formar parte de él y entonces morirás. Si sabes ver la realidad y te entrenas para ello, cuando te toque la sombra y mueras, podrás seguir el cauce de la energía.

¿Crees que alguna vez morirás, ahora que sabes lo que es serlo todo a la vez?...”

“Eso sí que no puedo admitirlo, Juanjo”, se encontraba diciendo Carlos cuando abrió los ojos de nuevo, para ver de nuevo *con normalidad* el mundo alrededor suyo... Aunque faltaba algo, un detalle...

“¿Juanjo?”, empezó a gritar nervioso, el viejo había desaparecido, aunque quedaba un pequeño eco de su voz, que iba extinguiéndose en la lejanía de la foresta que en ese instante empezaba a llenarse con pequeños trazos densos y espesos de niebla blanquecina, el eco le decía:

“Una lección: si te fías de tu realidad, no saldrás del bosque. Si miras y escuchas como te acabo de enseñar, puede que salgas con vida... ¡cuidado con tu sombra!, mira a tu izquierda, mi amiguito”.

Un miedo terrible se apoderó en aquel instante de todo su *ser*. Había perdido esa capacidad de verlo todo en forma distinta. Ya no estaba *alucinando*, así que intentó racionalizar su conducta y tranquilizarse, todo ello, por supuesto sin mirar a su izquierda.

Pasó un buen rato recopilando fuerzas para comenzar a moverse, y sus ojos no dejaban de mirar al frente, su mente repetía una y otra vez: *sólo son alucinaciones, no hay nada a mi izquierda. El viejo quiere reírse a mi costa, además no tiene que andar lejos, no dejaría que me pasara nada. Yo no conozco esto...* y como si el niño comprendiera la situación, un grito desesperado de auxilio nació de su garganta, terriblemente reseca, las palabras dolían al ser gritadas: “¡Juanjo, ¿Dónde está?!” , gritó una y otra vez en vano, porque alrededor suyo sólo había niebla, una espesa bruma que impedía cualquier visión fidedigna del terreno por dónde caminaba.

Hasta que al fin, se armó de valor y miró a su izquierda.

Lo que *vio*, le hizo correr tan rápido que poco le importaron las tres vueltas que dio rodando al tropezar con una rama. Una vez se incorporó y sin haberlo planeado antes, abrió los ojos de *aquella otra forma* que su amigo le había mostrado, y así pudo seguir un flujo de energía, que a través de la espesa niebla marcaba un camino iridiscente, que siguió con un paso inusitadamente ágil sin sufrir el menor incidente.

Poco más tarde, agotado y exhausto, vislumbró las luces de una casa. Era la de Juanjo, corrió hacia ella, no sin antes echar una última mirada a su izquierda: al bosque del que salía.

Entre los árboles, creyó distinguir una sombra, un extraño cambio de luminosidad, una zona por la que no pasaba ninguna luz, ningún rastro

de energía circulaba a través de dicha penumbra con forma humana, opaca y oscura, de la que nuevamente huyó.

Al entrar en el salón de la casa, Juanjo se encontraba sentado en su sillón y sin inmutarse, cuando el joven se dejó caer literalmente enfrente suyo, dijo así como si tal cosa:

- ¿Y si te dijera que yo no me moví de este sillón, que llevo esperando todo este rato a que regreses del bosque al que quisiste ir tú solo?
- ¡Me está usted tomando el pelo, señor Juanjo!
- Sin el “usted”, mi amiguito sin el “usted” -y una extraña risa, le hizo de eco.
- ¡No entiendo una mierda! -zanjó Carlos que estaba demolido física y mentalmente, como para seguir pugnando con el viejo- ¡jodido matusalén! -concluyó entre risas.
- En cualquier caso, tienes un trato con el tejo. Con todo este bosque. No lo olvides y descansa... ahora que tuviste el *privilegio* de ver a *tu muerte*, nada será igual en tu vida: -y la voz del viejo, tomó repentinamente un tono distinto, y sus palabras se escucharon por encima de cualquier otro sonido en el mundo:- Ya no dejarás las cosas importantes para mañana... ¿cómo, si podría tocarte tu sombra antes?, y dejarás de hacer cosas sin importancia, ¿para qué?, si sabes que en cualquier momento puedes morir. ¡Esa es la verdadera lección!- y mientras iba a por una manta para tapar al *niño* que acababa de temblar ante esa *otra visión*, terminó por decir:- Demasiado para ti en una sola noche, mi amiguito -y arropándole con ella, se fue de allí, apagando la luz de la estancia-.

Carlos se durmió pensando en el bosque, olvidándose de la sombra a la que había dejado atrás, y con la imagen iridiscente de aquel extraño viejo y la energía arremolinándose en forma de espirales en puntos concretos de su cuerpo. Este fue su último pensamiento antes de dormir definitivamente, acompañado de un eco, que repetía una y otra vez:

“¡Jodido matusalén listo!”.

No muy lejos de allí, en medio del bosque, Guille se detuvo a la entrada de una caverna medio oculta por zarzas y helechos, situada en el saliente de una gran roca que sobresalía en aquella foresta.

Su mente seguía en blanco, y sólo así pudo *intuir* una voz ajena por completo a la que siempre le hablaba desde su interior, y escuchó con claridad: *“Para qué entrar si sabes lo que hay dentro, vuelve a casa”.*

El joven, se espabiló al instante y de repente sintió la crudeza de la noche. Un frío intenso le recorrió la espina dorsal como un arañazo, su cuerpo se encogió hasta agarrotársele todos los músculos y tras una última mirada a la entrada de la caverna, dio media vuelta y comenzó a andar con paso tembloroso pero rápido.

No sabía con certeza cómo había llegado allí, sin embargo conocía el camino de regreso, lo había caminado miles de veces. Tras un tiempo

que le resultó excesivamente largo, llegó de nuevo a su casa que permanecía con la puerta abierta de par en par.

Una vez dentro, se apoyó contra la puerta al cerrarla y así permaneció un buen rato. Tiempo que dedicó a poner en orden sus ideas y a volver a tomar las riendas de sus pensamientos...

Queda una cinta por escuchar.

Sólo quería pensar en esto, *instintivamente* sabía que racionalizar todo aquello, no habría traído nada nuevo, así que se entregó a la aventura que su padre pareció haberle dejado como el mejor de los testamentos: *una herencia mágica.*

Acto seguido, volvió a la estancia y evitando pisar los restos de su teléfono móvil, regresó al sillón. Se sentó, y tras introducir la última cinta de cassette, inició su reproducción, aunque la pausó para esperar unos minutos antes de escuchar el final de la historia.

Dedicó ese tiempo a *imaginar* otros lugares iluminados por la misma luna que alumbraba aquella noche desoladora, triste y mágica a la vez.

La luna llena iluminaba la casa.

Iluminaba todo el bosque.

Iluminaba las montañas que aíslan Asturias del resto de la península, y más al sur, iluminaba la meseta castellana, toda esa "Castilla ancha".

Más y más al sur, en el centro de la famosa "piel de toro",

iluminaba las montañas que dividen el altiplano en dos partes.

Iluminaba los miles de chalets en su cara sur.

Iluminaba toda la enorme mole compuesta de: asfalto, edificios, luces innecesarias, monumentos, parques, aceras y miles de coches a la que llamamos Madrid.

La luna llena iluminaba también la ventana del apartamento de Viky, que apilaba información para un nuevo caso que por supuesto le había conseguido su padre. Una empresa que tenía que pasar por una auditoría para que certificaran que en efecto, cumplía la normativa medioambiental vigente. Ella debía asesorarles para que no sobrepasaran los límites legales en cuanto a vertidos.

En definitiva, era ella la encargada de indicarles hasta dónde podían contaminar, qué límites no debían exceder.

Y mientras recopilaba toda la información necesaria para su trabajo, pensó en que nunca podría ir contra las grandes corporaciones y detener así la regresión del planeta, vaticinaba con frustración que jamás podría decirle a su padre “ves, ya no dependo de ti”, y suspirando al tiempo que apuraba un café a medio beber, se olvidó de sus pensamientos y aceptando su destino, se puso manos a la obra: “el trabajo por mezquino que sea, es lo primero”. Eso, quizá fue lo único que aprendió de su padre...

Y también que “ponerse a mirar a la luna era una pérdida de tiempo”.

Antes de sumergirse en sus papeles, Viky se levantó, y desoyendo por unos segundos, las enseñanzas de Héctor el triunfador, le echó una última mirada... y al fin, cerró su ventana.

“A trabajar”, pensó, y así la luna dejó de fijarse en ella.

Porque también iluminaba las urbanizaciones de las grandes mansiones. En una de ellas dormía el padre de Viky y quizá estuviera soñando con su hija, o con el hijo de su amigo inglés, o quizá soñara con unas mulatas vestidas con ropa interior sirviéndole whisky en un enorme vaso, o quizá lo hiciera sentado en un

sillón más grande y lujoso que el que ocupaba ahora: vicepresidente, en grandes letras doradas en la puerta de su nuevo despacho. O quizá tocaba su gibson les paul en un gran escenario ante mucha gente...

o quizá...

Sólo dormía la mona y por supuesto, no soñaba.

La luna redonda, grande, bella y burlona, también iluminaba las otras urbanizaciones, no tan lujosas, que forman hileras compuestas por decenas de casas idénticas, y en la cama de una de ellas, alguien encendía súbitamente una luz y le decía algo al oído a su chico:

- *¿Qué soñabas, cariño? –preguntaba Diana.*
- *¿Para eso me despiertas, joder? –gruñía Dani.*
- *En serio, ¿con qué estabas soñando? –insistía.*
- *No lo sé –repuso Dani de forma cansina-, en serio que no lo sé –y se acurrucó tapándose la cabeza con la almohada para que la luz no le impidiera volver a dormir.*
- *Pues yo soñé que teníamos un hijo –y Diana dio un saltito en la cama y su voz se dulcificó hasta la ñoñería- ...¿te imaginas, cari? –y como no hubo respuesta alguna, insistió quitándole la almohada-, ¿Por qué no tenemos un niño?*
- *¡Joder, Diana! –Dani se incorporó al fin-, ¿Cómo un niño?*
- *Un niño, mi amor, ¿qué no entiendes?*
- *Pero... ¿Cómo vamos a tener un hijo ahora con el lío que tengo en el curro?, ¿con la inseguridad de...?*
- *Un niño, mi amor –repitió como si no escuchara-, ¿eso nos uniría más!*
- *Pero si nosotros estamos... –y el manager hizo una pausa, y pensó en ciertas ventajas: él viajando, ella en casa sin insistir en acompañarle a*

cualquier concierto. De repente cambió de expresión y le dio una alegría a su chica:- si es porque tú te sientas más plena, ¡sea! –zanjó en un tono salomónico.

- *¡Te quiero tanto, mi amor! –y Diana lloró de alegría y se abrazó a él.*
- *Y yo a ti, durmamos.*
- *¡Un niño! –exclamó Diana llena de gozo.*
- *Sí cariño, o dos, pero apaga la luz mi cielo.*

En barrios más humildes, también brilla la luna. La luna llena a la que algunas ventanas miran indiscretas en la noche, soñadores que atrapados en las redes de un mundo trampa, pasan horas mirándola olvidando por un momento su vida unas veces plena, otras, triste y dolorida por miserias y penurias propias o ajenas.

La ventana de Andrea no tenía cortinas, a ella nunca le gustaron, en su lugar intentaba colocar– si el dinero se lo permitía–, estores de esos que se pueden subir, bajar y hasta girar para dejar entrar una luz tenue que se cuele entre sus laminillas. Esa noche, el estor estaba completamente subido, y la cara de Andrea no dejaba de contemplar una risa en la faz de la luna.

Esa noche no había podido dormir, seguía en vela pensando y pensando, tenía la extraña sensación de que el mundo tal y como lo conocía iba a derrumbarse de un momento a otro. Recordó una a una todas las tragedias del último verano, Perú, India, las inundaciones en Inglaterra... y las del otoño, que en ese momento, inundaban todo el levante, y el sur de la península, en las islas Baleares... y una lista de etcéteras no sólo interminable, sino también descorazonadora. Y sin embargo, sentía alegría porque no le había tocado a su gente. Y pensando en ellos, en México, todo perdió importancia, pues se cruzó la sombra de Carlos. El presentimiento de que el mundo iba a cambiar mutó, y se sintió ajena a todo, pues

un sentimiento de bienestar la inundó cuando pensó que quizá fuera su mundo el que iba a cambiar, algo parecido a la incertidumbre de un niño ante su primer viaje lejos de la protección de sus padres. Un sentimiento mezcla de miedo y curiosidad y por supuesto impaciencia, le llenó la cabeza de preguntas.

Pero no las hizo caso, su cerebro contempló esa sonrisa con la que el astro noctámbulo reía maliciosamente y sonrió ella también.

Entonces sólo quedaron las respuestas:

“Voy a buscar otro trabajo, no vine aquí nomás a servir”.

“Mañana mismo llamo a Carlos, y si le cae, me voy donde esté.”

En un lugar cercano, en el mismo barrio, en Vallecas, dormía profundamente Ángel, el tío de Carlos, que de seguro andaba en sueños por un mundo en el que no se levantaba cada día a las siete de la mañana. En el que no había clientes a los que hablar del tiempo, en el que no había cierre metálico que cerrara uno a uno todos sus días, en el que no había un televisor ante el que sucumbir cada noche... De seguro, en el mundo de sus sueños, no habría esclavos que repitiendo sus rutinas una y otra vez, pagaban en silencio una condena, que ellos mismos eligieron un día sin saber lo que hacían, o quizá sin pensar que sería precisamente esa condena, esa rutina, algo que a base de repetirse de forma implacable daría con sus huesos cada noche en la cama, donde el simple hecho de dormir, ya era suficiente premio.

De seguro, Ángel estaría soñando con un mundo en el que él, sí viviera.

En otro lugar, en otra ciudad no muy lejana, Omar miraba la luna absorto y las únicas palabras que llenaban su mente embebida por la imagen blanca, inmensa y desolada del astro reina, eran:

“ESPERANZA”

“HASTA LA VICTORIA”

Y el título de una redacción:

“MI PUEBLO SE LLAMA TIERRA”.

La misma luna llena, tenía en vilo a Jaime, que andaba lejos de su cuerpo en uno de esos sueños en los que uno no sabe muy bien dónde está, pero está, aunque su yo real duerma placidamente en la cama. Él volaba formando parte del viento, disfrutando de cada movimiento del aire que traspasaba su esencia a cada nuevo soplo.

En su sueño, la tierra seguía amenazada. Sentía su furia, pero este sentimiento no le atemorizaba pues él. En aquel mundo de sueños era parte de Gea, y como tal, los asuntos terrenales de sus congéneres en la vigilia, poco le interesaban. A él hacía ya mucho que no le preocupaba la idea de su propia muerte, era consciente de que llegaría un día de estos, por eso dormía tranquilo y soñaba -o sabía- que pasara cuando pasara, él regresaría a ese lugar por el que en aquel instante volaba en sueños: al viento.

Y el viento flirteaba con la luna bella, hacía correr a las nubes una tras otra, una encima de la otra, hasta que de una confrontación entre ellas, la furia de Gea cayó sobre la tierra en forma de rayos, y el cielo empezó a desplomarse en un llanto desolador acompañado de gritos desgarradores y estallidos luminosos que lo encendían todo con cada rayo, con cada relámpago, con cada trueno.

Un espectáculo que ningún artefacto pirotécnicamente asqueroso, podrá superar jamás.

Bajo la tormenta que se tragó a la luna, la casa donde Guille creció.

De repente, éste, decidió que ya era la hora de escuchar el final. Despulsó la tecla rotulada como “pause” y la cinta comenzó. En ese mismo instante, afuera, empezó a llover a mares:

“Bien, ahora ya sabes la verdad. Y conociéndote, probablemente hayas ido a la cueva, donde debe estar descomponiéndose un cadáver que antes era yo. Pero ves, ¡y ahí está la magia de la vida! –recalcó la voz-, yo sigo aquí explicándote todo este lío, y quizá ...- y la voz hizo una larga pausa, que a su hijo se le hizo eterna- ...bueno espero que sí, que hayas llegado a tocar fondo. Y entonces, todo esto te venga de perlas... –y la voz de H. rió desde el otro lado de la cinta, o desde el otro mundo si se prefiere... ¿Sabés qué me decía *el busgosu* en mi sueños?... me lo repitió una y otra vez en estos últimos años, noche tras noche... ¿Sabés qué decía?...”

- No joder, dilo ya –gritó Guille, que iba a servirse un segundo vaso de licor. Y la grabación siguió su curso:-
- “... No, mejor descúbrelo al escuchar el disco, en la canción que le da nombre... ¿Qué disco?, dirás tú... mira en la caja fuerte...” –la voz hizo otra larga pausa en la grabación.-
- ¡Coño, éste disco! –Guille estaba sujetándolo con la mano: “*La máquina perfecta*” escrito sobre su superficie.
- “... Utiliza el equipo de música de esta misma habitación... ¿Estás en el estudio, verdad?...”
- Claro que estoy aquí, papá –Guille no se paró a juzgar su diálogo con una grabadora, no le dio tiempo a preocuparse por su salud mental, tenía que escuchar ese maldito disco ya. Al fin lo puso y comenzó a sonar-... ¿Pero?... ¡Coño, si es...!

“...Son canciones tuyas, ¿recordás?... Vos hacías una música bárbara, hasta que marchaste a cantarle a las masas. Dedicué algún tiempo a rescatar trozos de canciones tuyas, de esas que tocabas sólo por el placer de hacer buena música, de esas que te hacían *sentir vivo*. Y así, convertí esos fragmentos en canciones. Yo mismo grabé el disco instrumento a instrumento: dos meses en los que saqué lo mejor de tus antiguas canciones. Y les puse unas letras en las que creo, que canté yo mismo como podrás escuchar. Ahí lo tienes y en el ordenador lo tienes todo por pistas, puedes regrabar el instrumento que quieras, y yo que tú, cambiaría tu voz por la mía, creo que tiene mucha más fuerza.

Ese es mi regalo, es para ti, mi mejor herencia. Un disco hecho con canciones tuyas, letras mías y que está registrado a mi nombre, con lo que en el caso de tener algún pleito con las ratas, podrás tocar sin que ellos te puedan parar los pies o quieran ganar guita con ellas. Si estás cansado de Anti-System –y puso un tono que denotaba asco-, aquí tienes otro proyecto al que dedicarte. Necesitarás a músicos de verdad, seguro que tienes amigos a los que también les gustan *nuestras canciones* pero esta vez, rodéate de *personas*... No de ratas...”

En la cinta volvió a reinar el silencio, al otro lado, H. buscaba las últimas palabras que iba a decirle a su hijo, y Guille, lo escuchaba todo: música y el silencio de la grabación, con el corazón en un puño y los ojos desplomados sobre su triste cara, sollozaba esperando que al viejo no se le hubiera olvidado despedirse, hasta que la voz concluyó por fin:

“No te arrepientas de nada y sigue aprendiendo, es la única forma de llegar a tu destino: a ti mismo. Sobra decirte que vos, fuiste lo único por lo que viví, ...vos sos más fuerte de lo que ahora creés... la honestidad, la dureza y la ausencia de necesidades superfluas, de seguro te guiarán siempre, hagas lo que hagas, y tu voluntad hará el resto.

Suerte, pibe.

Ciao, Guillermo.”

Y la cinta, terminó.

Y al séptimo día...

Guille pasó toda la noche escuchando el disco que su viejo había titulado para él “La máquina perfecta”. No durmió, y cuando a la mañana escuchó las voces de Juanjo y Carlos que llegaban a su casa, fue a abrirles la puerta lleno de una vitalidad que nacía del impulso purificante de la tristeza, del sufrimiento, y de haber concluido con un ciclo.

Al ver su expresión, ninguno de ellos imaginó lo que más tarde sería un hecho también para ambos: que H. había muerto.

Guillermo les condujo hasta la estancia donde había pasado la noche: al estudio de su viejo, e indicándoles que guardaran silencio, les hizo escuchar el disco. A los primeros acordes, y dada la cara que estaba poniendo Carlos, que tenía los ojos abiertos como platos como queriendo decir: “cómo mola esto, ¿es que tu viejo va a volver a hacer rock?”, su compa se anticipó y sólo le hizo una pregunta:

“¿Iba en serio aquello de que quieres ser bajista en mi nueva banda?”

Juanjo, que al escuchar el disco sintió la ausencia de su *ñiery*, miró a Guille y vio en sus ojos la confirmación de todos sus temores. H. no había ido a Argentina, sólo había cumplido su parte del pacto, que un día hicieron ambos con el bosque. Un trato que tendría que cumplir él también.

Respiró hondo y en una voz apenas perceptible se despidió de su hermano... “Hasta siempre, compañero”. En ese instante, el brazo de Guille le pasó por detrás de la cabeza y ambos se abrazaron con fuerza.

Carlos, que más tarde lo entendería todo, en ese instante les miraba extrañado. Una alegría del tamaño de un campo de fútbol, se había apoderado de su ánimo: “Por supuesto que seré el bajista de tu banda. ¡Claro que sí!”... Repetía una y otra vez antes de llamar a Andrea para contarle la buena nueva, decirle que se viniera allí con ellos y que quizá...

Y sólo quizá, en ese mismo instante se estuviera abriendo un nuevo camino para los dos: *Un camino con corazón*, en el que ya no serían el pipa o el panadero y la chacha, la sirvienta; sino que ambos forjarían la historia: suya, para de una vez por todas, ser los protagonistas de sus propias vidas.

Además, él también tenía ahora, un trato con el bosque: con la tierra.

Todos deberíamos buscar nuestro propio trato con Gea.

Al fin y al cabo, sin ella:

No seríamos nada.

Fin

miguel rix, en Madrid a 23 de septiembre de 2.007.

Lejos del bosque... añorándolo.

Revisado para la primera edición, en Madrid a 20 de mayo de 2.008.

En menos de un año, ya nadie duda de los efectos devastadores que tendrá el cambio climático, que algunos, *cuyos nombres no deberíamos olvidar*, intentaron convencernos a tod@s, de que “No era para tanto”.

Índice

Una semana antes del plenilunio. Otoño de 2.007. Asturias.....	11
Segunda Noche.....	33
Tercer día. Madrid.....	53
Tercera noche. Luna creciente.....	67
Cuarto día. La casa de Héctor.....	87
Cuarta noche. La luna, aún crecía.....	97
Quinto día: quinta noche.....	137
Sexto día. El día en que el viento advirtió.....	139
Sexta noche: Plenilunio en Asturias.....	199
Y al séptimo día.....	245

Otros libros de miguel rix:

- Cuatro Horas (Novela + 2 relatos cortos) - 2003
- Ellos te quieren dormido... ¡Despierta! (Poemas + 3 relatos cortos) - 2004
- Vuestros Hijos Bastardos (cd + novela) - 2004
- Németon - (Novela) - 2005
- Al Lobo Dormido (cd + novela) - 2006
- Un Mal Sueño (Novela) - 2007
- Sapiens? (Poemas + 5 relatos cortos) - 2008

Contacto:

miguelrix@somosmejoresqueellos.com

www.somosmejoresqueellos.com

miguel rix ® 2008